

Abril 2018 4

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

- Una evangelización marcada por la alegría pascual 499
- Llamados a la santidad hoy con sus riegos, desafíos y oportunidades 503
- Apoyo a la Mesa por la Hospitalidad 508
- De la duda a la confianza 510
- Iglesia, ¡anuncia a Jesucristo en el mundo del trabajo! 515
- Debemos escuchar lo que pensáis los jóvenes 522

HOMILÍAS

- Vigilia de oración con jóvenes 526
- Jornada por la Vida 531
- Misa con Cáritas Madrid 538
- Misa funeral en homenaje a Cervantes 544

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decreto de convocatoria de elecciones para el consejo presbiteral 548
- Nombramientos 551
- Defunciones 556
- Sagradas Órdenes 558
- Asociaciones y Fundaciones Canónicas 560
- Actividades Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid. Abril 2018 561

Diócesis de Alcalá de Henares

SR OBISPO

- Carta al Equipo Responsable Internacional del Camino Neocatecumenal 567

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Sagradas Órdenes 570
- Actividades Sr. Obispo. Abril 2018 571

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Decretos 577

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 581

Conferencia Episcopal Española

- 111ª Asamblea Plenaria. Saludo del Nuncio apostólico 583
- 111ª Asamblea Plenaria. Discurso inaugural del cardenal Blázquez 586

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVI - Núm. 2911 - D. Legal: M-5697-1958

Iglesia Universal

- Mensaje Urbi et Orbi 603
- Exhortación apostólica Gaudete et Exsultate. Sobre el llamado a la santidad en el mundo actual 606
- Mensaje para la 55 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Escuchar, discernir, vivir la llamada del Señor 665



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

**UNA EVANGELIZACIÓN MARCADA
POR LA ALEGRÍA PASCUAL**

2 al 8 de abril de 2018

La celebración de la Pascua nos remite siempre a vivir en la alegría que nace del encuentro con Jesucristo Resucitado. El Papa Francisco, en el inicio de su ministerio como sucesor de Pedro, nos invitaba a toda la Iglesia a vivir una "nueva etapa evangelizadora, marcada por la alegría". Como ocurrió desde el principio: llenos de alegría por la Resurrección de Cristo comenzaron a dar testimonio de la misma y anunciar al Señor. La alegría indica caminos para la marcha de la Iglesia en estos momentos de la historia de la humanidad.

No podemos encerrar en nosotros la alegría de la Resurrección, no se puede clausurar esa alegría en nuestra vida interior ni en nuestros propios intereses; cuando hacemos esto, no hay Pascua, porque no dejamos espacio para los demás, porque ya no entran los pobres, porque ya no se escucha la voz de Dios. Cuando esto sucede, no escuchamos ni disfrutamos la dulce alegría del amor de Dios, ni palpita ese entusiasmo de Jesús Resucitado en nuestra vida por hacer el bien. Regalemos el triunfo de Cristo a todos los hombres, su Vida, que nos conforma con una

manera de vivir y actuar que es la de Él y que crea fraternidad y encuentro, que da paz y capacidad para tener los brazos abiertos siempre a todos, como los tiene Jesús con nosotros.

Si todos los hombres conociesen y tuviesen experiencia de la alegría pascual, ¡qué diferente sería todo! ¡Vivir en la alegría de la Pascua nos hace tanto bien! ¡No huyamos nunca de la Resurrección de Jesús! ¡Nunca tengamos la tentación de declararnos muertos! Siempre volcados y vueltos a Jesús Resucitado. ¡Cuánto bien nos otorga volver a Jesucristo! Cuando os parezca que todo está perdido, volved la vida a Jesucristo: nos ama, nunca se cansa de perdonar, de decirnos "adelante", de cargar nuestras vidas sobre sus hombros; no se desilusiona con nosotros, nos dice lo que dijo el ángel a María Magdalena y a los discípulos: "No está aquí".

"Se han llevado del sepulcro al Señor", el sepulcro está vacío, es lo mismo que decir que la muerte ha sido vencida. Nunca os dejéis engañar, el triunfo es de Dios, se ha manifestado en Jesucristo Resucitado. ¿Sabéis la alegría que supone decir a los hombres de este mundo que no hay muerte? ¿Sabéis lo que supone decir a todos los hombres: "Creedme, ha llegado la Vida"? Nunca nos convirtamos en discípulos miedosos y quejosos, nunca tengamos la tentación de no dejar espacio a los demás. Cuando comenzamos a quejarnos, a vivir con resentimientos, a no dar todo lo que somos y tenemos para dar vida a los demás, dejamos de tener la alegría de la Resurrección, dejamos de vivir en el gozo de esa alegría que provoca el sentirnos amados por Dios; nuestro corazón ya no palpita con ese entusiasmo que da el saber que Cristo ha Resucitado y nosotros con Él.

Hay varias personas que son las primeras que ven y descubren que Jesucristo ha Resucitado, entre ellas se encuentran María Magdalena, Pedro y Juan. De María Magdalena conocemos su historia personal: pecadora, ha llorado, ungió los pies a Jesús y los secó con sus cabellos; mujer explotada, despreciada por quienes se creían justos... Jesús dijo de ella que había amado mucho y por ello se le perdaban los pecados; se sintió amada por el Señor en su condición y ello la cambió totalmente. Su amor al Señor le hizo ir al sepulcro y oír: "no temáis", "ya sé que buscáis al Crucificado" [...] "Ha resucitado". El Señor salió a su encuentro para decirle: "Alegraos". También destaco el encuentro con Pedro, que había negado a Jesús y a quien este había puesto al frente de su Iglesia. Como el discípulo al que tanto quiso el Señor, Juan, vio las muestras de la Resurrección de Cristo y "vieron y creyeron". Esto sucede con nosotros: pecadores, con oscuridades, con egoísmos, con faltas de fe, con negaciones, siendo vendedores y cambistas, pero el Señor se

acerca en esta Pascua para decirnos: "No tengáis miedo, id a comunicar [...] que Él había de resucitar de entre los muertos". ¡Alegraos!

Para vivir la alegría de Cristo Resucitado os invito a:

1. Renovar permanentemente nuestro encuentro con Jesucristo Resucitado. Esto supone tomar la decisión de dejarnos encontrar por Él. No es para unos escogidos, lo pueden hacer todos los hombres, están invitados todos los hombres a dejarse encontrar por Jesucristo. Lo único que hace falta es estar abiertos a este encuentro. ¡Cuánto bien hace volver a Jesús! ¡Qué diferencia tan abismal existe y se da en la vida de un ser humano cuando se deja encontrar por Jesús! Y no hay que hacer ningún esfuerzo: déjate mirar, déjate abrazar, déjate iluminar. Descubre algo que es decisivo en la vida de un ser humano: el Señor nunca se cansa de perdonar, el Señor nos devuelve la dignidad verdadera que tenemos cuando, aun en medio de la oscuridad, nos dejamos abrazar por Él. Y lo hace siempre sin imposiciones, con ternura y para lanzarnos hacia adelante. El encuentro con Jesús da a la vida una alegría desbordante, ilumina la vida personal y la de quienes están a nuestro lado.

2. Llevar a todos los lugares de la tierra donde habitan los hombres la dulce y confortadora alegría del Evangelio. El bien siempre se comunica. Cuando un ser humano tiene la experiencia del encuentro con Jesucristo, adquiere tal hondura su vida, se siente tan a gusto, descubre tal manera de vivir y de estar junto a los demás, que no puede guardársela para sí mismo, la quiere comunicar. El bien se comunica, se expande. Es más, cuanto más te llenas del Resucitado, más sensibilidad adquieres ante las necesidades de los demás; por eso, más quieres conocer al otro, más deseas reconocerlo en su verdadera dignidad, más y mejor buscas su bien. La Resurrección de Cristo nos lleva a ver que la vida se acrecienta dándola y nos hace ver que, al margen de la vida del Resucitado, la vida disminuye, se debilita, se hunde en la comodidad de vivir para uno mismo. Llevemos a todos los lugares donde habitan y hacen la vida los hombres el amor inmenso de Cristo manifestado en su Muerte y Resurrección. Nos hará romper esquemas aburridos en los que nunca cabe la creatividad divina, de ahí que la mejor manera de renovar nuestra vida y la historia es entrar en esta corriente de la Resurrección que arrasa y nos lleva siempre a volver a la fuente y a recuperar la frescura del Evangelio.

3. Mantener vivo y actual el anuncio de Cristo Resucitado, aquel que mandó hacer sus discípulos: "Id y anunciad el Evangelio a todos los

hombres". La fuente de las mayores alegrías para todos los cristianos es el anuncio de Cristo Resucitado. Podemos tener metodologías distintas, espiritualidades diferentes, pero se nos pide que seamos coherentes con el mandato del Señor: salid, id, anunciad. Y para ello hay que ser atrevidos y osados. Atrevidos para no instalarnos en la comodidad de no querer complicarnos la vida y decir "así se hizo siempre"; y osados para llegar a todos los lugares donde viven los hombres, para llegar a todas las periferias geográficas o existenciales, como nos pide el Papa. De tal manera que no hay Pascua al margen de la misión. La alegría de la Resurrección o es misionera o no es alegría que viene del Resucitado, de Cristo. ¿Cómo hacer esto? Tomando iniciativas concretas para salir al encuentro de todos los hombres, de los más cercanos y de los más lejanos existencialmente, con obras y gestos que toquen la vida, las heridas, los proyectos, las ilusiones, los desafíos. Siempre con la conciencia de que los logros no son rápidos, son lentos o por lo menos tenemos que ir con el ritmo que tengan las personas.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro, arzobispo de Madrid

LLAMADOS A LA SANTIDAD HOY CON SUS RIESGOS, DESAFÍOS Y OPORTUNIDADES

(9 al 15 de abril de 2018)

El Papa Francisco vuelve a hacernos un regalo, esta vez pascual: la exhortación apostólica **Gaudete et exsultate**, un título que recoge palabras del Evangelio de san Mateo cuando en el texto de las bienaventuranzas dice a los que son perseguidos o humillados por su causa, "alegraos y regocijaos" (Mt 5, 12). Desde el mismo comienzo de la exhortación se manifiesta el amor de Dios hacia todos los hombres, un amor que es exigente, que requiere también una respuesta de amor porque "el Señor lo pide todo". Pero también en esa petición nos manifiesta lo que ofrece: la belleza que alcanza el ser humano y la atracción que ejerce en lo más profundo de las vidas de quienes lo rodean, así como la revolución provocadora y promotora de cambios que dan siempre vida y belleza, cuando lo damos todo. ¿Qué es lo que ofrece el Señor al pedirnos todo? **"Lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados"**.

Hemos de recordar que, después de esas palabras en las que el Señor nos pide todo, nos ofrece ser verdaderas imágenes de Dios. Y llegaremos a serlo si dejamos que nuestra vida contenga a Jesucristo, lo cual supone ponerlo a Él en

el centro. Esto es lo que provoca la verdadera alegría, eso es lo que nos hace vivir en ese "alegraos y regocijaos". Desde las primeras líneas de la exhortación, el Papa Francisco recuerda que **los cristianos no debemos conformarnos con una "existencia mediocre, aguada, licuada"**.

Y adquieren una actualidad mayor esas palabras del Señor que conforman el fondo de toda la exhortación sin pronunciarlas: "Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Y no sirve más que para ser tirada afuera y ser pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5, 13-16).

En estos momentos de la historia de los hombres y de la vida de la Iglesia, en que sigue vigente el mandato del Señor de **"id por el mundo y anunciad el Evangelio"**, el objetivo de la exhortación es hacer resonar en el corazón de todos la llamada a la santidad en las realidades concretas que vivimos, con "sus riesgos, desafíos y oportunidades". A lo largo de sus cinco capítulos, *Gaudete et exsultate* nos dice que "la santidad es el rostro más bello de la Iglesia" y que todos podemos llegar a ser santos; no es algo exclusivo de algunos, es para todos: "Sed santos, porque yo soy santo" (Lv 11, 45). Nos recuerda que los católicos podemos y debemos aspirar a ser todos santos y da un paso más, al decirnos cómo vivir la propuesta cristiana en el contexto en el que estamos. Es más, insiste en que el Señor nos eligió a todos "para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor" (Ef 1, 4).

Necesariamente hemos de recordar que todo el capítulo V de la constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia está dedicado enteramente a la vocación universal a la santidad. Y esto no fue un toque espiritual que los padres conciliares deseaban dar a la eclesiología; lo que deseaban era poner de relieve, con claridad y con fuerza y valor, su dinámica intrínseca y determinante. Nos decían así: "Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor" (LG 40).

Para descubrir la belleza de esta exhortación, que es para todos los cristianos y para todos los que deseen descubrir la belleza de la santidad, se nos proponen cinco etapas:

1. Llamada para todos a la santidad. ¡Qué fuerza tiene en el capítulo primero la llamada a la santidad! Con qué claridad nos dice el Papa que "los santos que ya han llegado a la presencia de Dios mantienen con nosotros lazos de amor y de comunión", pero al mismo tiempo nos habla también de "los santos de la puerta de al lado", los que están en la dinámica del pueblo, en la vida diaria, en seguir adelante día a día; nos habla del consagrado/a, de los sacerdotes, de los esposos, del trabajador, del abuelo y la abuela, de quien mantiene la lucha por el bien común... Todos podemos encontrar en la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, todo lo necesario para crecer y ponernos en la dirección de la santidad. El aliento que nos da el Papa Francisco tiene una fuerza contagiosa: "No tengas miedo a la santidad, ni quita fuerza, ni vida, ni alegría, al contrario, te hará llegar a que seas lo que Dios pensó para ti cuando te creó". El Bautismo es la entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu.

2. Hazte consciente de los enemigos de la santidad. ¡Pongámonos a descubrir en el capítulo segundo a los enemigos de la santidad! No nos dejemos construir por el "gnosticismo actual" que nos lleva a vivir con una mente sin Dios y sin carne, pues lo que mide la perfección de las personas es su grado de caridad, y no reduzcamos la enseñanza de Jesús a "una lógica fría y dura que busca dominarlo todo". Y así, "al descarnar el misterio finalmente prefieren a un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo". No alejemos de nuestra vida la frescura del Evangelio. Pero tampoco nos dejemos construir por "el pelagianismo actual" que piensa que lo que nos hace mejores o santos es la vida que llevamos desde nuestra voluntad y esfuerzo; ya no se atribuye el poder a la inteligencia, sino a la voluntad, al esfuerzo personal, confían en sus propias fuerzas, olvidan que todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios y que Él nos amó primero. Qué bueno es recordar lo que enseñaba san Agustín y decirle al Señor: "Dame lo que me pides y pídemelo que quieras". Nunca olvidemos que hay dos riquezas que no desaparecen: Dios y el prójimo.

3. Descubre la luz que el Maestro te da en las bienaventuranzas para ser santo. ¡Vive siempre, tal y como nos invita el capítulo tercero, a la luz del Maestro! "No podemos llegar a ser buenos cristianos, más que a la luz de lo que dice Jesús en la bienaventuranzas". Dibujemos el rostro del Maestro con nuestra vida, transparentemos su rostro en ese vivir día a día, tal y como Jesús nos manifiesta en las bienaventuranzas. ¿Dónde colocamos la seguridad de nuestra vida? ¿En la pobreza? Si lo hacemos en la pobreza, ahí puede entrar el Señor con permanente novedad; cuando tenemos una vida austera y despojada que comparte, ciertamen-

te, haciéndolo siempre con mansedumbre que es la que nos hace capaces de depositar la confianza entera en Dios. Y por otra parte, viendo las cosas como son, dejándonos traspasar por todas las situaciones de dolor que hay en la vida y asistiendo a quien tiene dolor, buscando la justicia con hambre y sed. Dando y perdonando que es reflejo de la perfección de Dios que da y perdona. Mirando y actuando siempre con misericordia. Por otra parte, "sembrar la paz, esto es santidad", "mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, eso es santidad".

Termina este apartado con lo que el Papa Francisco llama "el gran protocolo" refiriéndose al capítulo 25 del Evangelio según san Mateo, y que pasa por reconocer en el otro "a un ser humano con mi misma dignidad, a una creatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo", especialmente a estos que enumera el Evangelio. Ni ideologías que mutilan el Evangelio, ni sospechas de que es mundano, superficial, secularista, comunista o populista; el creyente debe vivir un compromiso social en la defensa de la vida, del migrante, de los pobres, en eliminar la miseria. Vivamos obsesionados por vivir las obras de misericordia.

4. Descubre algunas notas que deben estar en el canto de la santidad. El Papa Francisco, cuando nos habla de esas notas, se refiere a cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo, para intensificar su vivencia en la cultura en la que estamos. Y las enumera así: a) aguante, paciencia y mansedumbre; b) alegría y sentido del humor; c) audacia y fervor; d) en comunidad, y e) en oración constante.

5. Aprende a vivir en combate, vigilancia y discernimiento. El Papa Francisco, cuando nos dice que la vida cristiana es un combate permanente. Es cierto que se requieren fuerza y valentía para resistir a las tentaciones del diablo y estar disponible siempre para anunciar el Evangelio. Pero, ¡qué alegría llena la vida cada vez que el Señor vence! ¿Sabéis como nos envenena el diablo? Con el odio, la envidia, la tristeza, los vicios... En cuanto bajamos la guardia, él entra a destruir nuestra vida. Por eso hay que permanecer vigilantes. El Papa nos habla de las armas para este combate y para mantenernos despiertos y vigilantes: la oración, la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Y, por otra parte, nos habla también la necesidad y la urgencia del discernimiento, para no convertimos en marionetas según la moda del momento. Debemos vivir siempre a la luz del Señor y esto hay que hacerlo en las cosas más pequeñas. Es un don que

hay que pedir siempre. Es necesario dejar entrar al Señor en todos los rincones y aspectos de la vida; se trata de salir de nosotros mismos y entrar en el misterio de Dios. Termina el Papa Francisco diciéndonos que María nos enseña el camino de la santidad, conversemos con Ella.

Os invito a leer y meditar esta exhortación. Trabajémosla en nuestras comunidades cristianas, que nos sirva para tomar la decisión de "no anteponer nada al amor de Cristo" como decía san Benito en su regla.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro, arzobispo de Madrid

CARTA DEL CARDENAL OSORO EN APOYO A LA MESA POR LA HOSPITALIDAD

Queridos hermanos y hermanas:

Al iniciar la Cuaresma os invitaba a "cambiar de moneda" en favor de la oración, la limosna y el ayuno. Son medios seguros para facilitar cambios personales y sociales: "Hagamos este camino cuaresmal con la convicción absoluta de que nuestra conversión mejora el mundo". En efecto, solo volcando nuestro corazón hacia Dios y hacia el encuentro con el prójimo, apostaremos "por una humanidad en la que todos estemos sentados en la misma mesa".

En este tiempo de penitencia y de gracia, escrutando los signos de los tiempos y considerando especialmente la situación de extrema vulnerabilidad en que se encuentran **personas que están llegando a nuestra diócesis huyendo de la persecución o la falta de oportunidades**, resuenan con fuerza en nosotros las palabras de Isaías: "Este es el ayuno que yo quiero: partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos" (Is 58,7). No es un ideal abstracto o imposible. En las últimas semanas he podido seguir de cerca, con preocupación y con esperanza, cómo personas extran-

jeiras, mayormente jóvenes, después de un periplo migratorio de extrema dureza, quedaban a la intemperie y eran acogidas por hombres y mujeres de buena voluntad en sus propios domicilios. Casas particulares y, en algunos casos, dependencias eclesiales o comunidades religiosas se están tornando en espacios benditos de calor y acogida de emergencia.

El ejercicio de la caridad en situaciones de precariedad y olvido de Dios ha sido un factor de primer orden para contagiar al mundo la fuerza arrolladora del Evangelio desde los orígenes del cristianismo. En el reciente encuentro de *Oración y escucha* que he tenido en el arzobispado con personas y entidades de acogida, he podido acoger los impresionantes relatos de dolor, el anhelo de justicia y la ilusión de quienes quieren vivir entre nosotros. Me han impresionado los gestos prontos y generosos de quienes se están empeñando en hacerles hueco comprometiendo su propia comodidad. A unos y a otros, "¡nunca los dejemos solos!" (EG 48). Todos ellos son también, de algún modo, palabra de Dios que se dirige a todos nosotros para interpelarnos como Iglesia, invitación a salir de nuestras zonas de confort y a abandonar el terreno de la retórica y poner por obra palabras del Papa Francisco: "acoger, proteger, promover e integrar a los inmigrantes y refugiados".

"No olvidéis la hospitalidad: por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles" (Hbr 13, 2). Sepamos responder con generosidad y audacia. Por ello, os ruego que prestéis la mayor atención a las **iniciativas de la Mesa por la Hospitalidad para elevar el listón de nuestra respuesta como Iglesia** ante la movilidad forzosa, y articular la acogida de la mejor manera posible, con "calidad y calidez". Parroquias, comunidades religiosas, movimientos, asociaciones y fieles habremos de utilizar el corazón y la cabeza, considerar ante el Señor nuestras posibilidades de respuesta ante este desafío y recordar a las autoridades sus deberes ineludibles, especialmente para las personas susceptibles de medidas de protección internacional. Al mismo tiempo nos sumaremos a la petición del Papa de que el **Pacto Global Migratorio** a nivel supraestatal a finales de 2018 ordene de manera segura y racional los desplazamientos humanos.

Con gran afecto os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra, arzobispo de Madrid

DE LA DUDA A LA CONFIANZA

16 al 22 de abril de 2018

En la tarea educativa, siempre se han de dar dos actitudes, que como no puede ser menos, están orientadas a la vida: que haya vida y que la vida sea buena. Esto es lo que hace que el ser humano madure. ¿Por qué estas dos actitudes? Porque cuando alguien percibe que se hacen cargo de su vida, el otro descansa, confía, camina con más fuerza, madura. Cuando alguien experimenta que lo cuidan y que lo cuidan bien, que no lo asfixian al cuidarlo, se siente persona y crece en libertad. ¡Qué importancia tiene esto y qué bien nos lo explica la palabra de Dios! Los grandes educadores cristianos, que han tenido trascendencia y cuyas obras educativas están presentes en todas las culturas, vieron y nos dijeron que la educación es una obra de amor y que es muy importante que los educadores sean testigos de ese amor.

Todos vosotros sabéis que en la tarea educativa, tal y como nos lo revela el Maestro verdadero, Jesucristo, no basta una buena teoría o una doctrina y saber sin más qué comunicar. Es necesario algo mucho más grande y humano: la cercanía vivida día a día, que es propia del amor de Dios y que tiene su espacio más propicio en la comunidad familiar, pero también en esa institución educativa a la que los

padres confían la educación de sus hijos. Sabéis muy bien que la educación es cosa del corazón y solo Dios es su dueño. De tal manea que ahora entenderéis por qué el Señor nos dice: "Allí donde está tu tesoro, está tu corazón". Si tu tesoro es Dios, tendrás en el corazón el amor mismo de Dios.

Este mundo necesita de esta revolución de la ternura que solo Dios puede entregar. Hagámosla. Pero sabéis también que en la educación es fundamental y necesaria la figura del testigo, que se transforma en punto de referencia siempre, pues sabe dar razón de la esperanza que sostiene su vida. El testigo nunca remite a sí mismo, sino a algo o, como los cristianos decimos, a Alguien más grande que él, a quien ha encontrado. Os invito a todos, padres, educadores, jóvenes y niños, a tener ese modelo insuperable que es Jesucristo, el gran testigo del Padre, que hablaba como el Padre le había enseñado y de lo que le había enseñado y revelado.

En tres aspectos deseo detenerme para invitaros a hacer un itinerario educativo, válido para este momento histórico que vivimos:

1. Sed conscientes de la ignorancia en la que vive el ser humano mientras no llegue a su vida Jesucristo. Cómo no recordar esas palabras fuertes de Pedro: "El Dios de nuestros padres ha glorificado a Jesús al que vosotros entregasteis y rechazasteis ante Pilatos [...] al santo, al justo [...] matasteis al autor de la vida [...] sé que lo hicisteis por ignorancia [...] arrepentíos y convertíos" (Hch 3, 13-15; 17-19). Por un lado, el apóstol nos dice la verdad de lo sucedido, pero con mirada misericordiosa: fue por ignorancia lo que hicisteis. Mirad, la relación educativa implica la libertad del otro, siempre se le impulsa a tomar decisiones, pero nadie puede sustituir la libertad del niño, del joven. Pero os digo a todos los que defendéis la libertad que la propuesta cristiana interpela a fondo la libertad, pues llama al arrepentimiento y a la conversión. Matar a quien es imagen de Dios, al hombre, no es lícito, nadie puede aceptarlo. Pero hemos de saber y decir con toda claridad que se mata y se quita la vida cuando, por intereses diferentes, se esconden o ignoran dimensiones esenciales de la existencia humana, entre las que se encuentra la dimensión trascendente. Hoy también necesitamos ese arrepentimiento y también la conversión por ignorar lo que es en verdad el hombre, tal y como nos lo revela Dios mismo en Jesucristo.

Seamos valientes para no esconder lo que está suponiendo para nuestra sociedad el ignorar la verdad del hombre. No envolvamos la existencia del ser humano de la atmósfera del relativismo que nos habla de no reconocer nada defini-

tivo, dejando al propio yo a merced de nuestros caprichos, encerrándonos en nosotros mismos. Arrepintámonos y convirtámonos, la tarea educativa no es cuestión técnica o profesional solamente, ha de comprender todos los aspectos de la persona, de su faceta social y de su anhelo de trascendencia. No dejemos de defender en la tarea educativa la cuestión del amor, del amor a Dios y al prójimo, de ese amor que sale al encuentro de las necesidades reales de los hombres.

A todos invito a reflexionar sobre la escuela. El futuro y el presente de un pueblo se juega ahí. ¿Es lugar de acogida cordial? ¿Es casa y mano abierta para todos? ¿Es espacio de hospitalidad, ternura, afecto y profesionalidad? No matemos al autor de la Vida. Los sueños se están quemando en la hoguera de la violencia, la enemistad, el sálvese quien pueda; no hagamos solo una cultura de los negocios, propongamos ideales, proyectos, creamos en el futuro, demos certezas básicas, no entremos en la discontinuidad y en el desarraigo existencial (vivir sin proyectos) y espiritual (matar los símbolos de la trascendencia).

2. Escuchad y guardad como un tesoro la Palabra que viene de Dios y que hace el acto educativo nuevo. Me impresionan las palabras del apóstol san Juan, cuando nos dice que "sabemos que conocemos a Dios, cuando guardamos sus mandamientos [...] quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud" (1 Jn 2, 1-5a). Es necesario y urge educar en el sentido de la vida. No basta con transmitir habilidades o capacidades, no bastan consumos o gratificaciones efímeras. Hemos de entregar valores que den fundamento a la vida. Hemos de ser valientes. "Quien dice: "Yo lo conozco", y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él". Mentimos cuando dejamos de lado la finalidad esencial de la educación, como es la formación de la persona, capacitándola para vivir con plenitud y aportar su contribución al bien de la comunidad.

Seamos valientes para advertir que una educación verdadera ha de suscitar decisiones definitivas, esas a las que hoy se consideran un vínculo que limita nuestra libertad, especialmente aquellas que ayudan a que madure el amor en toda su belleza, que es el que da consistencia y significado a la libertad. Los niños y los jóvenes son la primera riqueza de un pueblo y su educación integral es una necesidad primordial. Es necesario que tengan conocimientos científicos y técnicos, pero también y con urgencia aún mayor necesitamos hombres y mujeres responsables de su familia y de todos los sectores de la sociedad. Jesucristo invita a luchar contra la desesperación que se alberga en el corazón de muchos jóvenes, que muchas veces

se traduce en actos de violencia contra sí mismos y contra los demás. No tengamos miedo de ver a jóvenes que digan: "Yo me conozco, porque conozco a Jesucristo y amo a los demás con su amor", pues estos cambian el mundo y no les sobra ningún ser humano.

3. Dejad que el Señor nos pregunte y que nos dé sus respuestas: "¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? ¿Tenéis algo que comer?". Caed en la cuenta de la enorme multitud de personas en nuestros días que viven marcadas por dudas, inquietudes, inseguridades, oscuridades, desorientaciones y el sinsentido... Hablemos con la gente, escuchemos a las personas, entremos en el corazón de nuestra gente no como el que lleva algo que repartir, sino como quien se acerca y escucha sin más. Acerquémonos a todos como los primeros discípulos de Jesús: con cercanía y en escucha. Ante la presencia del Resucitado surge un miedo, que manifiesta la falta de confianza en la que están viviendo. Y Jesús les dice: "Paz a vosotros". Os lo aseguro, ¡qué falta nos hace la paz! Vivimos en el miedo, la duda, agitados y nerviosos, condicionados por las inseguridades. ¿La gente hoy se fía? ¿Os dais cuenta de que hoy todo pasa por el cedazo de la sospecha? Urge pasar de la duda a la confianza.

¿Cómo pasar a la confianza? Jesús es Maestro de la confianza: "Mirad mis manos y mis pies; soy yo en persona, palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos como veis que yo tengo". El miedo deforma la realidad, pero la confianza nos hace ver. Y la confianza vuelve cuando la persona entera de Jesús se hace presente en sus vidas; Jesús no es un fantasma, es dulce y misteriosa presencia entre nosotros. Las manos de Jesús son manos que curan, que liberan, que despiertan vida. Tocar sus manos da vida, da orientación, da dirección, da sentido. Sus manos acarician a niños, expulsan demonios, lavan los pies, vendan heridas, multiplican panes, bendicen, perdonan. Los pies de Jesús son pies que caminan y abren caminos, entran por todos los caminos donde están los hombres, son pacientes y ligeros, cansados y gastados de tanto caminar tras la oveja perdida, son pies entregados que buscan a todos sin excepción. Esas manos y esos pies hemos de ser todos los hombres. ¡Qué mundo más diferente! ¡Cuánta novedad daríamos!

Hagamos pasar a los hombres de la duda a la confianza. Dios no es un estorbo. Al contrario, viene a dar Luz, viene para que veamos con más claridad. Hagamos de este mundo, de todos los lugares donde se educa: familia, barrio, pueblo, ciudad, el aula, un lugar de acogida cordial, casa y mano abierta para todos

los hombres, mujeres, jóvenes y niños. Necesitamos hospitalidad y ternura, así como profesionalidad. Nunca tengamos la tentación de oponer gratuidad y eficiencia, libertad y deber, corazón y razón; es verdad que pueden oponerse, pero no hay razón para hacerlo, ni es conveniente. Nuestro desafío es encontrar un camino en un plano superior para que la oposición nunca se dé en estos aspectos esenciales del quehacer educativo.

Dejemos que Jesús nos haga las mismas preguntas que a los apóstoles: "¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? Soy yo". Y se nos abrirá el entendimiento cuando nos diga: "¿Tenéis algo de comer?". Les pide algo de comer para hacerles ver que no es un fantasma, los fantasmas no comen, quiere hacerles ver su humanidad y su amistad; es la referencia a la misma Eucaristía, Él se queda con nosotros y nos alimenta de Él. Ahí lo reconocemos, pues cambia nuestra vida: de lo que comemos tenemos que dar. Si nos alimentamos de Cristo, hemos de dar a Cristo con nuestras palabras y obras.

Con gran afecto os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra, arzobispo de Madrid

IGLESIA, ¡ANUNCIA A JESUCRISTO EN EL MUNDO DEL TRABAJO!

23 al 29 de abril de 2018

En la carta pastoral con que iniciábamos el curso os invitaba a ser luz y sal del mundo. Asimismo, en este tercer y último año del Plan Diocesano de Evangelización insistíamos en que el Pueblo de Dios que peregrina en Madrid anuncia el Evangelio y trata de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo. Estaríamos ciegos si no viésemos que **uno de los problemas más graves** de nuestra sociedad, que afecta de manera especial a **nuestros jóvenes**, tiene que ver con el trabajo. Tanto que, en poquísimos tiempo, ha desaparecido de nuestro horizonte una idea que constituía la base del proyecto personal y familiar de todo joven que pretendía emanciparse: contar con un ***trabajo para toda la vida***.

Con motivo del 1 de mayo, nos unimos a todos los hombres y mujeres trabajadores y, festejando a san José Obrero, ofrecemos unas reflexiones que orienten nuestra vida cristiana y que faciliten discernir el momento que vive el mundo del trabajo. Pretendemos ayudar a tomar conciencia y estimular a toda la comunidad diocesana para que se deje tocar por esta dimensión transversal de la existencia, genuina **vocación del ser humano y participación de la obra creadora de Dios** para la realización de su designio.

No es tarea de agentes especializados, sino de todos los hombres y mujeres de fe. Debemos acercarnos a quienes se ven privados de un trabajo digno, como se acercó el Señor a los discípulos de Emaús, para encontrarnos con ellos en sus propios itinerarios. Así en la noche oscura y terrible del desempleo prolongado, o a la intemperie cuando se padece trabajo precario que no asegura la integración social o en el caminar junto con tantas otras personas que luchan por el reconocimiento de sus derechos laborales y sociales. A todos debemos regalar **el calor de la presencia del Señor Resucitado**, nuestro más valioso tesoro.

Mientras nos encaminamos a celebrar Pentecostés, celebramos que, abiertos al encuentro y al diálogo con todos, nuestra Iglesia diocesana es sal y luz. Sale a los caminos por los que transitan los hombres y mujeres con la fuerza del Espíritu Santo para **entregarles la novedad de Cristo**, el único capaz de hacer nuevas todas las cosas y de fermentar una nueva manera de ser y de hacer.

1. El trabajo es un don de Dios que nos unge de su dignidad

La Revelación considera a **Dios un trabajador** desde las primeras páginas de la Biblia. Al narrar la obra de la creación, la describe haciendo el mundo en un proceso al final del cual descansa y goza del fruto de su trabajo con una exclamación de júbilo: "Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno" (Gn 1, 31).

Al describir la historia de la salvación, **"Dios sufre viendo la opresión y los sufrimientos de los trabajadores explotados"** y baja hasta su pueblo para liberarlos y conducirlos hacia una tierra que mana leche y miel" (cf. Ex 3, 7-8).

Nuestro Dios nos ha concedido la **gracia de invitarnos a ser sus colaboradores** en la obra de la creación haciendo que el mundo reencuentre su fin. También nos invita a terminar la obra de la salvación hasta que, "destruido todo principado, potestad y todo poder, Cristo entregue el reino a Dios Padre" (1 Cor 12, 24).

El Evangelio nos muestra al Hijo de Dios como un **trabajador manual** la mayor parte de su vida (cf. LE 6). Jesucristo ha compartido y santificado el trabajo "aprendiendo de san José el oficio de carpintero, en el taller de Nazaret, compartiendo con él el empeño, la fatiga, la satisfacción y también las dificultades de cada día. Ello nos recuerda la dignidad y la importancia del trabajo [...] **El trabajo nos**

unge de dignidad; nos hace semejantes a Dios, que ha trabajado y trabaja, actúa siempre" (cf. Jn 5,17) (Papa Francisco, homilía 1 de mayo de 2013).

Esta es la Buena Noticia para el mundo de trabajo que san Juan Pablo II llamó **El Evangelio del Trabajo**: "La proclamación del *Evangelio del trabajo* la hizo Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre y trabajador manual sometido al esfuerzo" (S. Juan Pablo II, Barcelona 07-11-1982 en un encuentro con los trabajadores y empresarios).

2. El trabajo es un bien de la persona

El trabajo no es un bien que le viene al ser humano concedido por la empresa o el Estado, sino que nace de su misma naturaleza humana, es consustancial a su ser (Card. Osoro, carta 1 de mayo de 2016). El trabajo es un elemento fundamental para la dignidad de una persona.

El trabajo nos humaniza, nos hace personas, sujetos protagonistas de la vida. "Sobre la tierra hay pocas alegrías más grandes que las que se experimentan trabajando, así como hay pocos dolores más grandes que los dolores del trabajo, cuando el trabajo explota, aplasta, humilla, mata. El trabajo puede hacer mucho daño porque puede hacer mucho bien. El trabajo es amigo del hombre [...]. Trabajando nosotros nos hacemos más persona, nuestra humanidad florece, los jóvenes se convierten en adultos solamente trabajando" (Papa Francisco en Siderurgia Ilva, Génova 2017).

El trabajo construye a la familia y la educación de los hijos. Y la familia es el elemento básico para la evangelización desde el cristianismo primitivo.

El trabajo es una vocación a la transcendencia:

"Se necesitan unos ojos nuevos y un corazón nuevo, que superen la visión materialista de los acontecimientos humanos y que vislumbren en el desarrollo ese algo más que la técnica no puede ofrecer" (CV 77).

3. El Estado actual de las condiciones del trabajo

El trabajo, tal como salió de las manos de Dios según la Revelación, se da de bruces con el panorama laboral actual: millones de personas no pueden acceder

a gozar de ese don regalo de Dios en todo el mundo. Según la Encuesta de Población Activa, la tasa de desempleo en la Comunidad de Madrid alcanza la cifra de 466.500 personas, predominando el paro femenino y juvenil.

Cuando los trabajadores consiguen trabajo, la mayor parte no lo puede ejercer con la plenitud de los derechos reconocidos. Sea como trabajo informal, sin contrato ni derechos, como falsos autónomos, o sometidos a unas condiciones de explotación laboral el trabajo dista mucho de poder ser calificado como digno o decente.

En España, país cuya economía ocupa un puesto importante en el ranking de los países desarrollados, ahora que vamos saliendo del pozo inhumano de cifras inasumibles de desempleo, nos vamos instalando en el precariado: una situación en la que el joven, muchas mujeres con cargas familiares e incluso los pensionistas, difícilmente tienen para vivir con dignidad. Todo indica que, más que de la precariedad en el trabajo, podemos hablar de **la precariedad** en la construcción de proyectos de vida caracterizados por la inconsistencia y la debilidad. Para muchos el trabajo ya no es una garantía para salir de la pobreza y conseguir lo mínimo vital. Menos para vivirlo como una gozosa contribución al despliegue de su vocación. La inexistencia de un trabajo digno y estable impide las otras dos "T" de que tanto habla el Papa: la tierra y el techo.

4. De la cuestión social a la cuestión antropológica

Se trata de una afirmación convertida en clásica en la DSI. Benedicto XVI la formuló así: "Siguiendo esta línea [la de Pablo VI en *Populorum Progressio* 3] hoy es preciso afirmar que la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica" (CV 75). Es decir que el conflicto provocado por el incumplimiento del principio de supremacía del trabajo sobre el capital (cf. LE 13) afecta no solo al mundo laboral sino a la **globalidad de la vida, a la concepción del ser humano y de la sociedad**. Si acaso, el trabajo es un campo donde esto se escenifica más visiblemente. La Instrucción pastoral *La Iglesia servidora* de los pobres de la Conferencia Episcopal Española, se hace eco de esta misma idea al señalar que la falta de trabajo va contra el "derecho al trabajo", entendido -en el contexto global de los demás derechos fundamentales- como una necesidad primaria, y no un privilegio, de satisfacer las necesidades vitales de la existencia humana a través de la actividad laboral (cf. nn. 4 y 32).

En el trasfondo se encuentra, en palabras del Papa Francisco, "el capitalismo desenfrenado de las últimas décadas que ha dilatado el foso que separa a los más ricos de los más pobres, generando nuevas precariedades y esclavitudes". No pequeño papel ha tenido la fe ciega en el crecimiento ilimitado, la idolatría del progreso y la tecnociencia, o el mito del mercado sin reglas. Lo mismo se puede decir de **la falaz equiparación entre crecimiento económico y desarrollo humano integral** o de la creencia ciega en lo que el Papa Francisco llama la **teoría del derrame**: creer que "todo crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo [...]. Esta opinión, que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante" (EG 54).

En el trabajo, la prioridad ya no es el crecimiento de la persona sino el crecimiento exponencial de la riqueza. Se ha sustituido la economía por la crematística. **El trabajador es ya un mero recurso humano, una mercancía** más que se puede incluir como un coste al servicio de la máxima ganancia. Sin embargo, "dejar de invertir en las personas para obtener un mayor rédito inmediato es muy mal negocio para la sociedad" (LS 128). "Como consecuencia... grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como **un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar**". El Papa Francisco es tajante en pronunciarse: "Hoy tenemos que decir "no a una economía de la exclusión y la inequidad". Esa economía mata" (EG 53). Por eso, en palabras del Papa, "hay que tomar conciencia de la gravedad de los problemas, pues **no basta un poco de bálsamo** para sanar las heridas de una sociedad que trata muchas veces a todos y a todo como mercancías, mercancías que, cuando se vuelven inútiles, son tiradas a la basura".

Ello ha generado un **ecosistema que asfixia** la vida humana, pone en riesgo la Casa común, hace más frágil la situación de los pobres, y propicia el desarrollo de un ser humano deshumanizado, más próximo a la máquina que a la persona.

La fiesta del 1 de mayo, Día del Trabajo, es una gracia de Dios, no solo para reivindicar la justicia en los derechos laborales, sino para ver la causa de este cambio de modelo social que no hace justicia a lo que es el ser humano ni da respuesta a su vocación trascendente (Cardenal Osoro, Eucaristía 1 de mayo 2017).

5. Respuesta creyente: agradecimiento a Dios por su don del trabajo

La Iglesia tiene una riqueza que aportar a la fiesta del 1 de mayo. No solo el planteamiento de una visión humanizadora y trascendente, sino una serie de **actitudes evangélicas**:

Un trabajo, que pertenece a la esencia del ser humano, es su manera de estar en el mundo, recreándolo para **gloria de Dios, de los otros, y de sí mismo**. Cuando la Biblia dice "dominad la tierra y poseedla", el modelo último del dominio para el Señor, no es el soberano político que explota a sus súbditos sino que es Dios mismo, Señor y Padre (cf. LS 66 ss.).

Esta actitud fundamenta la postura de **respeto y cuidado del mundo como la Casa común del Padre para toda la humanidad**. "En cualquier planteamiento sobre una ecología integral, que no excluya al ser humano, es indispensable incorporar el valor del trabajo, tan sabiamente desarrollado por san Juan Pablo II en su encíclica *Laborem exercens*" (LS 124).

Por ser actividad humana, el trabajo tiene como finalidad **la donación a los otros, para bien de la humanidad**. Verdaderamente trabajamos dignamente cuando nuestro trabajo es expresión de amor. Un amor que no solo busque los intereses de la ganancia sino "que se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo por parte de todos, o que lo mantengan" (CV 32).

Trabajar es siempre **trabajar por alguien, olvidarse de sí mismo para darse a los otros. El trabajo tiene una función social**. Con el trabajo contribuyen los trabajadores a que el mundo funcione, cuando se hace por el bien común además de ganarse el pan. La capacidad de donarse a los demás es más importante que la actividad laboral.

Distingamos entre trabajo y salario, para revalorizar el trabajo de cuidados. El trabajo así concebido se convierte en un don, que como tal no puede tener precio ni ser pagado. Nada puede pagar el valor del trabajo. El salario solo puede ser reconocimiento agradecido de una actividad, pero no puede medir el valor del trabajo. Con eso incluimos en la categoría de trabajo el cuidado de la familia, de los niños, de los ancianos y discapacitados, el que se despliega en el hogar o en tareas de voluntariado.

Se trata de servir y acompañar a los trabajadores desempleados o en precario **por ser fieles a la opción por los pobres exigible a toda la Iglesia**, no por una devoción particular. Está **"implícita en la fe cristológica"** porque **son el sacramento vivo de Cristo** (Doc. **Aparecida 406**). Los trabajadores son una de las pobreza más numerosas de hoy. Benedicto XVI, siguiendo el rastro de S. Juan Pablo II, ha establecido la **correlación entre pobreza y precariedad laboral**: "Los pobres son en muchos casos el resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano, bien porque se limitan sus posibilidades (desocupación, subocupación), bien porque se devalúan los derechos que fluyen del mismo" (CV 63).

Aclarar, proponer e incentivar un modelo de empresario, distinto del especulador, **como propone la Doctrina Social de la Iglesia**: "No olvidemos que el empresario debe ser antes que nada un trabajador. Una enfermedad de la economía es la progresiva transformación de los empresarios en especuladores. Al empresario no se le debe confundir de ninguna manera con el especulador: son dos tipos diversos. Al empresario no se le debe confundir con el especulador: el especulador es una figura semejante a la que Jesús en el Evangelio llama "mercenario"" (Papa Francisco, Siderurgia de Ilva, Génova 2017).

Finalmente, "no hay que exagerar la mística del trabajo. La persona no solo es trabajo; hay tras necesidades humanas que necesitamos cultivar y atender, como **la familia, los amigos y el descanso**" (Papa Francisco, a los participante de la Conferencia Internacional *De Populorum progressio a Laudato si'* 24 noviembre 2017).

Queridos hermanos y hermanas trabajadores de la Iglesia de Madrid, queridos amigos y amigas que desde las organizaciones obreras y sindicales celebráis este día de fiesta y reivindicación: ¡Feliz 1 de mayo! Que el Señor Jesús nos ayude a que, *entre todos, con todos y para todos*, el trabajo sea un auténtico ámbito de humanización en el que se realice el designio justo y amoroso de nuestro Dios.

Con sincero afecto os saluda y bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra. Arzobispo de Madrid

DEBEMOS ESCUCHAR LO QUE PENSÁIS LOS JÓVENES

30 de abril a 6 de mayo

Nunca os agradeceré suficientemente lo que habéis hecho los jóvenes de Madrid; deseaba saber que pensabais y me puse a cavilar cómo convocaros a todos y poder saber lo que a vosotros más os preocupa. Todos esos temas que entre vosotros habláis, pero que no tienen un relieve especial después en las respuestas, en los proyectos, en las decisiones que vosotros mismos esperáis. Vuestro sentir y pensar va por un lado y, lo que los mayores os presentan, nada tiene que ver o por lo menos no responde a todo lo que en vuestro corazón anida como necesidad.

Cuando pensé cómo acoger lo que vosotros tenéis en vuestro corazón, cómo daros palabra, recordé la insistencia con la que el Papa Francisco prepara el Sínodo dedicado a los jóvenes, a fin de escucharos y no hacer un Sínodo con lo que los mayores pensamos que deben hacer los jóvenes o con las preocupaciones que nosotros tenemos. El Papa ha querido que fueseis protagonistas y, por ello, que pudierais decir lo que os preocupa y ocupa de las grandes tareas que tenemos en la construcción y el progreso de este mundo.

Desde este deseo de saber lo vuestro, propuse un foro joven de participación que llamé Parlamentos de la Juventud. Ya los hemos celebrado en las ocho vicarías territoriales. Por todas las informaciones que me mandasteis, sé que a vosotros, los jóvenes, os ha permitido vislumbrar que es tiempo de "atreverse a ser felices y a hacer felices a los demás". Me han impresionado las propuestas, las conversaciones que sé que habéis mantenido. Todas ellas las tendré muy en cuenta e irán conmigo al Sínodo. Me ha gustado mucho que habéis hablado con valentía y habéis dicho lo que sentís en lo profundo de vuestro corazón, que tenéis conciencia de que un mundo mejor se construye con vosotros, que tenéis deseos de cambiar, de ser generosos, de vivir con audacia. También es bueno saber de vuestras sensibilidades, dudas y críticas. Gracias por haber compartido con vuestro arzobispo vuestros sueños, inquietudes, interrogantes, deseos de cambios concretos. Vuestras aportaciones son un regalo que el Señor manda a través de nuestra Iglesia que camina en Madrid a todos los hombres.

Lo que más me ha impresionado es lo que yo mismo veo en todos vosotros, el rostro joven de Cristo que desea estar presente en los acontecimientos importantes, y cómo habéis abordado los temas de los grupos parlamentarios: la juventud actual; la sociedad actual; estudios y mundo laboral; la entrega de la vida; el compromiso social y político; voluntariado y caridad; la ecología; la Iglesia; afectividad y sexualidad; ocio, tiempo libre y mundo digital, y otras propuestas.

Todos juntos comenzasteis con una oración en la que considerasteis que era Jesucristo mismo quien os había llamado, que quiere contar con vosotros y pensó en vosotros desde siempre para que dieseis a la Iglesia ese rostro joven con capacidad de decir a los hombres con fuerza en esta historia que hagan un mundo con estos condimentos que son imprescindibles para transformarlo: 1) poner fe en Jesucristo el Hombre nuevo, que nos da una manera de hacer y de vivir que nadie jamás se atrevió a dar; 2) poner esperanza, esa que nace de la luz que llega de Jesucristo, que ilumina nuestra vida y el horizonte de todos, haciendo que nada tenga oscuridad, pues sabemos quiénes somos y a donde vamos; 3) poner amor, el del Señor, capaz de dar la vida por todos los hombres. Yo quiero deciros gracias, pues públicamente habéis dicho que ponéis a Jesucristo en vuestra vida porque sabéis que es un amigo fiel, del cual os fiáis plenamente, porque veis como crece vuestra valentía para recorrer el mundo con fecundidad y cambiarlo. Sustituyendo los nubarrones y las nieblas por la luz.

Tened la pasión de pensar en los demás, como Joaquín, ese joven argentino de 18 años que se puso a crear prótesis gratuitas para personas que las necesitan, sobre todo para niños y adultos sin manos. A través de las redes, en contacto con el mundo, pueden pedir las quienes lo necesitan. Tiene muchas peticiones, pero sobre todo tiene un gran corazón: piensa en los demás y no en él mismo. Hoy la cultura de los jóvenes cambia, es decisivo para ellos lo tecnológico y lo social. Como ese joven he podido captar que hay muchos en Madrid y seguro que en España. Escuchémoslos, ellos cambiarán lo que nosotros no somos capaces de hacer.

1. El Señor nos pide que lo acogamos como amigo: siempre llama a la puerta de nuestra libertad, desea que seamos felices y que entreguemos felicidad, desea llenarnos de humanidad, de misericordia; darnos la plenitud de la dignidad. Al fin y al cabo, esto es la fe cristiana: el encuentro con Cristo, que nos da un nuevo horizonte y una dirección decisiva en nuestra vida, para nosotros y para los demás. Nos llama por nuestro nombre y desea confiar a cada uno una misión, eso sí siempre en beneficio de los demás, como la que tiene Joaquín del que os hablaba. Tomad conciencia de la vida que el Señor nos dio en el Bautismo. Y los que no lo recibisteis, venid como han hecho otros a pedírmelo, conscientes de la grandeza que alcanza vuestra vida, hacedlo sin vergüenza, yo os bautizaré. Jesús renueva constantemente la invitación a ser sus discípulos y sus testigos.

2. Jesús os presenta grandes ideales: entablad una relación de verdadera amistad con Él, nunca os defraudará. Nunca os contentéis solamente con vivir para vosotros mismos. Así no gozáis de la vida, es un gozo aparente que a la larga os defraudará. Tenéis derecho a saborear la felicidad verdadera y a dársela también a los demás. Esa felicidad tiene un nombre y tiene un rostro y vosotros podéis tener el mismo: el de Jesús de Nazaret. Entablad una relación intensa, medita su Palabra, nunca encontraréis unas palabras que llenen tanto vuestro corazón.

3. Emprended la más grande de las batallas: renovad la sociedad actual siendo testigos auténticos de Jesucristo, siempre impulsados por su verdad y por su amor, siendo generosos, haciendo verdad en este mundo la parábola del buen samaritano; nunca paséis de largo de nadie, deteneos ante todos, pero muy especialmente ante el que está caído y medio muerto, ante quien no tiene esperanza. Mirad de frente a los hombres, ved sus problemas, empeñaos

en curar y sanar, prestad vuestro aceite y vuestras vendas, es decir, lo que sois y tenéis; también dejadle sitio en vuestra vida, acompañando siempre y nunca olvidando a nadie. No tengáis miedo, creed en esto: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y siempre".

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Card. Osoro, arzobispo de Madrid

HOMILIAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(6-04-2018)

Quiero agradecerle al Señor una vez más este encuentro pascual que tenemos con Él en este viernes. Este encuentro que es una oportunidad más que nos da Él para escuchar su palabra, y para verificar cómo esa palabra suya se hace verdad en nuestra vida.

Quisiera deciros, como hago siempre, tres cosas: La primera es que todos, todos, tenemos algo de Tomás. Todos. Todos padecemos en algún momento la incredulidad. Si os habéis dado cuenta, el final del evangelio nos lo manifiesta un apóstol que no estaba presente cuando el Señor se apareció a los demás y dijo aquella expresión, "si no lo veo, no lo creo" cuando le dijeron los demás que habían visto al Señor. La segunda cosa que quiero deciros también es: ¿Cuál es la situación de un hombre y de nuestro mundo cuando margina a Dios? ¿Cuando le pone un no, le retira de su vida? Y, tercero, qué supone para nosotros tener este encuentro, esta noche, con Jesús.

Voy a lo primero. Todos tenemos algo de Tomás. Todos. Si os habéis dado cuenta, todos los discípulos habían experimentado la presencia de nuestro Señor en

sus vidas; se había acercado a ellos; y al llegar Tomás, que no estaba con los discípulos, le dijeron: hemos visto al Señor. Tomás les contestó: no seáis ridículos, no me vengáis con cuentos, yo si no lo veo no lo creo. Porque es que Tomás, como todos los demás, había visto morir al Señor en la cruz; como todos los demás, había visto el fracaso de Jesús en la cruz; como todos los demás, había visto que todo aquello que aspiraban a tener y a ser se había venido abajo: los horizontes de sus vidas, que tan bellamente habían soñado junto al Señor -que no eran desde el Señor, sino desde sus egoísmos, pero habían soñado con esas cosas nuevas que para ellos podían ser un porvenir grande-, y ven que es un fracaso. Por eso, Tomás fue alguien que dejó de creer.

¿Pero qué nos pasaría a nosotros también si, como a Tomás, esta noche Jesús se acerca a nosotros, estando cerradas las puertas como las tenemos ahora en nuestra catedral, y Jesús me dice a mí: la paz sea contigo?. La paz sea contigo. Vente junto a mí, tócame, mírame, comprueba que soy el que murió, tengo las huellas de la muerte, mi costado, mis manos taladradas.

Tomás tuvo tal experiencia que fijaos lo que nos dice el evangelio; sus palabras fueron estas: Señor mío y Dios mío. No hay palabras más grandes para agradecer la presencia del Señor. Yo quisiera que esta noche estuvieran también en nuestro corazón porque, como os decía antes, todos tenemos algo de Tomás. Todos, en algún momento de nuestra vida, dudamos; nos preguntamos. Pero el Señor hoy nos pide que nos arrodillemos también ante Él y le sepamos decir: Señor mío y Dios mío. ¿Pero, por qué nos lo dice el Señor? ¿Por qué quiere acercarse a nosotros?.

En segundo lugar, yo quiero deciros la situación del hombre y del mundo cuando retiran a Dios de su vida. Qué palabras y qué descripción más maravillosa hace el evangelio que acabamos de proclamar cuando sucede esto en la vida. Como habéis escuchado, comienza el evangelio diciendo: al anochecer de aquel día. Y sigue el evangelio diciendo: teniendo las puertas cerradas. Y sigue el evangelio diciendo: por miedo. Es todo igual, queridos hermanos.

Un mundo y un hombre al margen de Dios está en el anochecer. ¿Y qué significa anochecer? Pues que está en la oscuridad, está en la desilusión, está en la tristeza, igual le da ir hacia un sitio que para otro, no tiene metas, no tiene dirección. Ese es el anochecer del que nos habla el evangelio. Y encima tiene atrancadas las puertas, cerradas las puertas de su vida. ¿Y sabéis lo que sucede? La no

presencia de Jesús nos cierra a la vida. El miedo. El miedo, si os habéis dado cuenta, es el mayor enemigo de la vida. El miedo paraliza. Y siempre además nos genera sistemas para defendernos de ese miedo. El miedo nos impide relacionarnos bien con nosotros mismos y con los demás. Fijaos en un mundo, unos hombres que olvidan a Dios con el miedo, que paraliza, que genera que busquemos otras armas para defendernos por si alguien entra y rompe las puertas que tenemos cerradas...

Qué maravilla es este evangelio. ¿Os dais cuenta de este momento de la historia que estamos viviendo? ¡Qué importante es abrirnos al Señor! Abrimos a Dios. ¡Qué importante es! Para construir la historia. Para construirnos a nosotros mismos. ¡Qué importante es que nosotros nos dejemos preguntar por el Señor: qué me pides en estos momentos a mí Señor que, como Tomás, he dicho muchas veces, y a lo mejor lo estoy diciendo ahora: no te creo mucho. Probemos. Probemos a acercarnos al Señor y ver que Él nos da una luz distinta, nos da una luz para nosotros mismos, nos dice quiénes somos.

¿Sabéis lo importante que es en la vida saber que uno es hijo de Dios? ¿Sabéis lo importante que es saber que el otro es mi hermano? Que no es un desconocido, que no es una cosa más que yo puedo utilizar a mi modo, a mi manera, a mi gusto, desde mis egoísmos. ¿Sabéis lo que significa estar contento a pesar de las situaciones que pueda tener? Tengo un sitio en el mundo porque Dios me lo ha preparado a mí, y si no lo tengo es porque me lo ha quitado alguien. Pero Dios no me lo quita. Dios tiene un sitio para mí. Hay hueco para mí. Hay hueco para todos los hombres. La desilusión, la tristeza, desaparece.

Qué importante es. Y no nos extraña que el Papa Francisco haya convocado este Sínodo que se va a hacer en el mes de octubre próximo, en el que vosotros los jóvenes sois los protagonistas principales, porque vais a decir de verdad lo que necesita nuestro mundo. Qué importante es lo que vais a decir también en los Parlamentos de la Juventud, sea por vicarías o en el Parlamento de la Juventud a nivel de toda nuestra diócesis, donde podáis hablar. Un Parlamento es para hablar; para decir lo que pienso, lo que siento, lo que me gustaría, lo que deseo...

Y para poder escuchar, en tercer lugar, a Jesús. Encontrarnos con Él. Qué bonita es esta página del evangelio: "Se puso Jesús en medio de ellos y les dijo "Paz a vosotros"". Esta noche, esta página del evangelio tiene una realidad grande. Jesús, en medio de nosotros. Y nos dice: paz. Paz. En el fondo es como si el Señor nos

dijese: oye, dejad vuestros miedos, dejad vuestras tristezas, dejad vuestros desencantos, que hay arreglo, que se puede hacer un mundo diferente, que podéis ser distintos, que podéis tener en vuestro corazón algo muy distinto a lo que a veces tenemos; que nos agarra nuestros egoísmos y destroza no solamente nuestra vida, sino la vida de los demás, porque pasamos de quien está a nuestro lado.

En el fondo, cuando nos dice "la paz con vosotros", el Señor nos está diciendo: no dejéis mi amor. No dejéis mi amor. No dejéis este cariño que yo os tengo. Que os vengo a abrazar; que soy Dios; que he venido aquí, a esta tierra, para abrazaros: para daros la identidad real que tiene todo ser humano, que no es vivir para él mismo, sino vivir para los demás.

Y también, no solamente el Señor nos da la paz, sino que nos dice el evangelio que los discípulos se llenaron de alegría; se llenaron de alegría al ver al Señor. Es que Jesús despierta alegría. Despierta al triunfo de la vida. Jesús nos despierta a la alegría. Y el ser humano necesita de esa alegría para vivir. Que la alegría no es el triunfo de la vida. La alegría puede venir por muchas fuentes: puede ser por el triunfo de la vida, luego a tener una carrera, un porvenir... pero puedo ser el hombre o la mujer más triste que existe. La alegría viene de otro lugar. Tiene otra fuente. Que es Dios mismo. Es Dios mismo. Es el cariño que Dios nos tiene. Cuando yo siento que a mí el Señor no me abandona, me abraza, me quiere...

Os podéis imaginar... El Jueves Santo yo estuve por la mañana celebrando la Eucaristía y lavando los pies en la cárcel de Soto del Real. No os podéis imaginar la alegría que sienten quienes están allí, los hombres y mujeres que están allí, no solamente los que participan en el lavatorio de los pies, sino todos los que asisten a la celebración, cuando se les dice que Dios los quiere, y que Él no mira lo que han hecho, sino que mira más al fondo. Y que si se dejan abrazar por Dios, los odios y cosas que hay en la vida desaparecen fácilmente.

Y no os podéis imaginar el Viernes Santo, cuando fui por la mañana al CIES a hacer una celebración: es el centro de internamiento de extranjeros que detienen porque no tienen papeles, es donde detienen a muchos jóvenes igual que vosotros que vienen buscando un porvenir porque no lo tienen en sus lugares de origen, o porque están perseguidos, o porque están en situaciones de guerra... Y yo les hablé de las tres miradas de Jesús. Llevé un crucifijo, y las tres miradas de Jesús. Una, que es: déjate mirar tú por Jesús que te mira; la otra es: mira tú a Jesús, mira qué te ofrece, qué te da; y la otra: coge los ojos de Jesús y pónelos

tú. Pon los ojos de Jesús en tus ojos, y mira así todo lo que existe. Con los ojos de Jesús. No os podéis imaginar aquella experiencia tan bonita, cuando se lo vas diciendo...

Alegría. Jesús despierta alegría. Jesús nos despierta a todos. Y no solamente Jesús nos da paz y nos da alegría, sino que nos lanza a la misión. Lo habéis escuchado en el evangelio, ¿no?, que hemos proclamado: "como el Padre me ha enviado, así os envío yo". Esto nos dice el Señor esta noche a nosotros, en este encuentro. Es verdad. Somos Tomás. Que levante la mano quien no ha sido Tomás. Yo no la puedo levantar. Todos tenemos algo de Tomás. Todos. Pero también algo tenemos que a veces pues marginamos a Dios: estamos tristes... Pero qué bonito es esta noche, ¿no? Tener a Dios con nosotros. Y llenarnos de su paz, de su alegría. Y recoger la misión que Él nos da. Él nos invita a ser su presencia en medio de los hombres. Su propia presencia. Y no nos abandona. No nos deja al paio de nuestras fuerzas. Nos da su fuerza, nos da su amor, nos da su entrega, nos da su fidelidad. Y nos dice: venga, marchad, salid. Y no nos impone cómo tenemos que salir. Se trata de ir. Lo que nos dice es que le llevemos a Él.

No me digáis que, este primer viernes de Pascua que nos reunimos, no es un día maravilloso para nosotros... Porque Jesús nos viene a decir: mira, no os preocupéis, yo sé que sois Tomás algunas veces, que sois incrédulos. Sé también que a veces me echáis a un lado. Pero mirad cómo es vuestra vida cuando me echáis a un lado: estáis tristes, no tenéis sentido en la vida, no sabéis el camino, no sabéis para dónde vais, no sabéis lo que significa el otro, le utilizáis, le machacáis... Experimentad cuando me acerco a vosotros la paz, la alegría. Y os lanzo además a que seáis mi presencia.

Oye: qué confianza tiene el Señor con nosotros. Que seamos su presencia... Presencia misma de Dios. Presencia misma de Dios en los caminos de la vida. Donde están los hombres. Presencia de Dios. De Jesucristo nuestro Señor. Esto es ser cristiano. Vamos a pensarlo un momentito junto al Señor...

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA JORNADA POR LA VIDA

(09-04-2018)

Hermanos sacerdotes. Queridos hermanos y hermanas:

Esta tarde nos reunimos en la Real colegiata de San Isidro para celebrar la Jornada de la Vida. Esa jornada cuyo lema también para nosotros sigue siendo Educar para acoger el don de la vida. Donde presentamos, una vez más, a la familia como el lugar más bello y más hermoso para aprender el valor y la dignidad sagrada de cada vida humana.

Celebrar y recordar hoy, precisamente, el Sí que dio la Santísima Virgen María, que acogió de forma gratuita y confiada el designio de Dios como un don, a pesar de las dificultades que sabía que iba a poder tener en la vida, nos está moviendo a todos nosotros también a imitarla para acoger, celebrar y comunicar la alegría del Evangelio, y seguir promoviendo la cultura de la vida.

Estamos en este día en el que, además, celebramos la Encarnación: esa visita que el ángel hizo al Señor. Hemos rezado juntos y hemos cantado el salmo 39:

"Aquí estoy para hacer tu voluntad". El Señor no quiere grandes sacrificios ni grandes ofrendas; lo que desea es que pongamos nuestra vida en sus manos. Porque el Señor quiere que hagamos su voluntad. Lo que Él quiere de todo ser humano. Lo que Él quiso cuando creó al hombre y a la mujer. Él desea que proclamemos la salvación. Y Él nos manifiesta, una vez más hoy, su gran fidelidad, su gran amor, su gran misericordia. Ese amor de Dios que es capaz de extraer, de cualquier situación de mal, un bien.

Quisiera acercar la palabra que el Señor nos ha entregado hoy, en esta Jornada de la Vida, descubriéndoos tres aspectos que me parece que son importantes:

En primer lugar, Dios, en este momento de la historia, nos da señales evidentes de su presencia y de sus deseos. Habéis escuchado la primera lectura del profeta Isaías, en la que es el mismo Señor el que habla a Acab y le dice que pida una señal al Señor, su Dios. La respuesta de Acab fue evidente: no quiero tentar al Señor. No quiero. Porque Dios nos da suficientes señales a nosotros. Y la última señal, y definitiva, que nos ha dado, queridos hermanos, es que Dios está con nosotros. Dios ha venido a nuestra historia. Dios se ha hecho hombre. Y se ha hecho hombre para decirnos quién es el hombre, qué es lo que tiene que desarrollar en la vida el ser humano con toda explicitud. Y, al mismo tiempo, para decirnos quién es el Dios en quien creemos: un Dios que ama, que quiere, que desea que pongamos la vida en sus manos, que desea que desarrollemos en nuestra vida el itinerario que Él nos ofrece a todos nosotros.

Es verdad, queridos hermanos. Dios sigue dando señales de su presencia. Pero, a veces, los humanos no nos damos cuenta, o no queremos darnos cuenta, de esas señales. Y es evidente que en esta historia que estamos viviendo los hombres, estamos incluso tentando a Dios. Él nos da señales de vida. Y parece como si nosotros nos queremos mover por señales de muerte. Él nos da señales de amor, de cariño, y parece como si nosotros queremos hacer caso a señales de egoísmo, de vivir para nosotros mismos, de no vivir para los demás. Y en esta Jornada de Vida tenemos que reconocer que este es un momento de la historia en el que hemos de volver a poner en el centro a Dios, el que se nos ha revelado en Cristo, para no ser y construir algo que nada tiene que ver con el ser humano en su desarrollo pleno.

Mirad: la familia sigue siendo el centro. Sigue siendo ese ámbito, esa atmósfera en la que un ser humano debe crecer, o ha de crecer. Es más: Dios,

cuando vino a este mundo, quiso hacerlo dentro de una familia. Él vivió muchos años, antes de salir de Nazaret, con su familia, con María y con José. El Señor fue muchas veces, seguro que con san José, a la sinagoga, a escuchar la Palabra de Dios. Aquella misma sinagoga en la que Él un día, ya siendo mayor, desenvolvió un libro y, como nos dice el Evangelio, acogiendo al profeta Isaías, leyó aquel texto que tantas veces hemos escuchado: "hoy se cumple esta escritura". Hoy se hace verdad en mi vida lo que decía el profeta Isaías: he venido a dar libertad, he venido a dar luz, he venido a dar fundamentos a la existencia del hombre. Y, sin embargo, parece como que los humanos hoy queremos relegar la familia a un segundo lugar.

¿Os dais cuenta, queridos hermanos, de que el lugar más bello, la casa que Dios ha puesto para que todos vengamos a este mundo, la casa sagrada, el santuario de la vida, que es el vientre de nuestras madres, hoy se pone en cuestión? ¿Es que el ser humano, para venir a este mundo, tiene que vivir de alquiler? Cuando Dios lo ha dado gratuitamente, y ha hecho un santuario para que venga el ser humano. Porque Él, con la Encarnación precisamente, convierte el vientre de nuestra madre, la Virgen María, en un santuario. Y, desde entonces, es así el lugar donde venimos a la existencia todos los hombres.

Dios nos da señales de su presencia. Pero, a veces, nosotros queremos vivir de otras señales. Por eso, le pedimos al Señor hoy sensatez en nuestra vida. Solamente sensatez. No le pedimos grandes cosas. Y le pedimos que nos haga ver a todos nosotros que no queremos tentar al Señor. Que el Señor nos da señales suficientes para saber dónde está el santuario de la vida, dónde tenemos que crecer como personas, dónde está la atmósfera real en la que el ser humano no solamente inicia la vida, sino que se prepara para salir a este mundo. Y para salir, no de cualquier manera, sino como imagen real de Dios.

En segundo lugar, no solamente el Señor nos da señales de su presencia. Él desea que pongamos la vida en sus manos. Lo habéis escuchado en la segunda lectura de la Carta a los Hebreos: no quieres ni aceptas sacrificios, ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias. No quieres eso. No quieres que hagamos grandes cosas. Hemos logrado, queridos hermanos, en este mundo en el que vivimos, multitud de descubrimientos, que quizá son buenos para elevar al ser humano. Pero a veces hemos olvidado quién sostiene nuestra vida, quién nos da el cariño más grande, quien nos marca la dirección de nuestra existencia...

Por eso, nos decía el texto de la Carta a los Hebreos, no quieres ni aceptas sacrificios. Tú lo que quieres es que el ser humano diga: "Aquí estoy yo, para hacer tu voluntad". La voluntad de Dios es que seamos su imagen. Es decir, que seamos vida. Creemos en el Dios de la vida. Nosotros no creemos en un Dios que viene a dar muerte, que viene a dar esclavitud, que viene a servirse de los demás, que viene a tratar a los demás egoístamente, porque a mí me apetece, porque así me lo parece...

Queridos hermanos y hermanas: no solamente Dios nos da señales, sino que nos pide que pongamos la vida en sus manos.

Y, en tercer lugar, Dios nos ofrece un itinerario para descubrir las señales de Dios y para ponernos en manos de Él. Y el itinerario hoy nos lo ofrece a través de su propia Madre, de la Santísima Virgen María. De esta página del Evangelio que hace un instante proclamábamos. Y el Señor nos ofrece que, en la vida, si queremos vivir y dar vida, tenemos que vivir este itinerario de María, que tiene como siete etapas, que se unen ciertamente, pero que tenemos que pasar por ellas. Las habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado.

Por una parte, queridos hermanos, todos los hombres recibimos la noticia que viene de Dios. Todos los hombres. Como María, que fue visitada por un ángel enviado por Dios. Sí. Fue visitada por Dios. Todos nosotros somos visitados por Dios. Todos nosotros somos visitados porque somos, entre otras cosas, imágenes de Él. Todos nosotros no estamos por pura casualidad aquí.

En segundo lugar, todos nosotros tenemos experiencia de que Dios quiere entrar en nuestra presencia. Quiere entrar en nuestra presencia. Quiere darnos su luz. Quiere mostrarnos quién es Él. Quiere decirnos lo que desea de nosotros.

En tercer lugar, el Señor, todo esto lo quiere hacer porque quiere que vivamos en alegría. Estamos llamados a la alegría, queridos hermanos. Lo habéis escuchado en el Evangelio: por una parte, viene el ángel, lo visita Dios, entra en su presencia, y le dice a la Virgen: "alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Estamos llamados a la alegría. Fijaos queridos hermanos que todas las exhortaciones del Papa Francisco tienen la palabra alegría. La que hoy nos entrega también, o la que nos ha dado hoy como regalo en esta Pascua, habla de la alegría. Habla del regocijo. Nos llama a la alegría a todos nosotros.

Es verdad que es un Dios, queridos hermanos, que entra en nuestra vida, que quiere entrar en nuestra presencia, que quiere decirnos dónde está la vida del ser humano, que nos llena de alegría... es verdad que esto nos turba, porque los hombres no estamos acostumbrados a tener a alguien que venga a nosotros y nos llene de alegría, de amor, de entrega, de fidelidad. Que nos llene de su gracia. No estamos acostumbrados.

La expresión que utiliza el Evangelio, "Ella se turbó ante estas palabras", se refiere precisamente a una turbación que no es negativa. Es la turbación que esta noche tenemos nosotros aquí, cuando hemos escuchado a Dios, que nos dice que nos visita, que nos quiere, que nos llena de alegría. No estamos acostumbrados a eso, queridos hermanos. Pero añade más, Dios. El Señor, lo mismo que le dijo a María que no temiese, nos lo dice a nosotros. Él nos dice que encontraremos siempre gracia en Dios. Encontraremos siempre en Dios a aquel que nos invita a defender la vida, a preservar la vida. Este Dios que comienza haciéndose hombre en el vientre de María por obra del Espíritu Santo, es un Dios que comienza a hacer un cántico a la vida humana, queridos hermanos. Un cántico que a veces, en nuestro mundo, como que lo queremos estropear. Y queremos hacer nosotros otras utilizaciones de la vida humana. Encontremos también nosotros la gracia de Dios.

Queridos hermanos: la Virgen, cuando recibe la noticia de que va a recibir la vida, no es una mujer que se crea las cosas. Pide alguna explicación. Como lo habéis visto en el Evangelio: ¿cómo será esto, pues no conozco varón? Y le dan la explicación: el Espíritu vendrá sobre ti. Queridos hermanos: Dios nos explica también a nosotros por qué para nosotros es esencial la vida. La vida que se nos ha mostrado en Jesucristo. La vida que entendemos en lo que es, en su profundidad y en su esencia, cuando contemplamos a nuestro Señor. Y cuando contemplamos a su Santísima Madre viendo cómo recibe la vida.

Queridos hermanos: hay algo fundamental. Y es que hay una etapa también en este itinerario de María que es bueno que nosotros escuchemos: para Dios, nada hay imposible. ¿Os dais cuenta cómo queremos manejar nosotros la vida? Cómo queremos manejarla. Queremos que sea de esta manera, de esta otra, investigamos, y no acabamos de creer esto que nos dice el Señor, y que le dijo a la Virgen: para Dios nada hay imposible. Es bueno, por supuesto, que los hombres y mujeres investiguemos todo lo que sea necesario, y con la inteligencia que Dios ha puesto en nosotros. Pero nunca para creernos dueños de la vida. Si

no, investiguemos. Porque Dios ha puesto en nuestra vida la suficiente creatividad e inteligencia para defenderla cada día más. Para cuidarla cada día más. Pero nunca no para estropearla.

Hagamos el itinerario de María para decir a Dios: "Aquí me tienes, Señor".

Yo so diría, queridos hermanos y hermanas, que en esta Jornada de la Vida simplemente le digamos al Señor: aquí me tienes. Para defender la vida tal y como tú me la has mostrado en ese itinerario que realizas con la Santísima Virgen María. Educar para acoger el don de la vida, queridos hermanos. Dejemos que el Señor nos eduque. Dejemos. Y eduquemos en este mundo para acoger el don de la vida. No lo podremos hacer si prescindimos de quien es la vida misma: Jesucristo.

Estamos celebrando esta Jornada de la Vida, como hacemos otros años, en este lugar, santuario de una familia cristiana: san Isidro, santa María de la Cabeza, y su hijo. Un santuario donde están las reliquias de estos santos, y en el que nosotros celebramos estas jornadas de la vida. Porque ellos no solo acogieron a la vida misma que es Cristo, sino que organizaron toda su existencia desde Jesucristo, para Jesucristo, en Jesucristo y como Jesucristo quería. Pues que el Señor hoy, a través de este santo tan nuestro, san Isidro Labrador, nos dé todo lo necesario para hacer el itinerario de la Santísima Virgen María. El que ellos hicieron, convencidos de que para Dios nada hay imposible.

Y, queridos hermanos, no nos asustemos. Es verdad que hay muchas oscuridades en este mundo que a veces están matando la vida, o estropeando ese horizonte de vida que Dios nos pone a los hombres. Pero también es verdad que hay mucha gente que, cada día con más hondura y profundidad, está descubriendo que sin este horizonte y esta vida que nos da Cristo mismo no hacemos nada. Y estamos volviendo a las raíces, queridos hermanos. A las raíces. Hay datos suficientes en este momento histórico para decir que la crisis tremenda que se ha intentado a veces plantar sobre la familia y sobre la vida misma no puede con la vida. La vida se defiende por ella misma. Y la defensa es en Cristo nuestro Señor, que es la vida, que se va hacer presente aquí. Y hoy, en la historia concreta de la humanidad, estamos viendo no solamente que esta vida tenemos que acogerla si es que queremos ser humanos y no hacer un desastre de esta humanidad, sino que cada día más se están convenciendo los hombres de que esta muestra que revela el mismo Jesucristo, y que se nos da la oportunidad de vivir y de experimentar en esta Jornada de la Vida, es necesaria. Y cada día hay más convenci-

dos. No temáis. Y esto lo podemos decir además con datos. Con datos. Habrá muchas cosas que se están haciendo en contra de la vida. Pero hay muchas más que se hacen a favor de la vida. ¿Sabéis lo que sucede? Que las que se hacen a favor de la vida no suelen aparecer en nuestros medios, en la comunicación normal que tenemos los hombres. Pero están. Dios lo sabe. Y, además, creemos en lo que os decía hace un instante: para Dios no hay nada imposible. Y Dios lo hará visible en medio de esta humanidad.

Que celebremos así esta Jornada, queridos hermanos. Con alegría. Con la misma alegría que tuvo la Virgen cuando supo que traía a la vida misma a este mundo, a quien ahora nosotros recibimos en la Eucaristía

Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA CON CÁRITAS MADRID

(25-04-2018)

Queridos hermanos y hermanas:

Nos reunimos en esta celebración. Y lo hacemos en esta fiesta de san Marcos Evangelista. Fiesta en la que, como cuando recordamos a alguien que estuvo muy cerca de nuestro Señor, tenemos que recordar necesariamente lo más significativo del Dios en quien creemos. Lo que le da hondura, lo que le da identidad al ser cristiano, es la experiencia de un Dios que nos ha querido tanto, que nos ha amado tanto, que se ha hecho presente realmente entre nosotros, y que ha querido que lo significativo nuestro además sea el regalar, el propagar y el manifestar ese amor a todos los hombres; especialmente a aquellos que, quizás por las diversas situaciones en las que la vida les ha hecho rodar y caminar, no tienen precisamente esta experiencia inmediata de la cercanía de alguien que les ama y que les quiere.

Por eso... yo creo que las cosas no son nunca por casualidad. Para un cristiano no hay casualidades. Y el salmo 88 que hemos recitado juntos es signifi-

cativo para este encuentro de Cáritas, esta acción de gracias nuestra, de Cáritas diocesana. "Cantaré eternamente tu misericordia" decíamos al Señor hace un instante, todo juntos. Hacer del amor de Dios, que es su misericordia, un canto de nuestra vida y con nuestra vida, es la gran invitación que permanentemente Cáritas diocesana nos está haciendo a todos nosotros.

Sí. Cantar el amor de Dios, anunciar ese amor no con palabras sino con obras, descubrir que el edificio que se construye sobre ese amor de Dios es el que permanece, es el que se afianza, es el que es fiel a todos los hombres, es el verdadero canto que el Señor nos dice que hagamos. Pero no solamente nos invitaba en este salmo a hacer este canto, sino a proclamar las maravillas de Dios. Sí. Con obras. Con obras. Porque el Dios en quien creemos, ¿con quién lo podemos comparar? Solamente cuando lo hacemos viendo lo que Él hizo en la tierra, mientras estuvo con nosotros; viendo la dicha que tuvo el pueblo en el que Él vivió y se hizo presente y tomó rostro humano; viendo la dicha que dio a los hombres, la luz que entregó, el amor que regaló, el gozo que tenían quienes estaban a su alrededor.

Queridos hermanos: con los sentimientos de Cristo, salgamos al mundo, y cantemos y anunciemos las maravillas de Dios. Esta podría ser la síntesis de la palabra que acabamos de proclamar.

Yo querría acercar a vuestra vida, en primer lugar, que tengamos unos con otros los sentimientos de humildad de Jesucristo. Nos lo decía el apóstol Pedro en este texto de la primera carta que hemos proclamado. Y tener unos con otros los sentimientos de humildad es tener sentimientos de amor; es descubrir la grandeza del otro; y precisamente por su grandeza, porque es imagen de Dios, la necesidad de acercarnos a quienes pueden, por los motivos que fuere, tener estropeada en su propia existencia esa imagen; o no tener los medios necesarios para vivir esa imagen de Dios con alegría y con hondura.

Dios siempre da la gracia. Dios, el Dios en quien creemos, y que nos reúne, siempre se interesa por nosotros. Por eso, queridos hermanos, la tarea que el Señor nos invita a tener, y a tener los sentimientos de Él, nos anima por una parte a inclinarnos bajo "mano poderosa", como nos decía el apóstol Pedro; a inclinarnos y a refugiarnos en este amor de Dios; pero no para guardarlo para nosotros mismos,

sino para entregárselo a los demás. Y también a situarnos ante Dios descargando el agobio; el agobio que tanta gente tiene.

Cuando en el día de hoy habéis salido por ahí, y habéis hecho esos círculos, es cierto que tenéis en el corazón y en la mente a tanta gente que se siente agobiada en la vida... El agobio más grande de un ser humano es no sentir el amor de Dios; no sentir y experimentar el cariño de Dios. Dios no ha querido que lo experimentemos en la nube, ¿verdad?, sino que lo experimentemos en el tú a tú de cada uno de nosotros.

Que sepamos dar ese amor de Dios a los hombres: en la cercanía, en el mirar de frente al otro en lo que es, en escuchar y ver las necesidades que tiene la persona o las personas que tengo a mi lado; en estar atento, aunque no diga nada, a esas necesidades que legítimamente tenemos que responder si queremos que resalte la imagen de Dios del ser humano. Por eso, es importante también para nosotros este Dios que da gracia y se interesa por nosotros. Que descarguemos también los agobios en Él. Que sea Él el que nos ilumine. Dios, que da toda gracia, nos establece en este mundo para mirar de frente a los demás y sus necesidades; nos afianza en este mundo para regalar su presencia, no para dar presencia de un Dios que no existe.

El Dios en quien creemos interviene en la vida de los hombres; el Dios en quien creemos cambia nuestro corazón y cambia la vida de los demás a través de nosotros, porque así lo ha querido Él. Nos robustece para que robustezcamos también a los demás. Y esto nos pide, por supuesto, estar firmes en la fe. Firmes en esa adhesión a nuestro Señor Jesucristo.

Queridos hermanos: nosotros no damos ideas sobre lo que es amar. Nosotros regalamos a través de nuestra propia vida, o por lo menos así nos lo ha pedido el Señor: tenemos que regalar la presencia de ese amor en concreto, a través de nuestra vida. Firmes en la adhesión a Cristo nuestro Señor, que no es una idea, sino que es una persona que se ha encontrado con nosotros y quiere, a través de nosotros, encontrarse con quien más lo necesita. Este Dios de toda gracia: acojámosle. Tengamos los sentimientos de Cristo.

En segundo lugar, el Señor os ha invitado a salir. Salgamos al mundo. Veamos cómo están los hombres; veamos sus necesidades; veamos la alegría verdade-

ra que necesitan. Pero no nos quedemos mirando solamente, sino que proclamemos con nuestra vida esa buena noticia, que es Jesucristo mismo, con obras. Que no nos quedemos en palabras.

¿Habéis visto el Evangelio, qué fuerza tiene?. Jesús se aparece a los once, y les da un imperativo, un mandato: Id al mundo entero y proclamad el Evangelio. Dadlo a conocer.

Queridos hermanos: ¿Os habéis dado cuenta de que la misión en la Iglesia católica siempre se ha hecho, cuando se va a un lugar donde se desconoce a Jesús, a través de obras concretas? Se pone un hospital, se instala un colegio, se atiende a los más necesitados, se buscan las obras que acerquen el amor de Dios... Porque eso habla por sí mismo.

Hay que salir al mundo. Ciertamente. Pero, queridos hermanos, hoy los cristianos no seremos creíbles si no proclamamos con obras esta buena noticia.

Yo quiero daros las gracias a todos los que estáis, de alguna manera, involucrados en Cáritas diocesana, porque lo hacéis con vuestra voz. Nos lo ha dicho el Señor: quienes creemos, curan; quienes creemos, hablamos lenguas nuevas; quienes creemos, no hacemos daño a nadie, sino que restauramos. Sí. Curamos. Devolver la dignidad al ser humano, eso es curarle queridos hermanos. Y eso es lo que hacen las obras de Cáritas. Y todos los proyectos que estamos llevando a cabo. Y otros que, según las necesidades de los hombres, vayamos haciendo entre nosotros. Curamos. Y hablamos un lenguaje nuevo.

Cuando leemos muchas veces aquel texto de Pentecostés que dentro de muy pocos días va a proclamar la Iglesia, en el día de Pentecostés, sobre la venida del Espíritu Santo, recordad que los apóstoles salieron a hablar. Y había, nos dice el Libro de los Hechos, gentes de todos los lugares: medos, partos, elamitas... venidos de Mesopotamia, hombres, mujeres... Nos quiere decir el texto que había de todas las lenguas, de todas las razas, de todos los lugares... Y todos entendían a los apóstoles en su propia lengua. Porque no solamente hablaban. Aparte de que pudiera hacer el Señor el milagro de que les entendiesen todos, el gran milagro era que les hablaban con obras; con obras del amor mismo de Dios. Y eso lo entienden

todos, queridos hermanos. Ese lenguaje lo entiende todo el mundo. Y nos acerca. Y nos comunica de verdad con los demás. Hablarán lenguas. Y nada de lo que digamos les hará daño. Porque el amor siempre rehabilita; el amor engendra vida; el amor engendra ilusiones; el amor da horizontes, da perspectivas, da orientaciones, se manifiesta de formas concretas... Salgamos al mundo y proclamemos la buena noticia.

Y, en tercer lugar, estad convencidos queridos hermanos de que el triunfo es del amor de Dios. El triunfo está en el amor de Dios. Y para verificar y hacer vida ese amor, el Señor coopera con nosotros. Nos lo ha dicho el Evangelio: coopera con nosotros. Nos confirma con su Palabra; nos confirma cuando le dejamos entrar en nuestra vida, y experimentamos el gozo de su presencia en nuestra existencia, y el gozo de no encerrarnos en nosotros mismos, sino la necesidad de abrirnos a los demás y de expandir lo que nosotros tenemos y se nos ha dado de parte del Señor.

Y el triunfo del amor de Dios se hace con señales a través de nosotros, que son nuestras obras.

Pues, queridos hermanos: si os sirve de algo este momento y esta Palabra que hemos proclamado, es para invitaros a que hagáis siempre este cántico de que eternamente la misericordia del Señor es la que vale. El amor de Dios. Cantad esta misericordia. Y tengamos estos sentimientos de Cristo. Y salgamos al mundo. Los cristianos no estamos para encerrarnos. No somos "grupos estufa" que nos juntamos entre nosotros y estamos a gusto. No. Es para buscar a otros. Y buscar sobre todo a los que más lo necesitan. A los que más necesitan ese amor. A los más pobres. Ahí se verifica la verdad de nuestra fe. Ahí se verifica la verdad de que creemos en nuestro Señor Jesucristo. Y esto es lo que anuncia de verdad las maravillas de Dios.

Pues, queridos hermanos, este Jesús que nos ha hablado, este Jesús que es Cáritas haciendo obras del amor mismo de Jesús, se hace presente aquí. Entre nosotros. En el misterio de la Eucaristía. Y se hace presente para que todos nosotros nos alimentemos siempre de Él. Porque, mirad, si nos alimentamos de Él, daremos lo de Él, no lo nuestro. Y Él cada día estará más en nosotros. Y ocupará cada día más y mejor nuestra existencia. Pero no para que nos quedemos sentaditos, sino para que salgamos a este mundo y cantemos eternamente la misericordia y el amor de Dios. Que así lo hagamos.

Yo deseo para Cáritas diocesana que esto lo vivamos en plenitud. Y logremos que haya mucha gente. Que se incorpore también con nosotros a regalar este amor de Dios. Y a manifestarlo. Y hacer que se provoque en otras partes del mundo a través de nosotros. Como tan bellamente nos dicen estos días los textos que proclamamos en este tiempo de Pascua, cuando se nos dice cómo los cristianos que, a veces tenían que huir de un sitio a otro: huían, pero se juntaba más gente alrededor de ellos, en el pueblo donde llegaban, porque veían la experiencia de amor de Dios que ellos entregaban.

Que así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA FUNERAL EN HOMENAJE A CERVANTES

(26-04-2018)

Excelentísimo Señor don Darío Villanueva, director de la Real Academia Española. Excelentísimos académicos. Hermanos y hermanas todos.

Nos reunimos un año más en esta Iglesia del convento de las Trinitarias Descalzas para rendir un homenaje hecho desde Dios mismo, desde las entrañas mismas de un Dios que ha querido acercarse a nosotros, a don Miguel de Cervantes y a cuantos cultivaron las letras hispanas, junto a los académicos fallecidos. Damos gracias a Dios por este momento que el Señor nos permite vivir a todos nosotros.

La palabra que acabamos de escuchar nos ayuda a encontrar un sentido profundo a lo que aquí estamos celebrando. Juntos hemos repetido: "Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero". Y nadie mejor que ustedes saben que una palabra bien utilizada, para comunicarnos los hombres, es cierto que es lámpa-

ra y es luz. Por eso, aunque el texto y el salmo 118 que hemos recitado se refiere a la palabra de Dios, también es cierto que se refiere a las palabras que nosotros decimos y con las cuales nos comunicamos.

Hoy el Señor desea que meditemos sus preceptos, que seamos sagaces para no apartarnos de su senda y para dirigir nuestra vida según sus mandatos. El Señor nos quiere entregar la verdad. Como un filósofo español decía: nunca he podido pasar, o rara vez me ha sucedido, por un lugar que haya sido sacro, sin comenzar a temblar. Pues, para descubrir lo divino, está el pensamiento. Lo sacro está adscrito a un lugar, está mudo, hace señas, atrae, se puede uno quedar pegado, pero de ahí no sale. Por así decir, lo divino y en lo divino es lo contrario, sucede lo contrario: es la transparencia, es la presencia que queríamos encontrar siempre y que, aunque no la encontremos, sabemos que está ahí.

El ser humano, queridos hermanos, es un ser a medias. Es, como decía una filósofa española, el heterodoxo que busca siempre la transcendencia, pero vive en la realidad cotidiana, pero añora esa otra realidad plena. Lo que estamos celebrando aquí es precisamente el saber que tenemos otra realidad, más plena, más verdadera: el encuentro con Dios. El encuentro definitivo con Dios. Lo divino es una experiencia o una vivencia experiencial que parte de la propia interioridad humana y que se expresa a través, como lo estamos haciendo ahora, de este momento singular y religioso que estamos viviendo todos nosotros.

Tres cosas querría deciros esta tarde a todos ustedes.

En primer lugar, quiero hablarles de una sabiduría que es sabiduría divina. Sí. Una sabiduría que no viene de los hombres, que viene de Dios, pero que es una sabiduría atractiva.

La relación entre el ser humano y Dios, a la que ya Zubiri llamaba realización, por ser constitutiva y propia de la persona: no tener a Dios sería no tener límite, pues ¿quién entonces habría de limitarlos? ¿Quién encajaría en nuestro ser, en ese hueco que ciertamente estamos esperando todos? Y de faltarnos de veras a los hombres Dios, faltaría el peso, la gravedad, la vida verdadera. Si perdemos a Dios, ¿qué hacemos de nuestra libertad?

En definitiva, esto es lo que el apóstol Pablo decía a aquellos hombres y mujeres de la comunidad de Corintio: cuando vine a vosotros, a anunciaros el misterio

de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría. No. Solo me precié de saber a Jesucristo, de conocerlo, de haber tenido una experiencia profunda de Él, de haberme encontrado de tal manera con Él que cambié la dirección de mi vida absolutamente, giré mi vida, miré hacia otra parte según el Señor me indicaba, porque comencé a apoyarme no en la sabiduría que viene de los hombres, sino en la sabiduría de un Dios que no ha conocido, nos decía el apóstol Pablo, ningún príncipe de este mundo, porque es un regalo de Dios.

Este es el regalo que esta noche todos nosotros, en esta memoria y en recuerdo que hacemos, tenemos. Esa sabiduría que viene de Dios. Que nos la ha regalado el Señor. Que nos hace saber que si vivimos, vivimos para Dios; y si morimos, morimos para Dios. En la vida y en la muerte, somos de Dios.

Pues, queridos hermanos: esta es la misión. Anunciar a este Dios que nos ha dicho que la libertad la alcanzamos solo en Él, la conquistamos o nos la conquista Él mismo. Por eso, la vida cristiana es una forma de vivir. Ella misma narra todo, acerca de las propias convicciones que uno tiene, la propia vida que hacemos junto a los demás.

Cuentan de una entrevista que hace un amigo hace con Ortega y Gasset, en la que el maestro advierte a la persona que tenía al lado: retrocede, no te vayas tan lejos. Y, sin embargo, esa persona le dice: hay que ir más lejos. Lo cual no significa ninguna condición espiritual, sino una creencia íntima, le decía al profesor. Más allá. Claro. Porque si no se va más allá, no se va a ninguna parte. Esto es lo que el apóstol Pablo nos regala esta noche a nosotros: "Vengo a hablaros de otra sabiduría, que es la que viene de Dios".

En segundo lugar, queridos hermanos, yo quería deciros también, que somos sal y luz de la tierra. Somos sal. Sí. Tenemos que dar sabor a esta tierra. Tenemos que quitar oscuridad. Y sabemos que nuestras luces, las propias, tienen poco alcance. Que la capacidad para dar un sabor diferente a la vida tiene, también para nosotros, unos límites serios. Es necesario que nos pongamos en esa dimensión de Dios; en eso que algunos autores han llamado la razón poética, que no quiere decir que sea mentira. Una razón que defiende la verdad. Pero la defiende de tal manera que lo quiere decir con unas palabras que, quizá, no estamos acostumbrados a escuchar, pero que, sin embargo, nos dicen y nos hablan de que tenemos que ser esa sal y esa luz en medio de los hombres.

Queridos hermanos: hoy el Señor nos invita a esto. Hoy, el momento histórico que estamos viviendo, nos invita a esto: a dar otro sabor diferente a la historia, a la convivencia de los hombres. A dar una luz diferente. Sí. Las luces que damos los hombres no nos bastan. Tenemos que traspasar. Tenemos que ser hijos nacidos de ese sueño que Dios mismo nos hace realidad y nos regala: su propia existencia y su propia vida.

Y todo ello, y en tercer lugar, porque la gloria del hombre es Dios mismo, queridos hermanos. Sí. Nos lo ha dicho el Señor en el Evangelio: que alumbré así vuestra luz a los hombres. Esa es vuestra gloria. Dar la luz que Dios nos regala. Dar el sabor que Dios entrega. Y esto hacerlo, como nos dice el Evangelio que hemos escuchado, con obras y con palabras. Que las palabras respondan a las obras que realizamos en nuestra vida.

Como veis, queridos hermanos, esta invitación que nos hace el Señor es grande. Es grande. Sorprende. Quisiera que todos nos arriesgásemos para, simplemente, contar lo que nos dice el apóstol Pablo: antes tenía otra sabiduría, y los resultados que daban eran resultados de muerte; hoy, acojo la que me ha dado Jesucristo, que da resultados de vida, para mí y para los que me encuentro.

Que nosotros tengamos esa capacidad. La que nos regala el Señor con su presencia dentro de unos momentos, en el misterio de la Eucaristía. Para también dar vida. Sorprender. Sorprender con esa apertura que, cuando se la hacemos a Dios, nosotros mismos nos sorprendemos y somos capaces de sorprender a los demás.

Que el Señor os bendiga y os guarde siempre. Que seamos capaces de hacer verdad lo que hace un instante escuchábamos: "lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero". Que sea la palabra del Señor la que hoy nos regala luz y lámpara. Que seamos capaces de regalársela a los demás siempre.

Que el Señor os bendiga y os guarde. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO DE CONVOCATORIA DE ELECCIONES PARA EL CONSEJO PRESBITERAL

**CARLOS, DEL TÍTULO DE SANTA MARÍA IN TRASTEVERE,
CARDENAL OSORO SIERRA**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

ARZOBISPO METROPOLITANO DE MADRID

El Consejo Presbiteral, que es "como el Senado del Obispo, en representación del presbiterio diocesano", tiene como misión ayudar al Obispo en el gobierno de la Diócesis conforme a derecho, proveyendo así, lo más posible, al bien pastoral del pueblo de Dios que le ha sido encomendado y contribuyendo a fortalecer los vínculos de comunión entre el Obispo y los presbíteros que con él cooperan. Acabado el mandato de los miembros del Consejo al haber transcurrido los tres años establecidos en los correspondientes Estatutos (n. 10), por el presente Decreto

CONVOCO

al preceptivo proceso que permita la elección de nuevos miembros por parte de los sacerdotes con derecho a voto. Este proceso se desarrollará conforme a las normas establecidas en el Derecho Canónico (cc. 497-502 del C.I.C.), los Estatutos del Consejo Presbiteral (nn. 4-11, B.O.A. año 1984, pp. 589-595) y por las siguientes disposiciones:

1. Las votaciones se desarrollarán entre los días 7 a 18 de mayo.
2. Conforme a los Estatutos, los miembros que han de ser elegidos representarán a los siguientes estamentos:
 - a. Dos por Vicaría, uno de los cuales debe ser Arcipreste.
 - b. Uno por la Curia y Delegaciones Diocesanas.
 - c. Uno por los profesores, formadores del Seminario y demás instituciones docentes de la Diócesis.
 - d. Uno por los capellanes de hospitales o residencias.
 - e. Uno por los sacerdotes religiosos residentes en la Diócesis.
3. Los sacerdotes que pertenezcan a más de uno de los estamentos señalados en el punto anterior sólo podrán ejercer el derecho de votación, tanto activo como pasivo, en razón de uno de ellos, que debe ser coincidente.
4. Los Vicarios episcopales y responsables de los centros de votación convocarán a los sacerdotes para que puedan ejercer su derecho de elección de acuerdo con las normas citadas en el presente decreto. También elaborarán los correspondientes censos.
5. Los sacerdotes que se encontraren impedidos podrán enviar su voto en sobre cerrado al presidente de la mesa de votación.
6. Delego en el Vicario General Moderador de Curia, para que coordine, interprete la legislación existente al efecto y ponga en marcha todo lo necesario para la realización de las votaciones.

7. Una vez finalizadas las votaciones, se remitirá inmediatamente al Canciller-Secretario de la Curia diocesana el acta de resultados firmada por los miembros de la mesa, para los trámites correspondientes.

Dado en Madrid a veintitrés de abril de dos mil dieciocho.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez

NOMBRAMIENTOS

ARCIPRESTES:

Vicaría I

- **De Sagrado Corazón:** D. Antonio Fernández Velasco. (11-04-2018).
- **De San Agustín:** D. José María Muñoz de Juana. (11-04-2018).
- **De San Juan Bautista:** D. Ramón María Montero Prado. (11-04-2018).
- **De San Matías:** D. Guillermo Cruz Fernández Castañeda. (11-04-2018).
- **De San Pedro de Barajas:** P. Antonio Manuel Martín Blanco, O.A.R. (11-04-2018).
- **De San Miguel de Chamartín:** D. Pedro Pablo Dones Sabrido. (11-04-2018).
- **De Santa María del Pinar:** D. Óscar Alba Peinado. (11-04-2018).
- **De Alcobendas:** P. José Luis del Castillo Campos, O.S.A. (11-04-2018).
- **De Lozoya-Buitrago:** D. Pedro Javier Carrasco Fernández. (11-04-2018).
- **De El Molar:** D. Ignacio López Ortega. (11-04-2018).

Vicaría II

- **De Concepción de Nuestra Señora:** P. Luis Gallardo Ganuza, O.C. (11-04-2018).
- **De Concepción de N^a Sra. de Pueblo Nuevo:** D. Abraham Cruz Peláez. (11-04-2018).
- **De Encarnación del Señor:** D. José Carlos González Sánchez. (11-04-2018).
- **De Espíritu Santo:** D. Jorge González Muñoz. (11-04-2018).
- **De Nuestra Señora de Covadonga:** P. Carlos Recas Mora, O.P. (11-04-2018).
- **De Nuestra Señora del Pilar:** D. José Castro Cea. (11-04-2018).
- **De Sta. María la Blanca:** D. Manuel Paniagua Barbero. (11-04-2018).
- **De San Blas:** D. Juan Antonio Cuesta Olmo. (11-04-2018).
- **De San Juan Evangelista:** D. Félix González Álvarez. (11-04-2018).
- **De Santísima Trinidad:** D. Ángel Luis Caballero Calderón. (11-04-2018).

Vicaría III

- **De Nuestra Señora de la Merced:** D. Juan Carlos Burgos Goñi. (11-04-2018).
- **De Nuestra Señora de Moratalaz:** D. Asterio Felipe González Muñoz. (11-04-2018).
- **De San Estanislao de Kostka:** D. Mauricio Armando Palacios Gutiérrez-Ballón. (11-04-2018).
- **De San Ginés y San Jerónimo el Real:** D. José Luis Bravo Sánchez. (11-04-2018).
- **De San Pedro el Real:** D. Gabriel Benedicto Casanova. (11-04-2018).
- **De Santa María de la Antigua:** D. Bernabé Sanz Grande. (11-04-2018).

Vicaría IV

- **De Nuestra Señora de la Paz:** D. Pablo Lamata Molina. (11-04-2018).
- **De San Ramón Nonato:** D. José Luengo Coloma. (11-04-2018).

- **De Dulce Nombre de María:** D. Antonio García Moreno. (11-04-2018).
- **De San Diego:** D. Antonio Joaquín de la Torre Munilla. (11-04-2018).
- **De San Pablo:** P. Miguel Francisco Riesco Crespo, F.A.M. (11-04-2018).
- **De San Pedro ad Vincula:** D. Fulgencio Espa Feced. (11-04-2018).

Vicaría V

- **De Delicias-Legazpi:** D. Enrique Olmo Ayuso. (11-04-2018).
- **De Embajadores-Santa María de la Cabeza:** P. Ignacio María Lete Lizaso, S.D.B. (11-04-2018).
- **De Villaverde Alto- Ciudad de Los Ángeles:** D. Ricardo Gómez de Ortega Fuente. (11-04-2018).
- **De Orcasitas-San Fermín:** P. Lucio Bezana Salas, S.M. (11-04-2018).
- **De Usera-Almendrales:** D. Francisco Javier Medina Chávez. (11-04-2018).
- **De Villaverde Bajo-San Cristóbal:** D. Manuel Francisco Mora Quintana. (11-04-2018).

Vicaría VI

- **De Santísimo Cristo del Amor:** D. Óscar García Aguado. (11-04-2018).
- **De Nuestra Señora del Pilar de Campamento:** D. David López Corrales. (11-04-2018).
- **De San Miguel Arcángel de Carabanchel:** D. Manuel Ingelmo Benavente. (11-04-2018).
- **De San Roque:** D. Francisco Pérez González. (11-04-2018).
- **De San Pedro y San Sebastián:** D. Alberto Jerónimo Couto. (11-04-2018).
- **De San Vicente de Paúl:** D. Juan Antonio Obando Carrasco. (11-04-2018).
- **De Santa Cristina y San Leopoldo:** D. Óscar José Hernández Vizcaíno. (11-04-2018).

Vicaría VII

- **De Nuestra Señora de los Ángeles:** D. Samuel Urbina Ruiz. (11-04-2018).
- **De Nuestra Señora de los Dolores:** D. Alfredo Jiménez Romero. (11-04-2018).

- **De San Marcos:** D. Enrique González Torres. (11-04-2018).
- **De Santa Teresa y Santa Isabel:** P. Juan José González González, C.M. (11-04-2018).
- **De Aravaca:** D. Mario Palacio Gayoso. (11-04-2018).
- **De San Miguel de Las Rozas:** D. Miguel Antonio Ruiz de Ontañón. (11-04-2018).
- **De Collado Villalba:** D. Francisco Tomás Tomás Rodríguez. (11-04-2018).
- **De Cercedilla:** D. Juan Antonio Martínez Garrosa. (11-04-2018).
- **De San Lorenzo de El Escorial:** D. José Fernando Rey Ballesteros. (11-04-2018).

Vicaría VIII

- **De Barrio del Pilar:** D. José María Crespo Rodríguez. (11-04-2018).
- **De San Miguel de Fuencarral:** D. Ignacio Andreu Merelles. (11-04-2018).
- **De Nuestra Señora de las Victorias:** P. Jorge Domínguez Garrido, C.M.F. (11-04-2018).
- **De Santa María Micaela:** D. Mario Fernández Torres. (11-04-2018).
- **De San Federico:** D. Luis del Amo Martínez. (11-04-2018).
- **De San Rafael de Peñagrande:** D. Ignacio de Orduña Puebla. (11-04-2018).
- **De Colmenar Viejo:** D. Pedro Pablo Tomico García. (11-04-2018).

PÁRROCO:

- **De Los Doce Apóstoles:** D. Juan Aurelio Sánchez Martínez. (25-04-2018).

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De San Gabriel de la Dolorosa:** P. Miguel Ángel Pardillo Arranz, C.P. (11-04-2018).

- **De Santa Gema Galgani:** P. Kleber Guillermo Chacha Chamorro, C.P. (25-04-2018).
- **De La Milagrosa:** P. Juan de la Rosa Mendoza, C.M. y P. Santiago Arribas Pérez, C.M. (25-04-2018).

ADSCRITOS:

- **A Nuestra Señora de las Rosas:** D. Jesús Alonso Nuñez. (11-04-2018).
- **A Santa Gema Galgani:** P. Rafael Sánchez Álvarez, C.P. (25-04-2018).
- **A Nuestra Señora de las Rosas:** D. Jesús Alonso Nuñez. (25-04-2018).

OTROS OFICIOS:

- **Rvdo. D. José Antonio Álvarez Sánchez.** Consiliario de la Asociación Pública de Fieles "Legión de Cristo Sacerdote".
- **Coordinador de Capellanes del Hospital Doce de Octubre:** D. Julián Torrijos Amarillo. (25-04-2018).
- **D. Anastasio Gil García,** Director de la Cátedra de Misionología.

DEFUNCIONES

– El día 21 de enero de 2018, falleció en Madrid, MADRE PURIFICACIÓN ARIAS FONTELA, a los 86 años de edad y 55 de vida consagrada en el Monasterio de la Purísima Concepción de las Mercedarias de Madrid

– El día 7 de abril falleció en Madrid, SOR MARIA ISABEL BATLLE CARRILLO, a los 92 años de edad y 68 de vida consagrada en el Primer Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid.

– El viernes 13 de abril falleció en Valencia el sacerdote, diocesano de Madrid, D. EMILIO PIÑERO MOLANO, a los 78 años de edad. Era natural de Villafranca de los Barros (Badajoz). Fue ordenado sacerdote el 19-03-1966. Ejerció el ministerio sacerdotal como Vicario parroquial de San Miguel Arcángel, de Carabanchel (1986-1997); Vicario parroquial de San Andrés (1997-1998) y Vicario parroquial de San Emilio (1998-2017)

– El viernes 13 de abril falleció en Madrid el sacerdote, diocesano de Madrid, D. JOSÉ MANUEL CARRANZA CUADRADO. Nació en Villavieja de Yeltes (Salamanca), el 5 de octubre de 1922. Ordenado sacerdote en Ciudad

Rodrigo, el 15 de junio 1946. Ejerció el ministerio sacerdotal, como Ecónomo de Villamanrique de Tajo (1969-1970); Coadjutor de Ntra. Sra. de la Asunción de Pozuelo de Alarcón (1970-2014); Capellán (Ad nutum Episcopi) de las Misionera de la Inmaculada Concepción, Residencia Atalaya (2007-2014).

— El 18 de abril de 2018 falleció D. JOSE LUIS DE BEAS, abuelo de D^a. Mercedes Alvaredo de Beas, empleada del Arzobispado (Secretaría del Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid y Secretaría de la vicaría Episcopal de Acción Caritativa).

— El viernes 20 de abril falleció en Madrid el sacerdote D. JESÚS PÉREZ DE MIGUEL, a los 83 años de edad. Recibió la ordenación sacerdotal en 1958. Era diocesano de Madrid. Ejerció el ministerio sacerdotal como Vicario parroquial de Santa María la Mayor, de Colmenar de Oreja (1958-1963); Vicario parroquial de Santa María de la Cabeza (1963-1964); Director Espiritual del Colegio Arzobispal- Seminario Menor (1964-1969); Vicario parroquial de Ntra. Sra. de los Dolores (1969-1974); Vicario parroquial de Asunción de Ntra. Sra (1974-1975); Párroco de Asunción de Ntra Sra (1975-1991) y Delegado Episcopal de Misiones (1991-2007).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ÓRDENES

El día 21 de abril de 2018, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Cobo Cano, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Excmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Iglesia de la Inmaculada y San Pedro Claver, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado al **Rvdo. P. Sergio Gadea Caballero, S.J.**,

El día 28 de abril de 2018, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Santa María la Real de la Almudena, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los **Rvdos. Sres.**

D. Giacomo Alpori,
D. Francisco Javier Andrés Servet,
D. Gonzalo Arroyo Hernández,
D. Gonzalo Barbed Martín,
D. Fernando Bielza Díaz-Caneja,
D. Alberto Mingo Pavón,
D. José Manuel Fernández Martínez,

D. Rodrigo González Panizo,
D. Francisco Javier Jiménez Cerro,
D. Stanislas Kongba Yebas,
D. Juan Martínez Santos,
D. Francisco Javier Peño Iglesias,
D. Eugenio Pérez Turbidí,
D. César Augusto Quispe,
D. Jesús Sánchez Sánchez y
D. Santiago Tornos Alonso, diocesanos de Madrid.

ASOCIACIONES Y FUNDACIONES CANÓNICAS

APROBACIÓN DE REFORMA DE ESTATUTOS.-

- **Fundación Pía Autónoma Privada "Fundación Nueva Evangelización para el Siglo XXI (13-04-2018).**

ACTIVIDADES CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

ABRIL 2018

Día 1, domingo.

- Preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Misa de la Resurrección del Señor.

Día 5, jueves.

- Visita el colegio Tajamar y comparte la jornada con los alumnos.
- Por la tarde inaugura la 47ª Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada organizada por el ITVR, con una "meditación pascual".

Día 6, viernes.

- Entrevistas de trabajo con los vicarios episcopales: Vicario de Vida Consagrada, Vicario del Clero, Vicario de Acción Caritativa y Vicario General.
- Por la tarde se entrevista con las HH. Terciarias Capuchinas, con motivo de la visita canónica general.

- A continuación entrevista de trabajo con los vicarios episcopales: Vicario de la Vicaría I, Vicario de la Vicaría II.
- Al finalizar la tarde preside la vigilia de oración con los jóvenes "Vigilia Adoremus" en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 7, sábado.

- Celebra la Eucaristía con las Esclavas de la Santísima Eucaristía, en su casa de Los Negrales, y preside la elección de la nueva superiora general.
- Preside la Eucaristía en el Centro Mariápolis Luminare de los Foclares, en Las Matas, en el 10º aniversario de Chiara Lubich.

Día 8, domingo.

- Preside la Eucaristía en la Catedral en el XXV aniversario de la Fundación de CECO.

Día 9, lunes.

- Preside la Eucaristía y comparte un desayuno en la sede de Ayuda a la Iglesia Necesitada, con voluntarios, miembros del Consejo y personal laboral.
- Clausura una tanda de ejercicios en la casa de ejercicios La Cerca.
- Por la tarde recibe visitas en el Arzobispado.
- Al finalizar la tarde preside en la Colegiata de San Isidro la Eucaristía y vigilia por la vida organizada por la Delegación de Pastoral Familiar. Y el envío de voluntarios por la vida.

Día 10, martes.

- Jornada de trabajo con el Consejo Episcopal en Santa María de los Negrales.

Día 11, miércoles.

- Continúa la jornada de trabajo con el Consejo Episcopal en Santa María de los Negrales.

Día 12, jueves.

- Se reúne con el Comité Ejecutivo de la CEE.
- Preside la Eucaristía en la parroquia del Santísimo Cristo de la Victoria con motivo del 55º aniversario de la consagración del templo.

Día 13, viernes.

- Preside la Eucaristía ante el altar de la Almudena con alumnos de la Escuela Profesional Don Bosco de las Salesianas.
- Por la tarde imparte el sacramento de la Confirmación en el colegio Nuestra Señora de Loreto.
- A última hora de la tarde encuentro con el Hno. General de La Salle.

Día 14, sábado.

- Participa en una convivencia de las Congregaciones Marianas del colegio Stella Maris La Gavia en la sede del centro educativo.
- Por la tarde preside la Eucaristía de admisión a Órdenes en la capilla del Seminario Conciliar.

Día 15, domingo.

- Preside en la capilla del colegio La Salle Maravillas una Eucaristía en el 125 aniversario de la institución. La Misa es emitida por la 2 de TVE.
- A continuación celebra la Eucaristía en la ermita Virgen de Gracia de San Lorenzo de El Escorial en la clausura de la Lorenzada 2018.

Día 16, lunes/ 20, viernes.

- Participa en la Asamblea Plenaria de la CEE.

Día 20, viernes.

- Preside una Vigilia en la capilla del Seminario con la que inaugura la cadena de oración por las vocaciones, organizada por la Diócesis para celebrar la LV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones.

Día 21, sábado.

- Preside la Eucaristía con motivo del 140º aniversario de la Sociedad Protectora de los Niños, en la parroquia San Joaquín.

Día 22, domingo.

- Preside la clausura del Año Jubilar en el Monasterio de Santo Toribio de Liébana, en Cantabria.

Día 23, lunes.

- Se reúne con los Arciprestes y Vicarios Episcopales en el Arzobispado.

Día 24, martes.

- Preside la Plenaria del Consejo Presbiteral, con presentación de las conclusiones del PDE "Plan Diocesano de Evangelización".
- Por la tarde celebra una Misa funeral en la parroquia Asunción de Nuestra Señora, de Pozuelo, por el sacerdote José Manuel Carranza Cuadrado.

Día 25 miércoles.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde preside el Consejo General de Cáritas Madrid.
- A continuación celebra en la Catedral la Eucaristía con los voluntarios y personal de Cáritas Madrid.

Día 26, jueves.

- Participa en las III Conversaciones PPC organizadas por la editorial y el Instituto Superior de Pastoral-UPSA con el título "Sueño con una Iglesia joven y para los jóvenes ¿Crisis en la transmisión de la fe?".
- Recibe visitas en el Arzobispado.
- Por la tarde se reúne con el Consejo Económico en el Palacio Arzobispal.
- Celebra una Misa funeral en la iglesia del Convento de las Trinitarias en homenaje a Miguel de Cervantes y a cuantos cultivaron las letras hispanas, organizada por la RAE.

Día 27, viernes.

- Celebra la Eucaristía en la Catedral con motivo del VIII centenario de la Orden Mercedaria con alumnos, padres, profesores y comunidades de los colegios mercedario de Madrid.
- A continuación se reúne con el Colegio de Consultores en el Arzobispado.
- Por la tarde encuentro con judíos norteamericanos en la Sala Capitular de la catedral de la Almudena.
- A continuación entrevista con la periodista Carmen Remírez de Ganuza, en el Arzobispado.

Día 28, sábado.

- Celebra la Eucaristía en el altar de la Almudena con motivo de la peregrinación de la ACdP.
- Preside la solemne Eucaristía en la Catedral e imparte el sacramento del Orden Sacerdotal a los nuevos presbíteros diocesanos.

Día 29, domingo.

- Celebra en parroquia Santa Catalina de Siena una Misa en la fiesta de su titular.
- Por la tarde preside en la Catedral la ceremonia de acogida de la cruz de Lampedusa.
- Mantiene el II encuentro con los sacerdotes que atienden a los fieles para los ritos orientales.

Día 30, lunes.

- Continúa el II encuentro con los sacerdotes que atienden a los fieles para los ritos orientales.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

**CARTA AL EQUIPO RESPONSABLE
INTERNACIONAL DEL CAMINO
NEOCATECUMENAL**

Alcalá de Henares (España), a 25 de abril de 2018
San Marcos, Evangelista

Sr. D. Kiko Argüello,
Srta. D^a. María Ascensión Romero y
Rvdo. P. Mario Pezzi
Equipo Responsable Internacional del
Camino Neocatecumenal

Queridos Kiko, Ascen y P. Mario:

La paz del Señor esté con vosotros.

He recibido la invitación para asistir al *Te Deum* de Acción de Gracias por el quincuagésimo aniversario del Camino Neocatecumenal, celebración que presidirá, D.m., el Santo Padre el Papa Francisco el próximo 5 de mayo en la Universi-

dad Tor Vergata (Roma); os lo agradezco de corazón, si bien en esta ocasión no podré participar.

Recuerdo que en 2002, con ocasión de la aprobación de los Estatutos *ad experimentum*, os hice llegar una *declaración* de acción de gracias por los frutos del Camino Neocatecumenal.

Hoy quiero renovar aquella solemne *declaración* y dar gracias a Dios, a la Santísima Virgen María, a la Iglesia, a los sucesores de Pedro que os han acompañado como padres, a vosotros y a vuestros colaboradores, y también a la queridísima Carmen Hernández (q.e.p.d.) - junto con Kiko, iniciadores de esta hermosa obra -, por el don que significa el Camino Neocatecumenal para la Iglesia "al servicio del obispo como una de las modalidades de actuación diocesana de la iniciación cristiana y de la educación permanente de la fe" (*Estatutos del Camino Neocatecumenal*, Artículo 1 § 2).

El Camino hace presente aquel "restáurese el catecumenado de adultos" que pidió el Concilio Vaticano II (*Sacrosanctum Concilium*, 64) y también lo enseñado por el *Catecismo de la Iglesia Católica* cuando afirma que "por su naturaleza misma, el bautismo de niños exige un *catecumenado postbautismal*" (n. 1231). Hoy, sin duda, seguimos constatando que el Camino es un "itinerario de formación católica, válida para la sociedad y para los tiempos de hoy" (San Juan Pablo II. *Carta Ogniquialvolta*, 30-8-1990).

En Valencia, siendo presbítero, ya verifiqué personalmente los frutos del Camino presidiendo una comunidad y también como Delegado Diocesano de Familia y Defensa de la Vida, contando con muchos colaboradores - particularmente matrimonios - del Camino Neocatecumenal.

Después, como Obispo de Segorbe-Castellón (1996-2005), de Cartagena en España (2005-2009) y ahora de Alcalá de Henares (desde el 25 de abril 2009) he tenido la dicha de seguir contemplando todos estos frutos: muchas vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al matrimonio con una generosa apertura a la vida; matrimonios y vocaciones sacerdotales y religiosas reedificados; sacerdotes, religiosos y fieles cristianos laicos con un gran celo por la evangelización; los Seminarios *Redemptoris Mater*, entre ellos los de estas tres diócesis (que, gracias a Dios y a vuestra generosidad, he podido erigir), las familias en misión - entre la que se encuentra el matrimonio que me acompaña en mi ministerio episcopal desde

hace más de veinte años -, las familias *ad gentes*, las comunidades en misión, los itinerantes, etc.; y el fundamento de todo ello: la conversión a Cristo de los corazones, como obra de la gracia de Dios; "Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece" (*Flp* 2, 13).

Hoy, como siempre, ante un mundo con tantos sufrimientos, pobreza - antiguas y nuevas - y la destrucción provocada por el pecado, se hace urgente el anuncio del *Kerygma* - que nos recuerda el amor y la infinita misericordia de Dios y la llamada universal a la santidad - enraizado en el Bautismo, en la Eucaristía y en los demás sacramentos, en la Palabra de Dios (Sagrada Escritura y Tradición) y en la vida en una pequeña comunidad que inserta en la parroquia, en la diócesis y en la Iglesia Universal. Gracias por todo vuestro trabajo en la viña del Señor ¡Dios os lo pague!

¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya, Aleluya!

Con todo mi aprecio en el Señor, recibid un fuerte abrazo y mi bendición,

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo Complutense

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

SAGRADAS ÓRDENES

PRESBITERADO

El día 28 de abril de 2018 el Excmo. y Rvdmo. D. Juan Antonio Reig Pla confirió el Orden del Presbiterado, en la Catedral Magistral de Alcalá de Henares, a los siguientes diáconos:

- Rvdo. D. Luis Alfonso PELÁEZ PORTALATÍN
- Rvdo. D. Josué MULET JAUME
- Rvdo. D. José Miguel HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
- Rvdo. D. Armando SOLÍS GARCÍA C.O.

ACTIVIDADES SR. OBISPO. ABRIL 2018

1 Domingo

DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

* A las 12:00 h. participa en la procesión del Encuentro del Resucitado con su Madre (Hermandad y Cofradía de Ntro. Padre Jesús Resucitado y Ntra. Sra. de la Salud y el Perpetuo Socorro) y a las 12:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral de Alcalá de Henares.

* A las 20:30 h. en la Catedral-Magistral Vísperas Bautismales en Rito Hispano-Mozárabe.

2 Lunes

De la Octava de Pascua

* Retiro espiritual.

3 Martes

De la Octava de Pascua

* Retiro espiritual.

4 Miércoles

De la Octava de Pascua

* Retiro espiritual.

5 Jueves

De la Octava de Pascua

* Retiro espiritual.

6 Viernes

De la Octava de Pascua

* Por la tarde Visita Pastoral a la parroquia de Santa María Magdalena de Torrelaguna.

7 Sábado

De la Octava de Pascua

* Visita Pastoral a la parroquia de Santa María Magdalena de Torrelaguna.

8 Domingo

II DE PASCUA O DE LA DIVINA MISERICORDIA

Aniversario Litúrgico de la Consagración Episcopal del Sr. Obispo (Segorbe, II Domingo de Pascua de 1996)

* Por la mañana Visita Pastoral a la parroquia de Santa María Magdalena de Torrelaguna.

* En Alcalá de Henares comida fraterna con los colaboradores del Centro de Orientación Familiar Regina Familia.

* A las 18:00 h. Oración de Familias en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Santa Misa con el Centro de Orientación Familiar Regina Familia en las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares.

9 Lunes

LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

Jornada Pro-Vida (dependiente de la CEE). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal

* Cocentaina - Novena a la Virgen del Milagro

10 Martes

San Miguel de los Santos

* Cocentaina - Novena a la Virgen del Milagro

11 Miércoles

San Estanislao, obispo y mártir

* Cocentaina - Novena a la Virgen del Milagro

12 Jueves

* Cocentaina - Novena a la Virgen del Milagro

13 Viernes

- * A las 10:30 h. visitas en el Palacio Arzobispal.
- * Preside la Jornada por la vida en Alcalá de Henares
- 20:30 h. Acogida en la Plaza Cervantes de Alcalá de Henares (junto al templete).
- 21:00 h. Inicio del rezo del Santo Rosario y peregrinación a la Catedral-Magistral.
- A continuación, a las 22:00 h. Vigilia por la Vida en la Catedral-Magistral.

14 Sábado

Aniversario de la Consagración Episcopal del Sr. Obispo (Segorbe, 1996)
Beato Andrés Hibernón, religioso

- * A las 10:00 h. Encuentro Diocesano de Catequistas en el Palacio Arzobispal.
- * A las 16:30 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal asiste a la proyección de la película sobre la Hna. Clare Crockett (+ Playa Prieta, Manabí, Ecuador, 16-4-2016. D.E.P.), Sierva del Hogar de la Madre.
- * A las 19:00 h. Confirmaciones en la parroquia de Santa María del Castillo de Campo Real.

15 Domingo

III DE PASCUA

- * A las 12:00 h. Confirmaciones en la parroquia de Nuestra Señora de Covadonga de Coslada.

16 Lunes

- * Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

17 Martes

- * Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

18 Miércoles

- * Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

19 Jueves

Virgen del Milagro

- * Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

20 Viernes

- * Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

21 Sábado

San Anselmo, obispo y doctor

- * Todo el día en Paracuellos de Jarama Encuentro Diocesano de Jóvenes.

22 Domingo

IV DE PASCUA

"Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones" (pontificia)

"Jornada y Colecta de vocaciones nativas" (pontificia: OMP)

* Por la mañana en el Palacio Arzobispal Encuentro de Equipos de Nuestra Señora de la Región y a las 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa por las Vocaciones.

23 Lunes

San Jorge, mártir y San Adalberto, obispo y mártir

24 Martes

San Fidel de Sigmaringa, presbítero

* En el Palacio Arzobispal Jornada Sacerdotal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

25 Miércoles

S. MARCOS, evangelista

Aniversario de la toma de posesión de Mons. Juan Antonio Reig Pla como Obispo de Alcalá de Henares (2009)

* A las 10:30 en el Palacio Arzobispal graba una entrevista para Radio María.

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 17:30 h. Preside en Palacio Arzobispal el tribunal de defensa de tesina de una alumna el Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para Ciencias del Matrimonio y de la Familia" (Sección Española - Extensión Complutense).

* A las 20:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal profesión de fe de candidatos al diaconado.

26 Jueves

San Isidoro, obispo y doctor

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

27 Viernes

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

28 Sábado

San Pedro Chanel, presbítero y mártir y San Luis Griñon de Monfort, presbítero.

* A las 11:00 h. en la Catedral-Magistral ordenación de cuatro presbíteros.

* A las 19:00 h. en la Parroquia de Santa María Magdalena de Anchuelo
Santa Misa por su patrón San Pedro Mártir.

29 Domingo

V DE PASCUA

* A las 14:00 h. en la Parroquia de Virgen de Belén de Alcalá de Henares
Santa Misa con la comunidad africana.

30 Lunes

San Pío V, papa.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

DECRETOS

DECRETOS

DECRETO

En la Villa de Leganés (Madrid) funciona, desde "tiempo inmemorial", la Parroquia de **SAN SALVADOR**, conocida popularmente como **EL SALVADOR**, sita en Plaza de España s/nº.

Consta en documentos fidedignos de 1657 la inscripción **Yubentario de los bienes, Que tiene la Yglesia Parrochial de esta villa de Leganés, su advocacion, San Salvador Año 1657 y L I Ms 7 (Inventario de los bienes de la Iglesia de San Salvador; 1] Ynventario de los vienes de la Yglesia de la villa de Leganés, su advocación San Salvador 1657 - 1700 40 h; 31 CM Ms.- Portada decorada y primera línea en tinta roja.- Faltan hojas.- Cerrado con broche.- Encuadernación en pergamino.**

Por otra parte, en el dintel de la puerta lateral del templo parroquial consta en piedra la inscripción: **SAN SALVADOR 1670 EN EL ALTAR DE S ROSA Y S DOMGO SE GANAN PP. TVAMNTE LAS INDULGAS DE S JUAN DE LETRAN IN XII T Q MDCC.**

Teniendo en cuenta estos antecedentes históricos, y para resolver las dudas que se puedan presentar en el futuro, por las presentes, establezco que, en adelante, y en todos los documentos de la citada Parroquia, conste que su titular es

SAN SALVADOR

Dado en Getafe, el 19 de marzo de 2018, en la solemnidad de San José.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

DECRETO

DECRETO

Con fecha 21 de junio de 2005 se erigió en la zona conocida como "La Montaña", en Aranjuez (Madrid), en esta Diócesis de Getafe, una Parroquia dedicada a San Fernando.

Una serie de dificultades habían impedido, hasta fechas recientes, conseguir los terrenos para edificar el templo y el complejo parroquial. Gracias a la generosidad de una donante se dispone de los terrenos, con la condición de que el titular fuera San Rafael.

Con fecha 24 de junio de 2017, el entonces Obispo diocesano, Mons. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo, firmó el Decreto por el que, a partir de entonces, la Parroquia tendría como titulares a **san Rafael Arnáiz**, canonizado el 11 de octubre de 2009 por el santo Padre Benedicto XVI, y **san Isidro**, por la arraigada devoción de los vecinos del Cortijo, llamado precisamente de San Isidro.

Por lo tanto, por las presentes, establecemos que, a partir de ahora, sea tenido **san Rafael Arnáiz, titular de la Parroquia**, como patrono e intercesor de los feligreses que pertenecen a esa demarcación parroquial, especialmente de los que viven en el llamado "PAU de la Montaña".

Dios quiera que por su intercesión, y la de san Isidro, los fieles cristianos progresen en la santidad personal y difundan el mensaje evangélico entre sus parientes, vecinos y amigos.

En Getafe, el 19 de marzo de 2018, en la solemnidad de San José.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

ADSCRITO

- **D. Elkim Rafael Merlano Ruiz**, a la Parroquia Nuestra Señora de la Saleta, en Alcorcón, el 1 de abril de 2018.



Conferencia Episcopal Española

111ª ASAMBLEA PLENARIA: SALUDO DEL NUNCIO APOSTÓLICO

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente,

Eminentísimos Señores Cardenales,

Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos,

Señoras y Señores:

Correspondiendo a las expresiones de comunión con el Santo Padre por parte del Episcopado español, significadas en su apreciada invitación, acudo agradecido al acto inaugural de la CXI Asamblea de esta Conferencia. Permítanme que, al hacerles llegar mi saludo más cordial, me refiera a algunos de los aspectos a tratar en sus deliberaciones y proyectos.

En primer lugar, quisiera animarles en la aportación a la iniciativa del Papa sobre el próximo Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Desde la experiencia pastoral y el hecho de que, en realidad, este epis-

copado ha tomado en cuenta con frecuencia este punto de importancia trascendental, estoy seguro que es mucho lo que ahora puede aportar a esta iniciativa del Pontífice que, como bien saben, incide en el acompañamiento de los jóvenes para que reconozcan y acojan la llamada a la "vocación al amor" invitándoles "a escuchar la voz de Dios que resuena en el corazón de cada uno a través del soplo vital del Espíritu Santo" (Carta a los jóvenes, 13/1/2017).

Otro punto muy importante, y que, de algún modo, no deja de estar en consonancia con el precedente, es el referente a la implementación de la "Nueva Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis. El don de la vocación presbiteral" emanada por la competente Congregación para el Clero. Se trata de formar "apóstoles para los jóvenes" de nuestro tiempo, como bien recogía el lema de esta Conferencia para la última campaña del día del Seminario, el pasado 19 de marzo. En la presente Asamblea está la decisión sobre las grandes líneas de concreción para España de la Ratio, sabiendo que, para el fin pretendido, esto es, los necesarios pastores-evangelizadores para nuestro tiempo, la clave está en la formación en sus aspectos cultural, humana y espiritual. La experiencia nos dice qué importante es poner los puntos firmes, las bases que permiten ver la realidad y superar las tempestades de la vida desde la roca de la experiencia religiosa, la amistad con el Señor y la escucha atenta de su Palabra.

Por último, el tema de la formación llega también a otros aspectos del temario como son la atención sobre la aplicación de la Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium* sobre las Universidades y Facultades Eclesiásticas, y también el tema de la revisión de los requisitos exigidos para obtener la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica. El Papa señala, en el proemio de *Veritatis Gaudium* que, "la tarea urgente en este momento consiste en que todo el Pueblo de Dios se prepare a emprender con espíritu una nueva etapa de la evangelización" (Proemio, 4). La formación en la que insiste el Papa, afecta a toda la persona integrando "la contemplación y la introducción espiritual, intelectual y existencial, en el corazón del Kerigma... La alegría de la verdad - explica el Papa - es Jesús". El es el centro vivo que da a la ciencia su raíz y su unidad. De este modo y "solo así, será posible superar la nefasta separación entre teoría y práctica, porque en la unidad entre ciencia y santidad consiste propiamente la índole verdadera de la doctrina destinada a salvar el mundo" (Ibíd.).

Termino mis palabras, que quieren ser eco de sus corazones dispuestos a trabajar con gozo, reiterándoles, una vez más, mi más gustosa disponibilidad para

con todos y cada uno. Toda actividad pastoral contribuye a formar un auténtico testimonio de santidad, vocación a la que Dios llama a todos. Cuenten por ello, especialmente estos días, con mi oración, para que, cumpliendo en común esta responsabilidad, por la intercesión de la Santísima Virgen María, otorgue el Señor éxito a los trabajos de esta Asamblea.

Muchas gracias.

111ª ASAMBLEA PLENARIA: DISCURSO INAUGURAL DEL CARDENAL BLÁZQUEZ

Señores obispos de la Conferencia Episcopal Española, señor nuncio de Su Santidad en España, reciban un saludo fraternal en el Señor, que nos ha confiado el ministerio episcopal.

Reciban todos los presentes mi deseo de una feliz Pascua.

Expreso mi gratitud a los presbíteros, consagrados y seglares que trabajan en los diversos servicios de la Conferencia Episcopal, sin cuya leal y eficaz ayuda no podría cumplir adecuadamente su cometido.

Saludo a los representantes de la Conferencia Española de Religiosos, H. M.^a Rosario Ríos, P. Jesús Antonio Díaz y H. Jesús Miguel Zamora, y en ellos a la vida consagrada en España, cuyo servicio en fidelidad a sus carismas es tan beneficioso para la Iglesia en nuestras diócesis.

Con afecto y respeto saludo a los comunicadores, que cubren la información sobre nuestros trabajos, y deseo que mi saludo llegue también a cuantos reciben su información.

Mi saludo también a los invitados todos que nos acompañan.

Felicitamos a Mons. Ginés Ramón García Beltrán, obispo de Getafe, quien el pasado día 24 de febrero tomó posesión de esta populosa diócesis. Pedimos al Señor sea rico en frutos apostólicos su ministerio en su nueva diócesis. Damos gracias al Señor por su ministerio y le deseamos una feliz y provechosa jubilación a quien ha sido hasta ahora el obispo de esta diócesis madrileña, Mons. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo.

Nuestra felicitación también al arzobispo de Santiago de Compostela, Mons. Julián Barrio Barrio, por la celebración reciente de sus bodas de plata episcopales. Este año también celebrarán esta gozosa efeméride: Mons. Renzo Fratini, nuncio apostólico en España; Mons. Joan-Enric Vives, arzobispo-obispo de Urgell; y Mons. Jaume Traserria, obispo, emérito, de Solsona. Nuestra felicitación a todos ellos, así como a los obispos que este año celebran sus bodas de oro sacerdotales: Mons. Francisco Cases Andreu, obispo de Canarias; Mons. Fidel Herráez, arzobispo de Burgos; Mons. Vicente Jiménez, arzobispo de Zaragoza; Mons. Julián López, obispo de León; Mons. Eusebio Hernández, obispo de Tarazona; y Mons. Joaquín López Andújar, obispo, emérito, de Getafe. Y en el júbilo de las bodas de plata sacerdotales tenemos a Mons. Arturo Ros Murgadas, obispo auxiliar de Valencia.

Se incorporan por primera vez a nuestra Asamblea Plenaria, a quienes dirigimos un saludo especial, los obispos auxiliares de Madrid Mons. José Cobo Cano, Mons. Santos Montoya Torres y Mons. Jesús Vidal Chamorro, ordenados el día 17 del pasado mes de febrero.

Les deseamos un ejercicio fecundo del ministerio episcopal que comienzan, así como les expresamos nuestra acogida en la Conferencia Episcopal, en la que se desarrolla de manera habitual nuestro afecto colegial y servicio común en bien de las diócesis y de la entera sociedad española.

Doy la bienvenida a esta Asamblea Plenaria al administrador de la diócesis de Guadix, el sacerdote D. José Francisco Serrano Granados, y le aseguro nuestra colaboración y mejores deseos durante su servicio en sede vacante a esta querida y antigua diócesis andaluza.

También nuestro saludo y nuestros mejores deseos en su nuevo servicio como consejero en la Nunciatura Apostólica en Madrid a Mons. Gian Luca Perici.

Deseo tener un agradecido recuerdo especial para don Elías Yanes Álvarez, arzobispo, emérito, de Zaragoza, fallecido el pasado día 9 de marzo. Además de su entrega abnegada como pastor a la archidiócesis aragonesa y antes como obispo auxiliar en la de Oviedo, ha sido uno de los grandes servidores en el trabajo y consolidación de nuestra Conferencia Episcopal. Aquí fue secretario, vicepresidente y presidente, y además se dedicó con empeño a la pastoral educativa y al apostolado seglar, siguiendo los impulsos del Concilio Vaticano II. No podemos olvidar su contribución eclesial a la cohesión de sociedad española, como lo han reconocido los testimonios tanto eclesiales como civiles recibidos con motivo de su muerte, en especial del santo padre y de Sus Majestades los reyes de España. Oramos a nuestro Señor y la santísima Virgen del Pilar por el eterno descanso de don Elías.

Como signo de nuestra comunión con su persona y ministerio de sucesor de Pedro, quiero dejar constancia de nuestro agradecimiento al santo padre Francisco por su nueva exhortación apostólica, titulada *Gaudete et exsultate*, sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo, hecha pública hace una semana. El papa toma pie del texto de Mt 5, 12: "Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en el cielo", para recordarnos "que el Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la que fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una santidad mediocre, aguada, licuada" (n. 1).

Él mismo nos dice que su humilde objetivo con este documento es "hacer resonar una vez más la llamada a la santidad, procurando encarnarla en el contexto actual con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió "para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor" (Ef 1, 4)" (n. 2).

Hagámonos eco de este mensaje esencial del Evangelio que el papa nos invita a recordar a nuestro pueblo en una verdadera pastoral de la santidad, tomando nota clara de las enseñanzas de las bienaventuranzas evangélicas que nos comenta el santo padre en su exhortación.

Pero no pensemos solo en los santos o beatos ya elevados a los altares de forma oficial por la Iglesia, de la que tan rica o fecunda es la historia pasada

y reciente de nuestra Iglesia en España en las páginas del santoral cristiano, sino que nos confiesa el papa: "Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad "de la puerta de al lado", de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, "la clase media de la santidad"" (n. 7).

¡Cuántos son también los testimonios de este común de la santidad en el presente de nuestras comunidades cristianas que conocemos de manera directa o por referencias inmediatas! Ellos son nuestro gran tesoro en el despliegue de la santidad con sus dones y carismas, con su ejemplo o testimonio de vida en beneficio no solo de la Iglesia, sino de la entera sociedad española. Ellos nos invitan con su ejemplo de santidad a vivir en fidelidad al Evangelio, a superar lamentos y añoranzas estériles y a confiar con fe y esperanza en Dios que nos acompaña diariamente en nuestra vida.

Paso a detenerme en algunos temas que ocuparán una parte de nuestras reflexiones estos días:

1.- Asamblea del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes.

a) ¿Qué buscan los jóvenes?

¿Por qué muchos jóvenes, sin motivo personal conocido, se distancian de la participación en la vida de la Iglesia y se colocan silenciosamente como al margen, de ordinario sin agresividad? ¿La Iglesia es para ellos indiferente e irrelevante? ¿Están convencidos de que poco o nada pueden esperar de ella? ¿Se debe esta actitud a un ambiente marcado por un enfriamiento religioso que los retrae? ¿Son los jóvenes como un sismógrafo que detecta los movimientos subterráneos de la historia? ¿Nos acercamos los cristianos adultos a los jóvenes sin miedos ni halagos, sin desconfianzas ni reprensiones? No es bueno que asistamos impasiblemente a este distanciamiento. La próxima Asamblea Sinodal es una oportunidad preciosa para plantearnos o replantearnos comunitariamente la divergencia que nos interroga y nos hace sufrir.

Jesús se acercó a los discípulos de Emaús que, ante el fracaso del "profeta poderoso en obras y palabras" (Lc 24, 19), retornaban a su pueblo con aire entristecido. Él les preguntó y ellos descargaron su desesperanza en la narración de lo acontecido. Jesús, después de escuchar, tomó la palabra y, en la conversación del camino sintieron que su corazón se enardecía, y al cenar juntos se les abrieron los ojos y lo reconocieron, desapareciendo de su vista al instante, como se les había unido en el camino improvisadamente. Llama la atención que antes del descubrimiento del compañero era tarde para que prosiguiera el camino; pero una vez reconocido Jesús como el Resucitado no fue obstáculo la oscuridad de la noche para volver al grupo de Jerusalén del que se habían alejado. El camino de Emaús es un paradigma evangélico de nuestro trato con los demás.

Los jóvenes dicen con frecuencia que no se les escucha; quizá ni siquiera son preguntados en un clima de mutuo respeto; intentamos evangelizar sin tener en cuenta a quiénes nos dirigimos para hacer juntos el camino. ¿Por qué no nos inspiramos también pastoralmente en el pasaje evangélico de Jn 1, 35ss., que es otro "icono" literario para el Sínodo próximo? "¿Qué buscáis?", preguntó Jesús a los dos discípulos de Juan que lo seguían, según la orientación del Maestro (cf. Jn 1, 35ss.). "¿Qué buscáis? ¿A quién buscáis? ¿Dónde moras, Maestro? Venid y lo veréis". El diálogo sobre la fe requiere humildad para preguntar y atención cordial para escuchar; libertad respetuosa para hablar y autenticidad para unir en la respuesta la palabra y la vida. El diálogo sobre Dios no debe degenerar en polémica, ni reducirse a la instrucción como si residiera esta cuestión vital básicamente en la ignorancia. Solo el Espíritu del Señor puede hacer que salte la "chispa" de la luz de la fe y sea tocado el corazón del hombre desinteresado y frío. Desde la nueva situación puede brotar la pregunta: "¿Qué hemos de hacer?" (cf. Hch 2, 37). Además del anuncio del *kerigma*, el testimonio humilde y gozoso del mensajero y la invitación apremiante a escuchar la voz de Dios, es necesario el acompañamiento personal y eclesial. La paciencia en la espera de la respuesta significa respetar los tiempos de Dios en la germinación de la semilla en la persona (cf. 1 Pe 1, 23). ¿Qué estilo evangelizador debemos adoptar o proseguir en nuestra situación? ¿Cómo se muestra también aquí la "conversión pastoral"? Probablemente no entran de ordinario en los proyectos de Dios ni las prisas ni las respuestas masivas.

Los jóvenes rehúyen con razón ser tratados de forma paternalista, como menores de edad. La condición de personas que compartimos todos reclama la forma correspondiente de relación. Es muy importante que los adultos faciliten el

dinamismo de maduración de quienes van tomando las riendas de su vida. Los adultos deben acompañar su crecimiento y respetar sus proyectos. No es legítimo que pongan sobre los "sueños" de los jóvenes la losa de sus frustraciones. A su edad es comprensible que la esperanza tenga una alta dosis de ilusión. Poco a poco la etapa de floración irá cediendo el paso a las comprobaciones de la realidad vivida. El proyecto de vida de una persona pasa por las diversas estaciones -otoño, invierno, primavera y verano-, igual que la semilla sembrada en la tierra. Un adulto ya no es un joven y un joven todavía no es un adulto. En la interacción de las edades, en la mutua permeabilidad de las personas con sus experiencias y esperanzas, en la integración de las diversas generaciones, reside la armoniosa vitalidad de una sociedad.

La esperanza es personal pero no exclusivamente individual. Lo personal y lo comunitario se fecundan recíprocamente. En cambio, lo individualista y colectivo se excluyen, cediendo la prevalencia o al egoísmo o a la represión. Se puede esperar a favor de otros, porque el aliento de la esperanza es un precioso servicio; se puede esperar con otros porque formamos parte de una comunidad de fe, esperanza y amor. "Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran" (Rom 12, 15). "No pretendemos dominar sobre vuestra fe, sino contribuimos a vuestra alegría, pues os mantenéis firmes en la fe" (2 Cor 1, 24). La Iglesia necesita, para superar el cansancio y el envejecimiento que siempre la acechan, el encuentro permanente con Jesucristo, "el gran viviente y eternamente joven", según proclamó el Concilio Vaticano II al terminar sus trabajos, en el mensaje dirigido a los jóvenes.

b) Sentido de la consulta a los jóvenes

El papa ha afirmado que el dinamismo de la sinodalidad le ha impulsado a consultar a los fieles cristianos, en este caso a los jóvenes, en orden a las Asambleas del Sínodo de los Obispos. No se trata simplemente de explorar sociológicamente la situación y los centros de interés de los jóvenes, sino de caminar juntos en el discernimiento de los signos de Dios y de su voluntad.

Obviamente, no se pide a los jóvenes que señalen líneas de solución a los problemas planteados, sino que expresen sus satisfacciones o insatisfacciones, sus expectativas o decepciones. Es muy importante que hablen y que todos escuchemos; que vayan asumiendo responsabilidades en la vida de la Iglesia y que compar-

tamos las experiencias en un clima de mutua confianza. No tiene eclesialmente el mismo alcance la opinión de un cristiano participante asiduo en la vida de la Iglesia que la de una persona distante, y no digamos contraria, a la fe cristiana. Es verdad que puede haber observaciones que a modo de "profecías externas" nos conviene oír y reflexionar. Toda palabra auténtica merece ser escuchada, no desoída, rechazada o silenciada. Debemos procurar que la fe no sea desacreditada (cf. 2 Cor 6, 1-4) desde el punto de vista social y cultural; queremos una Iglesia "intelectualmente habitable" y socialmente solidaria, atenta a las necesidades de todos. Partiendo el pan con el hambriento "brota la luz como la aurora" en la noche de las personas (cf. Is 58, 7-8).

Acredita al Evangelio y a la Iglesia, que desea anunciarlo fielmente, la conducta humilde y consecuente, sobria y leal, sin apariencias huecas ni aspiraciones al poder de este mundo; cercana a las personas frágiles e indigentes, pidiendo todos los días la misericordia de Dios y ejercitándola con los humillados y excluidos. La sintonía entre la palabra y la vida, la búsqueda sacrificada de la verdad y la renuncia a influencias extrañas para la eficacia misionera son, con razón, muy apreciadas por los jóvenes, como han mostrado sus respuestas al cuestionario para el Sínodo.

El parecer de los jóvenes que han tenido la oportunidad de manifestar en la respuesta al cuestionario o en otros encuentros y comunicaciones tiende a la "*singularis antistitum et fidelium conspiratio*" ("singular unión de espíritu entre obispos y fieles", *Dei Verbum*, n. 10; cf. *Lumen gentium*, n. 7). La opinión de los jóvenes es bienvenida, agradecida y sopesada. Es una aportación respetada y tenida en cuenta en el discernimiento. A veces hay intuiciones valiosas entre palabras balbuceantes. La consulta que precede a las Asambleas Sinodales no es solo "*captatio benevolentiae*" en el marco de una cultura que aspira a ser muy participativa. Dentro de la comunión eclesial la escucha recíproca ayuda a la maduración de los temas, activa la participación en el itinerario sinodal y facilita la recepción de las decisiones.

El interesante documento elaborado por el grupo de más de 300 jóvenes, que han participado en la "Reunión presinodal", tenida recientemente en Roma del 19 al 25 de marzo, será tenido en cuenta en la elaboración del *Instrumentum laboris* para la Asamblea del Sínodo de los Obispos que se celebrará el mes de octubre. De España participaron los jóvenes Javier Medina (Valencia) y Cristina Cons (Santiago de Compostela).

c) *Vocación y vocaciones*

En el enunciado del tema de la Asamblea del Sínodo de los Obispos, "Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional", se contiene una referencia a la vocación. En esa franja de edad se descubre, madura y decide personalmente la vocación de la vida. Acertar en la elección es fundamental para el futuro; por ello, uno de los mejores servicios que se puede prestar a los adolescentes y jóvenes es acompañarlos en la orientación de la vida y el discernimiento vocacional.

Toda persona puede recibir de Dios diversas vocaciones. La primera vocación es la llamada a la existencia y la última será la llamada en el "atardecer de la vida" para responder en el juicio de Dios, siempre compasivo y bueno, del cumplimiento de nuestra misión (cf. Mt 20, 1-16; 25, 14ss). Todas las cosas responden al "*fiat*" del Creador saliendo de la nada y existiendo: Dios "envía la luz y le obedece, la llama y acude temblorosa; a los astros que velan gozosos arriba en sus puestos de guardia, los llama y responden: *presentes*, y brillan gozosos para su Creador" (Bar 3, 33-35). Hemos sido llamados a la vida como personas libres, con la capacidad para proyectar el futuro; lo elegimos y lo construimos con responsabilidad personal. Comprender y vivir la existencia como misión está en sintonía con la dignidad humana.

Todo cristiano ha sido llamado por la fe y el bautismo, dentro de la "Ecclesia" que es la "Elegida" (cf. 2 Jn 1), a "andar como pide la vocación a la que habéis sido convocados" (Ef 4, 1). Por la iniciación cristiana participamos de la dignidad de cristianos que es la vocación compartida con todos los hermanos en el Señor. Por esto, estamos llamados a ser "testigos de la fe en la Iglesia y en el mundo" (Prefacio de la Confirmación).

En esta fraternidad cristiana hay diferentes vocaciones: al matrimonio cristiano, al ministerio pastoral, a la vida consagrada, a la participación como laicos en responsabilidades peculiares en la misión de la Iglesia. Todas las vocaciones son gracia y regalo de Dios, servicio (y no servidumbre) de los demás (cf. 1 Pe 4, 10-12). "Existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo" (*Lumen gentium*, n. 32). Todo hermano con su vocación es un don de Dios que acogemos con agradecimiento. Ser varón y ser mujer pertenece a la buena y rica creación de Dios; por esto, la paternidad y la maternidad han recibido del Creador una bendi-

ción con el encargo de transmitir la vida (cf. Gén 1, 28). Que las diferencias legítimas no degeneren en desigualdades. Somos iguales en dignidad y esta igualdad debe traducirse en la vida social. Nadie estamos tallados a la medida de otro, sino a imagen y semejanza de Dios.

La idéntica dignidad humana y la fe compartida están en la base de las diversas vocaciones. Como cada persona tiene su personalidad original, dentro de un carisma o estado de vida o ministerio, cada uno recibe de Dios una vocación irrepetible. Estamos llamados a responder existencialmente a las llamadas que el Señor nos dirige, confiándonos un encargo concreto. La iniciación cristiana reclama la continuidad, la permanente personalización de la fe y la participación en la comunidad cristiana. Deseamos que todos los jóvenes tengan la oportunidad de descubrir y desarrollar la vocación a la que el Señor los llama.

La fe significa apoyar la existencia en Dios. Sin la fe no podemos subsistir (cf. Is 7, 9). El Concilio de Trento utiliza tres palabras para explicar el alcance salvífico de la fe: "La fe es el comienzo, el fundamento y la raíz de la justificación" (H. Denzinger-P. Hünermann 1532). Prolongando esta aserción, recuerdan los materiales preparatorios del Sínodo próximo que la fe es base de las vocaciones y del discernimiento vocacional. La fe está en la raíz de toda vocación específica; se comprende entonces que se descubra la propia vocación en el dinamismo de la vitalidad creyente y, al revés, si la iniciación cristiana es débil repercutirá negativamente en todas las vocaciones. El ambiente religioso y sociocultural puede ser más o menos propicio a la escucha y afianzamiento vocacional, pero la fe en Dios y la iniciación cristiana están en la base del proceso vocacional. Diariamente percibimos con creciente claridad cómo todas las vocaciones específicas suponen la vocación cristiana; sin la fe personal y personalizada, sin la fe vivida en la comunidad, corre peligro el cristiano de que el viento apague la llama de la fe. La matriz de las vocaciones es la comunidad, ya que en ella germinan, crecen y tienden a fortalecer su vida y misión. En la actualidad no basta el ambiente religioso-cultural para que acontezca la transmisión vital de la fe. Recibir, compartir, mantener y transmitir el Evangelio son acciones vitalmente unidas para que acontezca la Tradición viviente de la Iglesia (cf. 1 Cor 15, 1-5).

La evangelización no es proselitismo, sino anuncio "de la alegría del Evangelio que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús" (*Evangelii gaudium*, n. 1). Los cristianos no debemos ser proselitistas que "recorren mar y

tierra" en busca de adeptos (cf. Mt 23, 15); tampoco somos en la pastoral vocacional reclutadores de personal para nuestras obras. El Señor llama porque quiere y nos lleva en el corazón. Cada persona, en el diálogo con Jesús, el único competente para invitar, verá adonde es llamado. La vocación nace del amor del Señor y se responde por amor.

En nuestra Plenaria elegiremos a los obispos que nos representarán como padres sinodales en la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos que sobre "Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional" se celebrará del 3 al 28 de octubre de 2018 en Roma.

2.- Vocaciones sacerdotales y seminarios

Desde hace mucho tiempo venimos padeciendo una penuria seria de vocaciones para el ministerio presbiteral. Si hace varios decenios la abundancia era extraordinaria, actualmente la escasez es también extraordinaria. Aquella abundancia impulsó a la construcción de muchos seminarios, que poco tiempo más tarde no fueron necesarios. La floración vocacional no aconteció como por generación espontánea. Hubo una larga preparación histórica por obra de personas, nuevas fundaciones religiosas y otras iniciativas, con el acento particular en la oración por los sacerdotes. El ambiente sacerdotal tan propicio fue al mismo tiempo efecto y causa de importantes manifestaciones, como congresos, semanas de espiritualidad sacerdotal, publicaciones. El punto principal de referencia era san Juan de Ávila, entonces beato y patrono del clero (J. Esquerda Bifet). Antes y ahora diversos factores religiosos y socioculturales han influido en aquella abundancia y en la presente penuria; esta situación ya prolongada nos interroga sobre una debilidad de fondo.

Por otra parte, debemos afirmar al mismo tiempo que el trabajo pastoral por las vocaciones sacerdotales es en general más intenso que en otros tiempos en que había un ambiente propicio constituido por las familias, las parroquias y las escuelas en que las vocaciones surgían fácilmente. El panorama actual generalizado es fuente de inquietudes y de sufrimiento para todos nosotros.

Las consecuencias de esta carestía larga y dura están a la vista: descenso del número de presbíteros y media de edad cada vez más alta. Nos puede acechar la tentación de cubrir la falta de vocaciones con soluciones improvisadas y atajos

arriesgados; el marco de preparación para el ministerio es, en ocasiones, insatisfactorio, ya que el número de seminaristas es muy reducido, y pocos los formadores y profesores dedicados generosamente a este servicio precioso.

Aunque busquemos la salida a esta situación personalmente o en grupos de obispos con los colaboradores es necesario que compartamos como Conferencia Episcopal las inquietudes y temores, las experiencias y esperanzas sobre esta realidad fundamental para la vida y la misión de la Iglesia. Nos ofrece una oportunidad la publicación de la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, con el encargo contenido en la misma de elaborar una *Ratio* nueva para los seminarios de nuestras diócesis. La Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades nos guiará en este trabajo pendiente.

A lo largo del tiempo transcurrido hemos intentado reiteradamente descubrir las causas y las circunstancias de la crisis actual. La palabra crisis significa aquí una mutación grande que exige un discernimiento profundo. Procede de una encrucijada nueva que pone en cuestión el curso habitual. Exige un examen del pasado y es una oportunidad para adoptar las decisiones convenientes, que por aproximaciones y tanteos vamos encontrando. En un tiempo pensamos que la crisis de seminarios podía proceder de la crisis de sacerdotes, ya que nos vimos inmersos en perplejidades sobre el sentido del ministerio que condujeron junto con otras causas a numerosas secularizaciones. Durante algún tiempo las tareas más urgentes ocuparon nuestra atención, esperando que la situación fuera coyuntural y se enderezaría pronto. Posteriormente hemos pensado que quizá más que crisis de vocaciones podría tratarse de una crisis de "convocantes". ¿Crisis de vocaciones al ministerio presbiteral, a la vida consagrada, al matrimonio cristiano, o, más bien, crisis de iniciación cristiana? ¿No queda el alcance de la iniciación cristiana muy debilitado por la insuficiente continuidad? Sin la maduración de lo iniciado y sin la vida cristiana en grupo y comunidad es muy improbable resistir al enfriamiento cristiano del ambiente y a la secularización que, como una marea, sube afectando a las familias, a la educación y a la solidez de los valores morales. ¿Cómo podemos en este contexto fomentar una "cultura vocacional" como tierra nutricia de las diversas vocaciones, que realizan y prolongan la vocación bautismal? Estamos convencidos, tanto teológica como pastoralmente, de que la vocación cristiana es el fundamento de las diversas vocaciones específicas de la Iglesia.

La causa de las vocaciones sacerdotales concierne a toda la Iglesia presidida por los obispos. "Toda la comunidad cristiana tiene el deber de fomentar las

vocaciones y debe procurarlo ante todo con una vida plenamente cristiana. La mayor ayuda en este sentido la prestan, por un lado, aquellas familias que, animadas por el espíritu de fe, caridad y piedad, son como un primer seminario y, por otro, las parroquias, de cuya fecundidad de vida participan los mismos adolescentes. Los maestros y cuantos de una manera u otra se ocupan de la formación de los niños y de los jóvenes, principalmente las asociaciones católicas, procuren educar a los adolescentes a ellos confiados de tal modo que puedan descubrir y seguir gustosos la llamada de Dios. Demuestren todos los sacerdotes el celo apostólico sobre todo en el fomento de las vocaciones y, con su propia vida humilde y laboriosa, llevada con alegría, y con la caridad sacerdotal mutua y la colaboración fraterna en el trabajo, atraigan el ánimo de los adolescentes al sacerdocio" (*Optatam totius*, n. 2; cf. *Presbyterorum ordinis*, n. 11). Es primordial la oración insistente al Señor de la mies para que envíe trabajadores a su campo (cf. Mt 9, 37-38), ya que nosotros no tenemos la capacidad de tocar el corazón de las personas para suscitar la llamada de Dios al ministerio presbiteral.

En esta situación precaria vamos cubriendo las acciones ministeriales básicas con iniciativas diversas, según se trate de ciudades, de grandes núcleos urbanos o de zonas rurales con frecuencia despobladas y envejecidas.

En ocasiones se han creado "unidades pastorales" o "equipos ministeriales"; se ha intensificado el trabajo parroquial de los sacerdotes religiosos; también se ha buscado la colaboración de sacerdotes procedentes de otros países; a los laicos se les confían tareas especiales. Pero no podemos resignarnos a la administración de la escasez. Nuestra cuestión mil veces planteada es la siguiente: ¿cómo invitar con respeto, cómo alentar la decisión, cómo discernir la vocación, cómo crear las condiciones para que sea escuchada la llamada de Dios? El ministerio episcopal nos urge a buscar, todos unidos en el Señor y con creatividad pastoral, respuestas a esta necesidad básica que repercute decisivamente en la vida de la Iglesia.

Debemos decirlo con claridad: la Iglesia en España necesita vocaciones para el ministerio sacerdotal; y al hacernos eco de esta indigencia básica, no debemos olvidar, movidos por la solicitud católica, la colaboración con otras diócesis y la participación en la "*missio ad gentes*". El Señor envió a sus apóstoles hasta los confines del mundo. Todos podemos compartir la serenidad que nos otorga la promesa del Señor de que estará con nosotros todos los días hasta

el final de los tiempos, y, por tanto, también en la presente situación histórica (cf. Mt 28, 19-20).

Los sacerdotes estamos llamados a animar cada día la caridad pastoral y a renovar las diferentes dimensiones de la formación permanente. ¡Que quienes en la ordenación sacramental hemos recibido un "amoris officium" con la gracia del Señor entreguemos la vida sin reservas! ¡Que el servicio apostólico sea acicate de una formación continua para que podamos cumplir la misión confiada, en medio de un mundo que está entrando en una nueva etapa de su historia! Sin el amor que nos une al Buen Pastor y sin la formación, que es "conformación" con Jesucristo, no responderíamos adecuadamente al Señor que se ha fiado de nosotros (cf. 1 Tim 1, 12) y de quien nos hemos fiado (cf. 2 Tim 1, 12). Debemos unir vitalmente la condición de discípulos que se sientan diariamente en la escuela de Jesús, el único Maestro (Mt 23, 8-10), con la condición de misioneros dispuestos a salir en fraternidad, ""de dos en dos"" (cf. Lc 10, 1) hasta las "periferias" del mundo y de la sociedad, de los pobres y excluidos, de los que no conocen a Dios, de quienes buscan y no encuentran, de cuantos van por el camino de la vida con aire entristecido, como los discípulos de Emaús (Lc 24, 17).

3.- Conferencias Episcopales: presente y futuro

Hace dos años celebramos los cincuenta de la constitución de nuestra Conferencia episcopal. En este marco organizaron la Conferencia Episcopal y la Fundación Pablo VI un Simposio sobre *Pablo VI y la renovación conciliar en España*. Pronunció el discurso inaugural el secretario de Estado cardenal P. Parolin en la sede de la Conferencia. Nos alegramos de que sea canonizado Pablo VI en el mes de octubre. Fue una oportunidad para recordar los orígenes de la Conferencia, agradecer los servicios que nos ha prestado y para revisar de cara al futuro su funcionamiento. Con esta finalidad fue creada una comisión de obispos que nos informará en la presente Asamblea Plenaria. En los niveles doctrinal, organizativo y de acción, planteó su trabajo y solicitó nuestra colaboración. La reforma de la Curia Romana repercutirá en la organización de nuestra Conferencia, y a su vez la Conferencia en nuestras diócesis.

Ahora quiero detenerme brevemente en el sentido de las mismas conferencias episcopales. El papa Francisco desde el comienzo de su ministerio papal viene indicando la conveniencia de explicitar con mayor amplitud el estatuto de las confe-

rencias episcopales. En *Evangelii gaudium*, que es al mismo tiempo exhortación postsinodal después de la Asamblea del Sínodo de los Obispos del año 2012 dedicada a *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, y exhortación programática de su pontificado, manifestó claramente su intención. En el contexto de la incesante renovación de la Iglesia y la llamada a una conversión pastoral de sus estructuras escribió: "el Concilio Vaticano expresó que, de modo análogo a las antiguas Iglesias patriarcales, las conferencias episcopales pueden "desarrollar una obra múltiple y fecunda, a fin de que el afecto colegial tenga una aplicación concreta" (*Lumen gentium*, n. 23). Pero este deseo no se realizó plenamente, por cuanto todavía no se ha explicitado suficientemente el estatuto de las conferencias episcopales que las conciba como sujetos de atribuciones concretas, incluyendo también alguna auténtica autoridad doctrinal (cf. *Apostolos suos*, n. 22). Una excesiva centralización, más que ayudar, complica la vida de la Iglesia y su dinámica misionera" (n. 32).

En varios momentos posteriores al decreto *Christus Dominus*, nn. 37-38, han sido consideradas de nuevo las conferencias episcopales. El *Código de Derecho Canónico* de 1983 (cc. 447-459) las describe y regula. El Sínodo extraordinario de los Obispos de 1985 convocado para conmemorar, celebrar, hacer un balance de su recepción y promover la ingente obra del Vaticano II, afirmó que "la eclesiología de comunión es una idea central y fundamental del Concilio", que "ofrece el fundamento sacramental de la colegialidad", que "la acción colegial implica la actividad de todo el colegio juntamente con su cabeza" y que "entre las realizaciones parciales de la colegialidad están el Sínodo de los Obispos y las conferencias episcopales". El año 1998 fue publicada la carta apostólica *Apostolos suos* sobre la naturaleza teológica y jurídica de las conferencias episcopales. Su historia y actuación ha sido muy útil, incluso necesaria, para el trabajo pastoral de la Iglesia. Pensemos en el servicio eficaz que nuestra Conferencia ha prestado a obispos y diócesis en los ya más de cincuenta años.

Con la intención del papa Francisco, ya en vías de realización, comenzamos un nuevo capítulo de esta historia fecunda. En este sentido es de gran interés su *Discurso*, en la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos, a los participantes en la Asamblea sinodal, el día 17 de octubre de 2015. En esta solemne ocasión el papa afirmó que "el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio". "La sinodalidad, como dimensión constitutiva de la Iglesia, nos proporciona el marco interpretativo más adecuado para la comprensión del propio ministerio jerárquico". Después de indi-

car brevemente los momentos del proceso sinodal, que etimológicamente significa caminar juntos laicos, pastores y obispo de Roma, a saber, la escucha de la Palabra de Dios, el discernimiento y la actuación, señala los niveles del ejercicio de la sinodalidad (D. Vitali). Cuando el papa dijo públicamente que "percibía la necesidad de avanzar en una saludable *descentralización*", los oyentes respondieron al unísono con un sonoro aplauso. Fue una comunicación recibida con agradecimiento y esperanza.

El importante discurso indica tres niveles de la realización de la sinodalidad. "El primer nivel de ejercicio de la sinodalidad se lleva a cabo en la Iglesias particulares". Los organismos de sinodalidad en la diócesis necesitan estar en comunicación con los fieles, deben sacudir todo signo de cansancio y "deben ser valorizados como ocasión de escucha y de compartición".

"El segundo nivel es el de las provincias y las regiones eclesíásticas, el de los concilios particulares y, de especial manera, el de las conferencias episcopales". A su modo de ver, "el deseo del Concilio de que dichos organismos puedan contribuir a acrecentar el espíritu de la colegialidad episcopal no se ha realizado aún plenamente. Nos hallamos a medio camino".

El tercero y "último nivel es el de la Iglesia universal. Aquí el Sínodo de los Obispos, al representar al episcopado católico, se convierte en expresión de la colegialidad episcopal en el seno de una Iglesia toda ella sinodal". "Tengo la convicción, prosigue el papa, de que, en una Iglesia sinodal, también el ejercicio del primado petrino podrá recibir una mayor luz. El papa no está, por sí mismo, por encima de la Iglesia, sino dentro de ella como bautizado entre los bautizados, y, en el seno del Colegio Episcopal, como obispo entre los obispos, llamado al mismo tiempo -como sucesor del apóstol Pedro-, a guiar a la Iglesia de Roma, que preside en el amor a todas la Iglesias (San Ignacio de Antioquía)".

En la reunión, tenida el día 23 de febrero, del papa con el Consejo de los Cardenales (C9), que le ayudan en la reforma de la Curia Romana y en el gobierno de la Iglesia universal, trataron sobre el estatuto teológico de las conferencias episcopales, como informó el director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Greg Burke, en un espíritu de sana descentralización de la Iglesia.

Este es el horizonte de renovación que el papa despliega delante de nosotros. Dentro de él, nuestra Conferencia Episcopal camina sinodalmente. En la

profundización de la comprensión y alcance de las conferencias nos podrá ayudar eficazmente el documento inminente de la Comisión Teológica Internacional: *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia*.

Ponemos los trabajos de esta Asamblea Plenaria de nuestra Conferencia en manos de santa María, Madre de la Iglesia, cuya memoria litúrgica celebraremos por primera vez el lunes de Pentecostés. A ella nos encomendamos con amor filial.

Agradezco a todos su presencia y escucha.



Iglesia Universal

MENSAJE URBI ET ORBI
DEL SANTO PADRE FRANCISCO

PASCUA 2018

Balcón central de la Basílica Vaticana
Domingo, 1 de abril de 2018

Queridos hermanos y hermanas, ¡Feliz Pascua!

Jesús ha resucitado de entre los muertos.

Junto con el canto del aleluya, resuena en la Iglesia y en todo el mundo, este mensaje: Jesús es el Señor, el Padre lo ha resucitado y él vive para siempre en medio de nosotros.

Jesús mismo había preanunciado su muerte y resurrección con la imagen del grano de trigo. Decía: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto" (Jn 12,24). Y esto es lo que ha sucedido: Jesús, el grano de trigo sembrado por Dios en los surcos de la tierra, murió víctima del pecado del mundo, permaneció dos días en el sepulcro; pero en su muerte estaba

presente toda la potencia del amor de Dios, que se liberó y se manifestó el tercer día, y que hoy celebramos: la Pascua de Cristo Señor.

Nosotros, cristianos, creemos y sabemos que la resurrección de Cristo es la verdadera esperanza del mundo, aquella que no defrauda. Es la fuerza del grano de trigo, del amor que se humilla y se da hasta el final, y que renueva realmente el mundo. También hoy esta fuerza produce fruto en los surcos de nuestra historia, marcada por tantas injusticias y violencias. Trae frutos de esperanza y dignidad donde hay miseria y exclusión, donde hay hambre y falta trabajo, a los prófugos y refugiados -tantas veces rechazados por la cultura actual del descarte-, a las víctimas del narcotráfico, de la trata de personas y de las distintas formas de esclavitud de nuestro tiempo.

Y, hoy, nosotros pedimos frutos de paz para el mundo entero, comenzando por la amada y martirizada Siria, cuya población está extenuada por una guerra que no tiene fin. Que la luz de Cristo resucitado ilumine en esta Pascua las conciencias de todos los responsables políticos y militares, para que se ponga fin inmediatamente al exterminio que se está llevando a cabo, se respete el derecho humanitario y se proceda a facilitar el acceso a las ayudas que estos hermanos y hermanas nuestros necesitan urgentemente, asegurando al mismo tiempo las condiciones adecuadas para el regreso de los desplazados.

Invocamos frutos de reconciliación para Tierra Santa, que en estos días también está siendo golpeada por conflictos abiertos que no respetan a los indefensos, para Yemen y para todo el Oriente Próximo, para que el diálogo y el respeto mutuo prevalezcan sobre las divisiones y la violencia. Que nuestros hermanos en Cristo, que sufren frecuentemente abusos y persecuciones, puedan ser testigos luminosos del Resucitado y de la victoria del bien sobre el mal.

Suplicamos en este día frutos de esperanza para cuantos anhelan una vida más digna, sobre todo en aquellas regiones del continente africano que sufren por el hambre, por conflictos endémicos y el terrorismo. Que la paz del Resucitado sane las heridas en Sudán del Sur: abra los corazones al diálogo y a la comprensión mutua. No olvidemos a las víctimas de ese conflicto, especialmente a los niños. Que nunca falte la solidaridad para las numerosas personas obligadas a abandonar sus tierras y privadas del mínimo necesario para vivir.

Imploramos frutos de diálogo para la península coreana, para que las conversaciones en curso promuevan la armonía y la pacificación de la región. Que los

que tienen responsabilidades directas actúen con sabiduría y discernimiento para promover el bien del pueblo coreano y construir relaciones de confianza en el seno de la comunidad internacional.

Pedimos frutos de paz para Ucrania, para que se fortalezcan los pasos en favor de la concordia y se faciliten las iniciativas humanitarias que necesita la población.

Suplicamos frutos de consolación para el pueblo venezolano, el cual -como han escrito sus Pastores- vive en una especie de "tierra extranjera" en su propio país. Para que, por la fuerza de la resurrección del Señor Jesús, encuentre la vía justa, pacífica y humana para salir cuanto antes de la crisis política y humanitaria que lo oprime, y no falten la acogida y asistencia a cuantos entre sus hijos están obligados a abandonar su patria.

Traiga Cristo Resucitado frutos de vida nueva para los niños que, a causa de las guerras y el hambre, crecen sin esperanza, carentes de educación y de asistencia sanitaria; y también para los ancianos desechados por la cultura egoísta, que descarta a quien no es "productivo".

Invocamos frutos de sabiduría para los que en todo el mundo tienen responsabilidades políticas, para que respeten siempre la dignidad humana, se esfuercen con dedicación al servicio del bien común y garanticen el desarrollo y la seguridad a los propios ciudadanos.

Queridos hermanos y hermanas:

También a nosotros, como a las mujeres que acudieron al sepulcro, van dirigidas estas palabras: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado" (Lc 24,5-6). La muerte, la soledad y el miedo ya no son la última palabra. Hay una palabra que va más allá y que solo Dios puede pronunciar: es la palabra de la Resurrección (cf. Juan Pablo II, Palabras al término del Vía Crucis, 18 abril 2003). Ella, con la fuerza del amor de Dios, "ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos" (Pregón pascual).

¡Feliz Pascua a todos!

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA
GAUDETE ET EXSULTATE
DEL SANTO PADRE
FRANCISCO

SOBRE EL LLAMADO A LA SANTIDAD
EN EL MUNDO ACTUAL

1. "Alegraos y regocijaos" (*Mt* 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: "Camina en mi presencia y sé perfecto" (*Gn* 17,1).

2. No es de esperar aquí un tratado sobre la santidad, con tantas definiciones y distinciones que podrían enriquecer este importante tema, o con análisis que podrían hacerse acerca de los medios de santificación. Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de

nosotros el Señor nos eligió "para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor" (Ef 1,4).

CAPÍTULO PRIMERO EL LLAMADO A LA SANTIDAD

Los santos que nos alientan y acompañan

3. En la carta a los Hebreos se mencionan distintos testimonios que nos animan a que "corramos, con constancia, en la carrera que nos toca" (12,1). Allí se habla de Abraham, de Sara, de Moisés, de Gedeón y de varios más (cf. 11,1-12,3) y sobre todo se nos invita a reconocer que tenemos "una nube tan ingente de testigos" (12,1) que nos alientan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta. Y entre ellos puede estar nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas (cf. 2 Tm 1,5). Quizá su vida no fue siempre perfecta, pero aun en medio de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor.

4. Los santos que ya han llegado a la presencia de Dios mantienen con nosotros lazos de amor y comunión. Lo atestigua el libro del Apocalipsis cuando habla de los mártires que interceden: "Vi debajo del altar las almas de los degollados por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantenían. Y gritaban con voz potente: "¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia?" (6,9-10). Podemos decir que "estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios [...] No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce"[1].

5. En los procesos de beatificación y canonización se tienen en cuenta los signos de heroicidad en el ejercicio de las virtudes, la entrega de la vida en el martirio y también los casos en que se haya verificado un ofrecimiento de la propia vida por los demás, sostenido hasta la muerte. Esa ofrenda expresa una imitación ejem-

[1] Benedicto XVI, *Homilía en el solemne inicio del ministerio petrino* (24 abril 2005): AAS 97 (2005), 708.

plar de Cristo, y es digna de la admiración de los fieles[2]. Recordemos, por ejemplo, a la beata María Gabriela Sagheddu, que ofreció su vida por la unión de los cristianos.

Los santos de la puerta de al lado

6. No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque "fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente"[3]. El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo.

7. Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad "de la puerta de al lado", de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, "la clase media de la santidad"[4].

8. Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que "participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad"[5]. Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera

[2] Supone de todos modos que haya fama de santidad y un ejercicio, al menos en grado ordinario, de las virtudes cristianas: cf. *Motu proprio Maiorem hac dilectionem* (11 julio 2017), art. 2c: *L'Osservatore Romano* (12 julio 2017), p. 8.

[3] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 9.

[4] Cf. Joseph Malègue, *Pierres noires. Les classes moyennes du Salut*, París 1958.

[5] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 12.

historia: "En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado"[6].

9. La santidad es el rostro más bello de la Iglesia. Pero aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita "signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo"[7]. Por otra parte, san Juan Pablo II nos recordó que "el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes"[8]. En la hermosa conmemoración ecuménica que él quiso celebrar en el Coliseo, durante el Jubileo del año 2000, sostuvo que los mártires son "una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división"[9].

El Señor llama

10. Todo esto es importante. Sin embargo, lo que quisiera recordar con esta Exhortación es sobre todo el llamado a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, ese llamado que te dirige también a ti: "Sed santos, porque yo soy santo" (*Lv* 11,45; cf. *1 P* 1,16). El Concilio Vaticano II lo destacó con fuerza: "Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre"[10].

[6] *Vida escondida y epifanía, en Obras Completas V*, Burgos 2007, 637.

[7] S. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 56: AAS 93 (2001), 307.

[8] Carta ap. *Tertio millennio adveniente* (10 noviembre 1994), 37: AAS 87 (1995), 29.

[9] Homilía en la Conmemoración ecuménica de los testigos de la fe del siglo XX (7 mayo 2000), 5: AAS 92 (2000), 680-681.

[10] Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 11.

11. "Cada uno por su camino", dice el Concilio. Entonces, no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. *1 Co* 12, 7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él. Todos estamos llamados a ser testigos, pero "existen muchas formas existenciales de testimonio"[11]. De hecho, cuando el gran místico san Juan de la Cruz escribía su *Cántico Espiritual*, prefería evitar reglas fijas para todos y explicaba que sus versos estaban escritos para que cada uno los aproveche "según su modo"[12]. Porque la vida divina se comunica "a unos en una manera y a otros en otra"[13].

12. Dentro de las formas variadas, quiero destacar que el "genio femenino" también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, aun en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia. Podemos mencionar a santa Hildegarda de Bingen, santa Brígida, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Ávila o santa Teresa de Lisieux. Pero me interesa recordar a tantas mujeres desconocidas u olvidadas quienes, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia de su testimonio.

13. Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno para darlo todo, para crecer hacia ese proyecto único e irrepetible que Dios ha querido para él desde toda la eternidad: "Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré" (*Jr* 1,5).

También para ti

14. Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está

[11] Hans U. von Balthasar, "Teología y santidad", en *Communio* 6 (1987), 489.

[12] *Cántico Espiritual B*, Prólogo, 2.

[13] *Ibíd.*, XIV-XV, 2.

reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales[14].

15. Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: "Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor". En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, "como novia que se adorna con sus joyas" (Is 61,10).

16. Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: "No, no hablaré mal de nadie". Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso.

[14] Cf. Catequesis (19 noviembre 2014): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (21 noviembre 2014), p. 16.

17. A veces la vida presenta desafíos mayores y a través de ellos el Señor nos invita a nuevas conversiones que permiten que su gracia se manifieste mejor en nuestra existencia "para que participemos de su santidad" (*Hb* 12,10). Otras veces solo se trata de encontrar una forma más perfecta de vivir lo que ya hacemos: "Hay inspiraciones que tienden solamente a una extraordinaria perfección de los ejercicios ordinarios de la vida"[15]. Cuando el Cardenal Francisco Javier Nguyễn van Thuân estaba en la cárcel, renunció a desgastarse esperando su liberación. Su opción fue "vivir el momento presente colmándolo de amor"; y el modo como se concretaba esto era: "Aprovecho las ocasiones que se presentan cada día para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria"[16].

18. Así, bajo el impulso de la gracia divina, con muchos gestos vamos construyendo esa figura de santidad que Dios quería, pero no como seres autosuficientes sino "como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios" (*1 P* 4,10). Bien nos enseñaron los Obispos de Nueva Zelanda que es posible amar con el amor incondicional del Señor, porque el Resucitado comparte su vida poderosa con nuestras frágiles vidas: "Su amor no tiene límites y una vez dado nunca se echó atrás. Fue incondicional y permaneció fiel. Amar así no es fácil porque muchas veces somos tan débiles. Pero precisamente para tratar de amar como Cristo nos amó, Cristo comparte su propia vida resucitada con nosotros. De esta manera, nuestras vidas demuestran su poder en acción, incluso en medio de la debilidad humana"[17].

Tu misión en Cristo

19. Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque "esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación" (*1 Ts* 4,3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio.

[15] S. Francisco de Sales, *Tratado del amor a Dios*, VIII, 11.

[16] *Cinco panes y dos peces: un gozoso testimonio de fe desde el sufrimiento en la cárcel*, México 1999⁹, 21.

[17] Conferencia de Obispos católicos de Nueva Zelanda, *Healing love* (1 enero 1988).

20. Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde él. En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él. Pero también puede implicar reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús: su vida oculta, su vida comunitaria, su cercanía a los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor. La contemplación de estos misterios, como proponía san Ignacio de Loyola, nos orienta a hacerlos carne en nuestras opciones y actitudes[18]. Porque "todo en la vida de Jesús es signo de su misterio"[19], "toda la vida de Cristo es Revelación del Padre"[20], "toda la vida de Cristo es misterio de Redención"[21], "toda la vida de Cristo es misterio de Recapitulación"[22], y "todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en él y que él lo viva en nosotros"[23].

21. El designio del Padre es Cristo, y nosotros en él. En último término, es Cristo amando en nosotros, porque "la santidad no es sino la caridad plenamente vivida"[24]. Por lo tanto, "la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya"[25]. Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo.

22. Para reconocer cuál es esa palabra que el Señor quiere decir a través de un santo, no conviene entretenerse en los detalles, porque allí también puede haber errores y caídas. No todo lo que dice un santo es plenamente fiel al Evangelio, no todo lo que hace es auténtico o perfecto. Lo que hay que contemplar es el conjunto de su vida, su camino entero de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo y que resulta cuando uno logra componer el sentido de la totalidad de su persona[26].

[18] Cf. *Ejercicios espirituales*, 102-312.

[19] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 515.

[20] *Ibíd.*, 516.

[21] *Ibíd.*, 517.

[22] *Ibíd.*, 518.

[23] *Ibíd.*, 521.

[24] Benedicto XVI, Catequesis (13 abril 2011): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (17 abril 2011), p. 11.

[25] *Ibíd.*

[26] Cf. Hans U. von Balthasar, "Teología y santidad", en *Communio* 6 (1987), 486-493.

23. Esto es un fuerte llamado de atención para todos nosotros. Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy.

24. Ojalá puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión no se malogrará. El Señor la cumplirá también en medio de tus errores y malos momentos, con tal que no abandones el camino del amor y estés siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina.

La actividad que santifica

25. Como no puedes entender a Cristo sin el reino que él vino a traer, tu propia misión es inseparable de la construcción de ese reino: "Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia" (Mt 6,33). Tu identificación con Cristo y sus deseos, implica el empeño por construir, con él, ese reino de amor, justicia y paz para todos. Cristo mismo quiere vivirlo contigo, en todos los esfuerzos o renunciaciones que implique, y también en las alegrías y en la fecundidad que te ofrezca. Por lo tanto, no te santificarás sin entregarte en cuerpo y alma para dar lo mejor de ti en ese empeño.

26. No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión.

27. ¿Acaso el Espíritu Santo puede lanzarnos a cumplir una misión y al mismo tiempo pedirnos que escapemos de ella, o que evitemos entregarnos totalmente para preservar la paz interior? Sin embargo, a veces tenemos la tentación de relegar la entrega pastoral o el compromiso en el mundo a un lugar secundario, como si fueran "distracciones" en el camino de la santificación y de

la paz interior. Se olvida que "no es que la vida tenga una misión, sino que es misión"[27].

28. Una tarea movida por la ansiedad, el orgullo, la necesidad de aparecer y de dominar, ciertamente no será santificadora. El desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo. De ahí que suela hablarse, por ejemplo, de una espiritualidad del catequista, de una espiritualidad del clero diocesano, de una espiritualidad del trabajo. Por la misma razón, en *Evangelii gaudium* quise concluir con una espiritualidad de la misión, en *Laudato si'* con una espiritualidad ecológica y en *Amoris laetitia* con una espiritualidad de la vida familiar.

29. Esto no implica despreciar los momentos de quietud, soledad y silencio ante Dios. Al contrario. Porque las constantes novedades de los recursos tecnológicos, el atractivo de los viajes, las innumerables ofertas para el consumo, a veces no dejan espacios vacíos donde resuene la voz de Dios. Todo se llena de palabras, de disfrutes epidérmicos y de ruidos con una velocidad siempre mayor. Allí no reina la alegría sino la insatisfacción de quien no sabe para qué vive. ¿Cómo no reconocer entonces que necesitamos detener esa carrera frenética para recuperar un espacio personal, a veces doloroso pero siempre fecundo, donde se entabla el diálogo sincero con Dios? En algún momento tendremos que percibir de frente la propia verdad, para dejarla invadir por el Señor, y no siempre se logra esto si uno "no se ve al borde del abismo de la tentación más agobiante, si no siente el vértigo del precipicio del más desesperado abandono, si no se encuentra absolutamente solo, en la cima de la soledad más radical"[28]. Así encontramos las grandes motivaciones que nos impulsan a vivir a fondo las propias tareas.

30. Los mismos recursos de distracción que invaden la vida actual nos llevan también a absolutizar el tiempo libre, en el cual podemos utilizar sin límites esos dispositivos que nos brindan entretenimiento o placeres efímeros[29]. Como consecuencia, es la propia misión la que se resiente, es el compromiso el que se debilita, es el servicio generoso y disponible el que comienza a retacearse. Eso desnatu-

[27] Xavier Zubiri, *Naturaleza, historia, Dios*, Madrid 1999³, 427.

[28] Carlo M. Martini, *Las confesiones de Pedro*, Estella 1994, 76.

[29] Es necesario distinguir esta distracción superficial, de una sana cultura del ocio, que nos abre al otro y a la realidad con un espíritu disponible y contemplativo.

raliza la experiencia espiritual. ¿Puede ser sano un fervor espiritual que conviva con una acedia en la acción evangelizadora o en el servicio a los otros?

31. Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor. De este modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación.

Más vivos, más humanos

32. No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad. Esto se refleja en santa Josefina Bakhita, quien fue "secuestrada y vendida como esclava a la tierna edad de siete años, sufrió mucho en manos de amos crueles. Pero llegó a comprender la profunda verdad de que Dios, y no el hombre, es el verdadero Señor de todo ser humano, de toda vida humana. Esta experiencia se transformó en una fuente de gran sabiduría para esta humilde hija de África"[30].

33. En la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo. Los Obispos de África occidental nos enseñaron: "Estamos siendo llamados, en el espíritu de la nueva evangelización, a ser evangelizados y a evangelizar a través del empoderamiento de todos los bautizados para que asumáis vuestros roles como sal de la tierra y luz del mundo donde quiera que os encontréis"[31].

34. No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida "existe una sola tristeza, la de no ser santos"[32].

[30] S. Juan Pablo II, Homilía en la Misa de canonización (1 octubre 2000), 5: AAS 92 (2000), 852.

[31] Conferencia Episcopal Regional de África Occidental, *Mensaje pastoral a la conclusión de la II Asamblea Plenaria* (29 febrero 2016), 2.

[32] *La mujer pobre*, II, 27.

CAPÍTULO SEGUNDO

DOS SUTILES ENEMIGOS DE LA SANTIDAD

35. En este marco, quiero llamar la atención acerca de dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo. Son dos herejías que surgieron en los primeros siglos cristianos, pero que siguen teniendo alarmante actualidad. Aun hoy los corazones de muchos cristianos, quizá sin darse cuenta, se dejan seducir por estas propuestas engañosas. En ellas se expresa un inmanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica.[33] Veamos estas dos formas de seguridad doctrinal o disciplinaria que dan lugar "a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente"[34].

El gnosticismo actual

36. El gnosticismo supone "una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos"[35].

Una mente sin Dios y sin carne

37. Gracias a Dios, a lo largo de la historia de la Iglesia quedó muy claro que lo que mide la perfección de las personas es su grado de caridad, no la cantidad

[33] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta Placuit Deo, sobre algunos aspectos de la salvación cristiana (22 febrero 2018), 4: *L'Osservatore Romano* (2 marzo 2018), pp. 4-5: "Tanto el individualismo neo-pelagiano como el desprecio neo-gnóstico del cuerpo deforman la confesión de fe en Cristo, el Salvador único y universal". En este documento se encuentran las bases doctrinales para la comprensión de la salvación cristiana en relación con las derivas neo-gnósticas y neo-pelagianas actuales.

[34] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 94: AAS 105 (2013), 1060.

[35] *Ibíd.*: AAS 105 (2013), 1059.

de datos y conocimientos que acumulen. Los "gnósticos" tienen una confusión en este punto, y juzgan a los demás según la capacidad que tengan de comprender la profundidad de determinadas doctrinas. Conciben una mente sin encarnación, incapaz de tocar la carne sufriente de Cristo en los otros, encorsetada en una enciclopedia de abstracciones. Al descarnar el misterio finalmente prefieren "un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo"[36].

38. En definitiva, se trata de una superficialidad vanidosa: mucho movimiento en la superficie de la mente, pero no se mueve ni se conmueve la profundidad del pensamiento. Sin embargo, logra subyugar a algunos con una fascinación engañosa, porque el equilibrio gnóstico es formal y supuestamente aséptico, y puede asumir el aspecto de una cierta armonía o de un orden que lo abarca todo.

39. Pero estemos atentos. No me refiero a los racionalistas enemigos de la fe cristiana. Esto puede ocurrir dentro de la Iglesia, tanto en los laicos de las parroquias como en quienes enseñan filosofía o teología en centros de formación. Porque también es propio de los gnósticos creer que con sus explicaciones ellos pueden hacer perfectamente comprensible toda la fe y todo el Evangelio. Absolutizan sus propias teorías y obligan a los demás a someterse a los razonamientos que ellos usan. Una cosa es un sano y humilde uso de la razón para reflexionar sobre la enseñanza teológica y moral del Evangelio; otra es pretender reducir la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo[37].

Una doctrina sin misterio

40. El gnosticismo es una de las peores ideologías, ya que, al mismo tiempo que exalta indebidamente el conocimiento o una determinada experiencia, conside-

[36] *Homilía en la Misa de la Casa Santa Marta* (11 noviembre 2016); *L'Osservatore Romano* (12 noviembre 2016), p. 8.

[37] Como enseña S. Buenaventura: "Es necesario que se dejen todas las operaciones intelectuales, y que el ápice del afecto se traslade todo a Dios y todo se transforme en Dios. [...] Y así, no pudiendo nada la naturaleza y poco la industria, ha de darse poco a la inquisición y mucho a la unción; poco a la lengua y muchísimo a la alegría interior; poco a la palabra y a los escritos, y todo al don de Dios, que es el Espíritu Santo; poco o nada a la criatura, todo a la esencia creadora, esto es, al Padre, y al Hijo, y a Espíritu Santo" (*Itinerario de la mente a Dios*, VII, 4-5).

ra que su propia visión de la realidad es la perfección. Así, quizá sin advertirlo, esta ideología se alimenta a sí misma y se enseguece aún más. A veces se vuelve especialmente engañosa cuando se disfraza de una espiritualidad desencarnada. Porque el gnosticismo "por su propia naturaleza quiere domesticar el misterio"[38], tanto el misterio de Dios y de su gracia, como el misterio de la vida de los demás.

41. Cuando alguien tiene respuestas a todas las preguntas, demuestra que no está en un sano camino y es posible que sea un falso profeta, que usa la religión en beneficio propio, al servicio de sus elucubraciones psicológicas y mentales. Dios nos supera infinitamente, siempre es una sorpresa y no somos nosotros los que decidimos en qué circunstancia histórica encontrarlo, ya que no depende de nosotros determinar el tiempo y el lugar del encuentro. Quien lo quiere todo claro y seguro pretende dominar la trascendencia de Dios.

42. Tampoco se puede pretender definir dónde no está Dios, porque él está misteriosamente en la vida de toda persona, está en la vida de cada uno como él quiere, y no podemos negarlo con nuestras supuestas certezas. Aun cuando la existencia de alguien haya sido un desastre, aun cuando lo veamos destruido por los vicios o las adicciones, Dios está en su vida. Si nos dejamos guiar por el Espíritu más que por nuestros razonamientos, podemos y debemos buscar al Señor en toda vida humana. Esto es parte del misterio que las mentalidades gnósticas terminan rechazando, porque no lo pueden controlar.

Los límites de la razón

43. Nosotros llegamos a comprender muy pobremente la verdad que recibimos del Señor. Con mayor dificultad todavía logramos expresarla. Por ello no podemos pretender que nuestro modo de entenderla nos autorice a ejercer una supervisión estricta de la vida de los demás. Quiero recordar que en la Iglesia conviven lícitamente distintas maneras de interpretar muchos aspectos de la doctrina y de la vida cristiana que, en su variedad, "ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra". Es verdad que "a quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta

[38] Carta al Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el centenario de la Facultad de Teología (3 marzo 2015): *L'Osservatore Romano* (10 marzo 2015), p. 6.

dispersión"[39]. Precisamente, algunas corrientes gnósticas despreciaron la sencillez tan concreta del Evangelio e intentaron reemplazar al Dios trinitario y encarnado por una Unidad superior donde desaparecía la rica multiplicidad de nuestra historia.

44. En realidad, la doctrina, o mejor, nuestra comprensión y expresión de ella, "no es un sistema cerrado, privado de dinámicas capaces de generar interrogantes, dudas, cuestionamientos", y "las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones, poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan"[40].

45. Con frecuencia se produce una peligrosa confusión: creer que porque sabemos algo o podemos explicarlo con una determinada lógica, ya somos santos, perfectos, mejores que la "masa ignorante". A todos los que en la Iglesia tienen la posibilidad de una formación más alta, san Juan Pablo II les advertía de la tentación de desarrollar "un cierto sentimiento de superioridad respecto a los demás fieles"[41]. Pero en realidad, eso que creemos saber debería ser siempre una motivación para responder mejor al amor de Dios, porque "se aprende para vivir: teología y santidad son un binomio inseparable"[42].

46. Cuando san Francisco de Asís veía que algunos de sus discípulos enseñaban la doctrina, quiso evitar la tentación del gnosticismo. Entonces escribió esto a san Antonio de Padua: "Me agrada que enseñes sagrada teología a los hermanos con tal que, en el estudio de la misma, no apagues el espíritu de oración y devoción"[43]. Él reconocía la tentación de convertir la experiencia cristiana en un conjunto de elucubraciones mentales que terminan alejándonos de la frescura del Evangelio. San Buenaventura, por otra parte, advertía que la verdadera sabiduría cristia-

[39] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 40: AAS 105 (2013), 1037.

[40] Videomensaje al Congreso internacional de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina (1-3 septiembre 2015): AAS 107 (2015), 980.

[41] Exhort. ap. postsin. *Vita consecrata* (25 marzo 1996), 38: AAS 88 (1996), 412.

[42] Carta al Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el centenario de la Facultad de Teología (3 marzo 2015): *L'Osservatore Romano* (10 marzo 2015), p. 6.

[43] Carta a Fray Antonio, 2: *FF* 251.

na no se debe desconectar de la misericordia hacia el prójimo: "La mayor sabiduría que puede existir consiste en difundir fructuosamente lo que uno tiene para dar, lo que se le ha dado precisamente para que lo dispense. [...] Por eso, así como la misericordia es amiga de la sabiduría, la avaricia es su enemiga"[44]. "Hay una actividad que al unirse a la contemplación no la impide, sino que la facilita, como las obras de misericordia y piedad"[45].

El pelagianismo actual

47. El gnosticismo dio lugar a otra vieja herejía, que también está presente hoy. Con el paso del tiempo, muchos comenzaron a reconocer que no es el conocimiento lo que nos hace mejores o santos, sino la vida que llevamos. El problema es que esto se degeneró sutilmente, de manera que el mismo error de los gnósticos simplemente se transformó, pero no fue superado.

48. Porque el poder que los gnósticos atribuían a la inteligencia, algunos comenzaron a atribuírselo a la voluntad humana, al esfuerzo personal. Así surgieron los pelagianos y los semipelagianos. Ya no era la inteligencia lo que ocupaba el lugar del misterio y de la gracia, sino la voluntad. Se olvidaba que "todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios" (Rm 9,16) y que "él nos amó primero" (1 Jn 4,19).

Una voluntad sin humildad

49. Los que responden a esta mentalidad pelagiana o semipelagiana, aunque hablen de la gracia de Dios con discursos edulcorados "en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico"[46]. Cuando algunos de ellos se dirigen a los débiles diciéndoles que todo se puede con la gracia de Dios, en el fondo suelen transmitir la idea de que todo se puede con la voluntad humana, como si ella fuera algo puro, perfecto, omnipotente, a lo que se añade la

[44] *Los siete dones del Espíritu Santo*, 9, 15.

[45] *Id.*, *In IV Sent.*, 37, 1, 3, ad 6.

[46] *Exhort. ap. Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 94: AAS 105 (2013), 1059.

gracia. Se pretende ignorar que "no todos pueden todo"[47], y que en esta vida las fragilidades humanas no son sanadas completa y definitivamente por la gracia[48]. En cualquier caso, como enseñaba san Agustín, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas[49]; o bien a decirle al Señor humildemente: "*Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras*"[50].

50. En el fondo, la falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento[51]. La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe. Pretenderlo sería confiar demasiado en nosotros mismos. En este caso, detrás de la ortodoxia, nuestras actitudes pueden no corresponder a lo que afirmamos sobre la necesidad de la gracia, y en los hechos terminamos confiando poco en ella. Porque si no advertimos nuestra realidad concreta y limitada, tampoco podremos ver los pasos reales y posibles que el Señor nos pide en cada momento, después de habernos capacitado y cautivado con su don. La gracia actúa históricamente y, de ordinario, nos toma y transforma de una forma progresiva[52]. Por ello, si rechazamos esta manera histórica y progresiva, de hecho podemos llegar a negarla y bloquearla, aunque la exaltemos con nuestras palabras.

51. Cuando Dios se dirige a Abraham le dice: "Yo soy Dios todopoderoso, camina en mi presencia y sé perfecto" (*Gn* 17,1). Para poder ser perfectos, como a él le agrada, necesitamos vivir humildemente en su presencia, envueltos en su gloria; nos hace falta caminar en unión con él reconociendo su amor constante en nuestras vidas. Hay que perderle el miedo a esa presencia que solamente puede

[47] Cf. S. Buenaventura, *Las seis alas del Serafín* 3, 8: "Non omnes omnia possunt". Cabe entenderlo en la línea del *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1735.

[48] Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q.109, a.9, ad 1: "La gracia entraña cierta imperfección, en cuanto no sana perfectamente al hombre".

[49] Cf. *La naturaleza y la gracia*, XLIII, 50: *PL* 44, 271.

[50] *Confesiones* X, 29, 40: *PL* 32, 796.

[51] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 44: *AAS* 105 (2013), 1038.

[52] La fe cristiana entiende la gracia como preveniente, concomitante y subsecuente a nuestras acciones (cf. Conc. Ecum. de Trento, Ses. VI, Decr. *de iustificatione*, sobre la justificación, cap. 5: *DH*, 1525).

hacernos bien. Es el Padre que nos dio la vida y nos ama tanto. Una vez que lo aceptamos y dejamos de pensar nuestra existencia sin él, desaparece la angustia de la soledad (cf. *Sal* 139,7). Y si ya no ponemos distancias frente a Dios y vivimos en su presencia, podremos permitirle que examine nuestro corazón para ver si va por el camino correcto (cf. *Sal* 139,23-24). Así conoceremos la voluntad agradable y perfecta del Señor (cf. *Rm* 12,1-2) y dejaremos que él nos moldee como un alfarero (cf. *Is* 29,16). Hemos dicho tantas veces que Dios habita en nosotros, pero es mejor decir que nosotros habitamos en él, que él nos permite vivir en su luz y en su amor. Él es nuestro templo: lo que busco es habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida (cf. *Sal* 27,4). "Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa" (*Sal* 84,11). En él somos santificados.

Una enseñanza de la Iglesia muchas veces olvidada

52. La Iglesia enseñó reiteradas veces que no somos justificados por nuestras obras o por nuestros esfuerzos, sino por la gracia del Señor que toma la iniciativa. Los Padres de la Iglesia, aun antes de san Agustín, expresaban con claridad esta convicción primaria. San Juan Crisóstomo decía que Dios derrama en nosotros la fuente misma de todos los dones antes de que nosotros hayamos entrado en el combate[53]. San Basilio Magno remarcaba que el fiel se gloría solo en Dios, porque "reconoce estar privado de la verdadera justicia y que es justificado únicamente mediante la fe en Cristo"[54].

53. El II Sínodo de Orange enseñó con firme autoridad que nada humano puede exigir, merecer o comprar el don de la gracia divina, y que todo lo que pueda cooperar con ella es previamente don de la misma gracia: "Aun el querer ser limpios se hace en nosotros por infusión y operación sobre nosotros del Espíritu Santo"[55]. Posteriormente, aun cuando el Concilio de Trento destacó la importancia de nuestra cooperación para el crecimiento espiritual, reafirmó aquella enseñanza dogmática: "Se dice que somos justificados gratuitamente, porque nada de lo que precede a la justificación, sea la fe, sean las obras, merece la gracia misma de la justificación;

[53] Cf. *Homilías sobre la carta a los Romanos*, IX, 11: PG 60, 470.

[54] *Homilía sobre la humildad*: PG 31, 530.

[55] Canon 4, DH 374.

"porque si es gracia, ya no es por las obras; de otro modo la gracia ya no sería gracia" (*Rm* 11,6)"[56].

54. El Catecismo de la Iglesia Católica también nos recuerda que el don de la gracia "sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana"[57], y que "frente a Dios no hay, en el sentido de un derecho estricto, mérito alguno de parte del hombre. Entre él y nosotros la desigualdad no tiene medida"[58]. Su amistad nos supera infinitamente, no puede ser comprada por nosotros con nuestras obras y solo puede ser un regalo de su iniciativa de amor. Esto nos invita a vivir con una gozosa gratitud por ese regalo que nunca mereceremos, puesto que "después que uno ya posee la gracia, no puede la gracia ya recibida caer bajo mérito"[59]. Los santos evitan depositar la confianza en sus acciones: "En el atardecer de esta vida me presentaré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos"[60].

55. Esta es una de las grandes convicciones definitivamente adquiridas por la Iglesia, y está tan claramente expresada en la Palabra de Dios que queda fuera de toda discusión. Así como el supremo mandamiento del amor, esta verdad debería marcar nuestro estilo de vida, porque bebe del corazón del Evangelio y nos convoca no solo a aceptarla con la mente, sino a convertirla en un gozo contagioso. Pero no podremos celebrar con gratitud el regalo gratuito de la amistad con el Señor si no reconocemos que aun nuestra existencia terrena y nuestras capacidades naturales son un regalo. Necesitamos "consentir jubilosamente que nuestra realidad sea dádiva, y aceptar aun nuestra libertad como gracia. Esto es lo difícil hoy en un mundo que cree tener algo por sí mismo, fruto de su propia originalidad o de su libertad"[61].

56. Solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos trans-

[56] Ses. VI, Decr. *de iustificatione*, sobre la justificación, cap. 8: DH 1532.

[57] N. 1998.

[58] *Ibíd.*, 2007.

[59] Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q.114, a.5.

[60] Sta. Teresa de Lisieux, "Acto de ofrenda al Amor misericordioso" (*Oraciones*, 6).

[61] Lucio Gera, "Sobre el misterio del pobre", en P. Grelot-L. Gera-A. Dumas, *El Pobre*, Buenos Aires 1962, 103.

formar más y más[62]. Lo primero es pertenecer a Dios. Se trata de ofrecernos a él que nos primerea, de entregarle nuestras capacidades, nuestro empeño, nuestra lucha contra el mal y nuestra creatividad, para que su don gratuito crezca y se desarrolle en nosotros: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Rm 12,1). Por otra parte, la Iglesia siempre enseñó que solo la caridad hace posible el crecimiento en la vida de la gracia, porque si no tengo caridad, no soy nada (cf. 1 Co 13,2).

Los nuevos pelagianos

57. Todavía hay cristianos que se empeñan en seguir otro camino: el de la justificación por las propias fuerzas, el de la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada del verdadero amor. Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. En esto algunos cristianos gastan sus energías y su tiempo, en lugar de dejarse llevar por el Espíritu en el camino del amor, de apasionarse por comunicar la hermosura y la alegría del Evangelio y de buscar a los perdidos en esas inmensas multitudes sedientas de Cristo[63].

58. Muchas veces, en contra del impulso del Espíritu, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. Esto ocurre cuando algunos grupos cristianos dan excesiva importancia al cumplimiento de determinadas normas propias, costumbres o estilos. De esa manera, se suele reducir y encorsetar el Evangelio, quitándole su sencillez cautivante y su sal. Es quizás una forma sutil de pelagianismo, porque parece someter la vida de la gracia a unas estructuras

[62] Esta es, en definitiva, la doctrina católica acerca del "mérito" posterior a la justificación: se trata de la cooperación del justificado para el crecimiento de la vida de la gracia (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 2010). Pero esta cooperación de ninguna manera hace que la justificación misma y la amistad con Dios se vuelvan objeto de un mérito humano.

[63] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 95: AAS 105 (2013), 1060.

humanas. Esto afecta a grupos, movimientos y comunidades, y es lo que explica por qué tantas veces comienzan con una intensa vida en el Espíritu, pero luego terminan fosilizados... o corruptos.

59. Sin darnos cuenta, por pensar que todo depende del esfuerzo humano encauzado por normas y estructuras eclesiales, complicamos el Evangelio y nos volvemos esclavos de un esquema que deja pocos resquicios para que la gracia actúe. Santo Tomás de Aquino nos recordaba que los preceptos añadidos al Evangelio por la Iglesia deben exigirse con moderación "para no hacer pesada la vida a los fieles", porque así "se convertiría nuestra religión en una esclavitud"[64].

El resumen de la Ley

60. En orden a evitarlo, es sano recordar frecuentemente que existe una jerarquía de virtudes, que nos invita a buscar lo esencial. El primado lo tienen las virtudes teologales, que tienen a Dios como objeto y motivo. Y en el centro está la caridad. San Pablo dice que lo que cuenta de verdad es "la fe que actúa por el amor" (*Ga* 5,6). Estamos llamados a cuidar atentamente la caridad: "El que ama ha cumplido el resto de la ley [...] por eso la plenitud de la ley es el amor" (*Rm* 13,8.10). "Porque toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (*Ga* 5,14).

61. Dicho con otras palabras: en medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. En efecto, el Señor, al final de los tiempos, plasmará su obra de arte con el desecho de esta humanidad vulnerable. Pues, "¿qué es lo que queda?, ¿qué es lo que tiene valor en la vida?, ¿qué riquezas son las que no desaparecen? Sin duda, dos: El Señor y el prójimo. Estas dos riquezas no desaparecen"[65].

[64] *Summa Theologiae* I-II, q.107, a.4.

[65] Homilía durante el Jubileo de las personas socialmente excluidas (13 noviembre 2016): *L'Osservatore Romano* (14-15 noviembre 2016), p. 8.

62. ¡Que el Señor libere a la Iglesia de las nuevas formas de gnosticismo y de pelagianismo que la complican y la detienen en su camino hacia la santidad! Estas desviaciones se expresan de diversas formas, según el propio temperamento y las propias características. Por eso exhorto a cada uno a preguntarse y a discernir frente a Dios de qué manera pueden estar manifestándose en su vida.

CAPÍTULO TERCERO A LA LUZ DEL MAESTRO

63. Puede haber muchas teorías sobre lo que es la santidad, abundantes explicaciones y distinciones. Esa reflexión podría ser útil, pero nada es más iluminador que volver a las palabras de Jesús y recoger su modo de transmitir la verdad. Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. *Mt* 5,3-12; *Lc* 6,20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: "¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?", la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas[66]. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas.

64. La palabra "feliz" o "bienaventurado", pasa a ser sinónimo de "santo", porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha.

A contracorriente

65. Aunque las palabras de Jesús puedan parecernos poéticas, sin embargo van muy a contracorriente con respecto a lo que es costumbre, a lo que se hace en la sociedad; y, si bien este mensaje de Jesús nos atrae, en realidad el mundo nos

[66] Cf. Homilía en la Misa de la Casa Santa Marta (9 junio 2014): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (13 junio 2014), p. 11.

lleva hacia otro estilo de vida. Las bienaventuranzas de ninguna manera son algo liviano o superficial; al contrario, ya que solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo.

66. Volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámosle que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras. Recordamos ahora las distintas bienaventuranzas en la versión del evangelio de Mateo (cf. Mt 5,3-12)[67].

"Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"

67. El Evangelio nos invita a reconocer la verdad de nuestro corazón, para ver dónde colocamos la seguridad de nuestra vida. Normalmente el rico se siente seguro con sus riquezas, y cree que cuando están en riesgo, todo el sentido de su vida en la tierra se desmorona. Jesús mismo nos lo dijo en la parábola del rico insensato, de ese hombre seguro que, como necio, no pensaba que podría morir ese mismo día (cf. Lc 12,16-21).

68. Las riquezas no te aseguran nada. Es más: cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo que no tiene espacio para la Palabra de Dios, para amar a los hermanos ni para gozar de las cosas más grandes de la vida. Así se priva de los mayores bienes. Por eso Jesús llama felices a los pobres de espíritu, que tienen el corazón pobre, donde puede entrar el Señor con su constante novedad.

69. Esta pobreza de espíritu está muy relacionada con aquella "santa indiferencia" que proponía san Ignacio de Loyola, en la cual alcanzamos una hermosa libertad interior: "Es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohi-

[67] El orden entre la segunda y la tercera bienaventuranza cambia según las diversas tradiciones textuales.

bido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás"[68].

70. Lucas no habla de una pobreza "de espíritu" sino de ser "pobres" a secas (cf. *Lc* 6,20), y así nos invita también a una existencia austera y despojada. De ese modo, nos convoca a compartir la vida de los más necesitados, la vida que llevaron los Apóstoles, y en definitiva a configurarnos con Jesús, que "siendo rico se hizo pobre" (2 *Co* 8,9).

Ser pobre en el corazón, esto es santidad.

"Felices los mansos, porque heredarán la tierra"

71. Es una expresión fuerte, en este mundo que desde el inicio es un lugar de enemistad, donde se riñe por doquier, donde por todos lados hay odio, donde constantemente clasificamos a los demás por sus ideas, por sus costumbres, y hasta por su forma de hablar o de vestir. En definitiva, es el reino del orgullo y de la vanidad, donde cada uno se cree con el derecho de alzarse por encima de los otros. Sin embargo, aunque parezca imposible, Jesús propone otro estilo: la mansedumbre. Es lo que él practicaba con sus propios discípulos y lo que contemplamos en su entrada a Jerusalén: "Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica" (*Mt* 21,5; cf. *Za* 9,9).

72. Él dijo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas" (*Mt* 11,29). Si vivimos tensos, engreídos ante los demás, terminamos cansados y agotados. Pero cuando miramos sus límites y defectos con ternura y mansedumbre, sin sentirnos más que ellos, podemos darles una mano y evitamos desgastar energías en lamentos inútiles. Para santa Teresa de Lisieux "la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades"[69].

[68] *Ejercicios espirituales*, 23.

[69] *Manuscrito C*, 12r.

73. Pablo menciona la mansedumbre como un fruto del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5,23). Propone que, si alguna vez nos preocupan las malas acciones del hermano, nos acerquemos a corregirle, pero "con espíritu de mansedumbre" (*Ga* 6,1), y recuerda: "Piensa que también tú puedes ser tentado" (*ibíd.*). Aun cuando uno defiende su fe y sus convicciones debe hacerlo con mansedumbre (cf. *1 P* 3,16), y hasta los adversarios deben ser tratados con mansedumbre (cf. *2 Tm* 2,25). En la Iglesia muchas veces nos hemos equivocado por no haber acogido este pedido de la Palabra divina.

74. La mansedumbre es otra expresión de la pobreza interior, de quien deposita su confianza solo en Dios. De hecho, en la Biblia suele usarse la misma palabra *anawin* para referirse a los pobres y a los mansos. Alguien podría objetar: "Si yo soy tan manso, pensarán que soy un necio, que soy tonto o débil". Tal vez sea así, pero dejemos que los demás piensen esto. Es mejor ser siempre mansos, y se cumplirán nuestros mayores anhelos: los mansos "poseerán la tierra", es decir, verán cumplidas en sus vidas las promesas de Dios. Porque los mansos, más allá de lo que digan las circunstancias, esperan en el Señor, y los que esperan en el Señor poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz (cf. *Sal* 37,9.11). Al mismo tiempo, el Señor confía en ellos: "En ese pondré mis ojos, en el humilde y el abatido, que se estremece ante mis palabras" (*Is* 66,2).

Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad.

"Felices los que lloran, porque ellos serán consolados"

75. El mundo nos propone lo contrario: el entretenimiento, el disfrute, la distracción, la diversión, y nos dice que eso es lo que hace buena la vida. El mundano ignora, mira hacia otra parte cuando hay problemas de enfermedad o de dolor en la familia o a su alrededor. El mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas, esconderlas. Se gastan muchas energías por escapar de las circunstancias donde se hace presente el sufrimiento, creyendo que es posible disimular la realidad, donde nunca, nunca, puede faltar la cruz.

76. La persona que ve las cosas como son realmente, se deja traspasar por el dolor y llora en su corazón, es capaz de tocar las profundidades de la vida y de

ser auténticamente feliz[70]. Esa persona es consolada, pero con el consuelo de Jesús y no con el del mundo. Así puede atreverse a compartir el sufrimiento ajeno y deja de huir de las situaciones dolorosas. De ese modo encuentra que la vida tiene sentido socorriendo al otro en su dolor, comprendiendo la angustia ajena, aliviando a los demás. Esa persona siente que el otro es carne de su carne, no teme acercarse hasta tocar su herida, se compadece hasta experimentar que las distancias se borran. Así es posible acoger aquella exhortación de san Pablo: "Llorad con los que lloran" (*Rm 12,15*).

Saber llorar con los demás, esto es santidad.

"Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados"

77. "Hambre y sed" son experiencias muy intensas, porque responden a necesidades primarias y tienen que ver con el instinto de sobrevivir. Hay quienes con esa intensidad desean la justicia y la buscan con un anhelo tan fuerte. Jesús dice que serán saciados, ya que tarde o temprano la justicia llega, y nosotros podemos colaborar para que sea posible, aunque no siempre veamos los resultados de este empeño.

78. Pero la justicia que propone Jesús no es como la que busca el mundo, tantas veces manchada por intereses mezquinos, manipulada para un lado o para otro. La realidad nos muestra qué fácil es entrar en las pandillas de la corrupción, formar parte de esa política cotidiana del "doy para que me den", donde todo es negocio. Y cuánta gente sufre por las injusticias, cuántos se quedan observando impotentes cómo los demás se turnan para repartirse la torta de la vida. Algunos desisten de luchar por la verdadera justicia, y optan por subirse al carro del vencedor. Eso no tiene nada que ver con el hambre y la sed de justicia que Jesús elogia.

[70] Desde los tiempos patrísticos, la Iglesia valora el don de lágrimas, como se puede ver también en la hermosa oración *Ad petendam compunctionem cordis*: "Oh Dios omnipotente y mansísimo, que para el pueblo sediento hiciste surgir de la roca una fuente de agua viva, haz brotar de la dureza de nuestros corazones lágrimas de compunción, para que llorando nuestros pecados, obtengamos por tu misericordia el perdón" (*Missale Romanum*, ed. typ. 1962, p. [110]).

79. Tal justicia empieza por hacerse realidad en la vida de cada uno siendo justo en las propias decisiones, y luego se expresa buscando la justicia para los pobres y débiles. Es cierto que la palabra "justicia" puede ser sinónimo de fidelidad a la voluntad de Dios con toda nuestra vida, pero si le damos un sentido muy general olvidamos que se manifiesta especialmente en la justicia con los desamparados: "Buscad la justicia, socorred al oprimido, protegéd el derecho del huérfano, defended a la viuda" (Is 1,17).

Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad.

"Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia"

80. La misericordia tiene dos aspectos: es dar, ayudar, servir a los otros, y también perdonar, comprender. Mateo lo resume en una regla de oro: "Todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella" (7,12). El Catecismo nos recuerda que esta ley se debe aplicar "en todos los casos"[71], de manera especial cuando alguien "se ve a veces enfrentado con situaciones que hacen el juicio moral menos seguro, y la decisión difícil"[72].

81. Dar y perdonar es intentar reproducir en nuestras vidas un pequeño reflejo de la perfección de Dios, que da y perdona sobreabundantemente. Por tal razón, en el evangelio de Lucas ya no escuchamos el "sed perfectos" (Mt 5,48) sino "sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará" (6,36-38). Y luego Lucas agrega algo que no deberíamos ignorar: "Con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros" (6,38). La medida que usemos para comprender y perdonar se aplicará a nosotros para perdonarnos. La medida que apliquemos para dar, se nos aplicará en el cielo para recompensarnos. No nos conviene olvidarlo.

82. Jesús no dice: "Felices los que planean venganza", sino que llama felices a aquellos que perdonan y lo hacen "setenta veces siete" (Mt 18,22). Es necesario pensar que todos nosotros somos un ejército de perdonados. Todos nosotros he-

[71] Catecismo de la Iglesia Católica, 1789; cf. 1970.

[72] *Ibíd.*, 1787.

mos sido mirados con compasión divina. Si nos acercamos sinceramente al Señor y afinamos el oído, posiblemente escucharemos algunas veces este reproche: "¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?" (Mt 18,33).

Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad.

"Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios"

83. Esta bienaventuranza se refiere a quienes tienen un corazón sencillo, puro, sin suciedad, porque un corazón que sabe amar no deja entrar en su vida algo que atente contra ese amor, algo que lo debilite o lo ponga en riesgo. En la Biblia, el corazón son nuestras intenciones verdaderas, lo que realmente buscamos y deseamos, más allá de lo que aparentamos: "El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón" (1 S 16,7). Él busca hablarnos en el corazón (cf. Os 2,16) y allí desea escribir su Ley (cf. Jr 31,33). En definitiva, quiere darnos un corazón nuevo (cf. Ez 36,26).

84. Lo que más hay que cuidar es el corazón (cf. Pr 4,23). Nada manchado por la falsedad tiene un valor real para el Señor. Él "huye de la falsedad, se aleja de los pensamientos vacíos" (Sb 1,5). El Padre, que "ve en lo secreto" (Mt 6,6), reconoce lo que no es limpio, es decir, lo que no es sincero, sino solo cáscara y apariencia, así como el Hijo sabe también "lo que hay dentro de cada hombre" (Jn 2,25).

85. Es cierto que no hay amor sin obras de amor, pero esta bienaventuranza nos recuerda que el Señor espera una entrega al hermano que brote del corazón, ya que "si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría" (1 Co 13,3). En el evangelio de Mateo vemos también que lo que viene de dentro del corazón es lo que contamina al hombre (cf. 15,18), porque de allí proceden los asesinatos, el robo, los falsos testimonios, y demás cosas (cf. 15,19). En las intenciones del corazón se originan los deseos y las decisiones más profundas que realmente nos mueven.

86. Cuando el corazón ama a Dios y al prójimo (cf. Mt 22,36-40), cuando esa es su intención verdadera y no palabras vacías, entonces ese corazón es puro y puede ver a Dios. San Pablo, en medio de su himno a la caridad, recuerda que

"ahora vemos como en un espejo, confusamente" (1 Co 13,12), pero en la medida que reine de verdad el amor, nos volveremos capaces de ver "cara a cara" (*ibíd.*). Jesús promete que los de corazón puro "verán a Dios".

Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad.

"Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios"

87. Esta bienaventuranza nos hace pensar en las numerosas situaciones de guerra que se repiten. Para nosotros es muy común ser agentes de enfrentamientos o al menos de malentendidos. Por ejemplo, cuando escucho algo de alguien y voy a otro y se lo digo; e incluso hago una segunda versión un poco más amplia y la difundo. Y si logro hacer más daño, parece que me provoca mayor satisfacción. El mundo de las habladurías, hecho por gente que se dedica a criticar y a destruir, no construye la paz. Esa gente más bien es enemiga de la paz y de ningún modo bienaventurada[73].

88. Los pacíficos son fuente de paz, construyen paz y amistad social. A esos que se ocupan de sembrar paz en todas partes, Jesús les hace una promesa hermosa: "Ellos serán llamados hijos de Dios" (Mt 5,9). Él pedía a los discípulos que cuando llegaran a un hogar dijeran: "Paz a esta casa" (Lc 10,5). La Palabra de Dios exhorta a cada creyente para que busque la paz junto con todos (cf. 2 Tm 2,22), porque "el fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan por la paz" (St 3,18). Y si en alguna ocasión en nuestra comunidad tenemos dudas acerca de lo que hay que hacer, "procuremos lo que favorece la paz" (Rm 14,19) porque la unidad es superior al conflicto[74].

[73] La difamación y la calumnia son como un acto terrorista: se arroja la bomba, se destruye, y el atacante se queda feliz y tranquilo. Esto es muy diferente de la nobleza de quien se acerca a conversar cara a cara, con serena sinceridad, pensando en el bien del otro.

[74] En algunas ocasiones puede ser necesario conversar acerca de las dificultades de algún hermano. En estos casos puede ocurrir que se transmita un relato en lugar de un hecho objetivo. La pasión deforma la realidad concreta del hecho, lo transforma en relato y termina transmitiendo ese relato cargado de subjetividad. Así se destruye la realidad y no se respeta la verdad del otro.

89. No es fácil construir esta paz evangélica que no excluye a nadie sino que integra también a los que son algo extraños, a las personas difíciles y complicadas, a los que reclaman atención, a los que son diferentes, a quienes están muy golpeados por la vida, a los que tienen otros intereses. Es duro y requiere una gran amplitud de mente y de corazón, ya que no se trata de "un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz"[75], ni de un proyecto "de unos pocos para unos pocos"[76]. Tampoco pretende ignorar o disimular los conflictos, sino "aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso"[77]. Se trata de ser artesanos de la paz, porque construir la paz es un arte que requiere serenidad, creatividad, sensibilidad y destreza.

Sembrar paz a nuestro alrededor, esto es santidad.

"Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos"

90. Jesús mismo remarca que este camino va a contracorriente hasta el punto de convertirnos en seres que cuestionan a la sociedad con su vida, personas que molestan. Jesús recuerda cuánta gente es perseguida y ha sido perseguida sencillamente por haber luchado por la justicia, por haber vivido sus compromisos con Dios y con los demás. Si no queremos sumergirnos en una oscura mediocridad no pretendamos una vida cómoda, porque "quien quiera salvar su vida la perderá" (Mt 16,25).

91. No se puede esperar, para vivir el Evangelio, que todo a nuestro alrededor sea favorable, porque muchas veces las ambiciones del poder y los intereses mundanos juegan en contra nuestra. San Juan Pablo II decía que "está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y consumo, hace más difícil la realización de esta donación [de sí] y la formación de esa solidaridad interhumana"[78]. En una sociedad así, alienada, atrapada en una trama política, mediática, económica, cultural e incluso religiosa que impide un auténtico de-

[75] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 218: AAS 105 (2013), 1110.

[76] *Ibíd.*, 239: 1116.

[77] *Ibíd.*, 227: 1112.

[78] Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 41c: AAS 83 (1991), 844-845.

sarrollo humano y social, se vuelve difícil vivir las bienaventuranzas, llegando incluso a ser algo mal visto, sospechado, ridiculizado.

92. La cruz, sobre todo los cansancios y los dolores que soportamos por vivir el mandamiento del amor y el camino de la justicia, es fuente de maduración y de santificación. Recordemos que cuando el Nuevo Testamento habla de los sufrimientos que hay que soportar por el Evangelio, se refiere precisamente a las persecuciones (cf. *Hch* 5,41; *Flp* 1,29; *Col* 1,24; *2 Tm* 1,12; *1 P* 2,20; 4,14-16; *Ap* 2,10).

93. Pero hablamos de las persecuciones inevitables, no de las que podamos ocasionarnos nosotros mismos con un modo equivocado de tratar a los demás. Un santo no es alguien raro, lejano, que se vuelve insoportable por su vanidad, su negatividad y sus resentimientos. No eran así los Apóstoles de Cristo. El libro de los Hechos cuenta insistentemente que ellos gozaban de la simpatía "de todo el pueblo" (2,47; cf. 4,21.33; 5,13) mientras algunas autoridades los acosaban y perseguían (cf. 4,1-3; 5,17-18).

94. Las persecuciones no son una realidad del pasado, porque hoy también las sufrimos, sea de manera cruenta, como tantos mártires contemporáneos, o de un modo más sutil, a través de calumnias y falsedades. Jesús dice que habrá felicidad cuando "os calumnién de cualquier modo por mi causa" (*Mt* 5,11). Otras veces se trata de burlas que intentan desfigurar nuestra fe y hacernos pasar como seres ridículos.

Aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas, esto es santidad.

El gran protocolo

95. En el capítulo 25 del evangelio de *Mateo* (vv. 31-46), Jesús vuelve a detenerse en una de estas bienaventuranzas, la que declara felices a los misericordiosos. Si buscamos esa santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallamos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados: "Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme" (25,35-36).

Por fidelidad al Maestro

96. Por lo tanto, ser santos no significa blanquear los ojos en un supuesto éxtasis. Decía san Juan Pablo II que "si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse"[79]. El texto de Mateo 25,35-36 "no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo"[80]. En este llamado a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse.

97. Ante la contundencia de estos pedidos de Jesús es mi deber rogar a los cristianos que los acepten y reciban con sincera apertura, "*sine glossa*", es decir, sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza. El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas, porque la misericordia es "el corazón palpitante del Evangelio"[81].

98. Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un aguijón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una creatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?[82]

99. Esto implica para los cristianos una sana y permanente insatisfacción. Aunque aliviar a una sola persona ya justificaría todos nuestros esfuerzos, eso no nos basta. Los Obispos de Canadá lo expresaron claramente mostrando que, en las enseñanzas

[79] Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 49: AAS 93 (2001), 302.

[80] *Ibíd.*

[81] Bula *Misericordiae Vultus* (11 abril 2015), 12: AAS 107 (2015), 407.

[82] Recordemos la reacción del buen samaritano ante el hombre que unos bandidos dejaron medio muerto al borde del camino (cf. *Lc* 10,30-37).

bíblicas sobre el Jubileo, por ejemplo, no se trata solo de realizar algunas buenas obras sino de buscar un cambio social: "Para que las generaciones posteriores también fueran liberadas, claramente el objetivo debía ser la restauración de sistemas sociales y económicos justos para que ya no pudiera haber exclusión"[83].

Las ideologías que mutilan el corazón del Evangelio

100. Lamento que a veces las ideologías nos lleven a dos errores nocivos. Por una parte, el de los cristianos que separan estas exigencias del Evangelio de su relación personal con el Señor, de la unión interior con él, de la gracia. Así se convierte al cristianismo en una especie de ONG, quitándole esa mística luminosa que tan bien vivieron y manifestaron san Francisco de Asís, san Vicente de Paúl, santa Teresa de Calcuta y otros muchos. A estos grandes santos ni la oración, ni el amor de Dios, ni la lectura del Evangelio les disminuyeron la pasión o la eficacia de su entrega al prójimo, sino todo lo contrario.

101. También es nocivo e ideológico el error de quienes viven sospechando del compromiso social de los demás, considerándolo algo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista. O lo relativizan como si hubiera otras cosas más importantes o como si solo interesara una determinada ética o una razón que ellos defienden. La defensa del inocente que no ha nacido, por ejemplo, debe ser clara, firme y apasionada, porque allí está en juego la dignidad de la vida humana, siempre sagrada, y lo exige el amor a cada persona más allá de su desarrollo. Pero igualmente sagrada es la vida de los pobres que ya han nacido, que se debaten en la miseria, el abandono, la postergación, la trata de personas, la eutanasia encubierta en los enfermos y ancianos privados de atención, las nuevas formas de esclavitud, y en toda forma de descarte[84]. No podemos plantearnos un ideal de santidad que ignore la injusticia de este mundo, donde unos festejan, gastan alegremen-

[83] Conferencia Canadiense de Obispos Católicos. Comisión de Asuntos Sociales, Carta abierta a los miembros del Parlamento, *The Common Good or Exclusion: A Choice for Canadians* (1 febrero 2001), 9.

[84] Cf. La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, según el magisterio constante de la Iglesia, ha enseñado que el ser humano "es siempre sagrado, desde su concepción, en todas las etapas de su existencia, hasta su muerte natural y después de la muerte", y que su vida debe ser cuidada "desde la concepción, en todas sus etapas, y hasta la muerte natural" (*Documento de Aparecida*, 29 junio 2007, 388,464).

te y reducen su vida a las novedades del consumo, al mismo tiempo que otros solo miran desde afuera mientras su vida pasa y se acaba miserablemente.

102. Suele escucharse que, frente al relativismo y a los límites del mundo actual, sería un asunto menor la situación de los migrantes, por ejemplo. Algunos católicos afirman que es un tema secundario al lado de los temas "serios" de la bioética. Que diga algo así un político preocupado por sus éxitos se puede comprender; pero no un cristiano, a quien solo le cabe la actitud de ponerse en los zapatos de ese hermano que arriesga su vida para dar un futuro a sus hijos. ¿Podemos reconocer que es precisamente eso lo que nos reclama Jesucristo cuando nos dice que a él mismo lo recibimos en cada forastero (cf. *Mt* 25,35)? San Benito lo había asumido sin vueltas y, aunque eso pudiera "complicar" la vida de los monjes, estableció que a todos los huéspedes que se presentaran en el monasterio se los acogiera "como a Cristo"[85], expresándolo aun con gestos de adoración[86], y que a los pobres y peregrinos se los tratara "con el máximo cuidado y solicitud"[87].

103. Algo semejante plantea el Antiguo Testamento cuando dice: "No maltratarás ni oprimirás al emigrante, pues emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto" (*Ex* 22,20). "Si un emigrante reside con vosotros en vuestro país, no lo oprimiréis. El emigrante que reside entre vosotros será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuisteis en Egipto" (*Lv* 19,33-34). Por lo tanto, no se trata de un invento de un Papa o de un delirio pasajero. Nosotros también, en el contexto actual, estamos llamados a vivir el camino de iluminación espiritual que nos presentaba el profeta Isaías cuando se preguntaba qué es lo que agrada a Dios: "Partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora" (58,7-8).

El culto que más le agrada

104. Podríamos pensar que damos gloria a Dios solo con el culto y la oración, o únicamente cumpliendo algunas normas éticas ?es verdad que el primado es

[85] *Regla*, 53, 1: *PL* 66, 749.

[86] Cf. *Ibíd.*, 53, 7: *PL* 66, 750.

[87] *Ibíd.*, 53, 15: *PL* 66, 751.

la relación con Dios?, y olvidamos que el criterio para evaluar nuestra vida es ante todo lo que hicimos con los demás. La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos.

105. Por la misma razón, el mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia. Porque "la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos"[88]. Ella "es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia"[89]. Quiero remarcar una vez más que, si bien la misericordia no excluye la justicia y la verdad, "ante todo tenemos que decir que la misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios"[90]. Ella "es la llave del cielo"[91].

106. No puedo dejar de recordar aquella pregunta que se hacía santo Tomás de Aquino cuando se planteaba cuáles son nuestras acciones más grandes, cuáles son las obras externas que mejor manifiestan nuestro amor a Dios. Él respondió sin dudar que son las obras de misericordia con el prójimo[92], más que los actos de culto: "No adoramos a Dios con sacrificios y dones exteriores por él mismo, sino por nosotros y por el prójimo. Él no necesita nuestros sacrificios, pero quiere que se los ofrezcamos por nuestra devoción y para la utilidad del prójimo. Por eso, la misericordia, que socorre los defectos ajenos, es el sacrificio que más le agrada, ya que causa más de cerca la utilidad del prójimo"[93].

[88] Bula *Misericordiae Vultus* (11 abril 2015), 9: AAS 107 (2015), 405.

[89] *Ibíd.*, 10: AAS 107 (2015), 406.

[90] Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia* (19 marzo 2016), 311: AAS 108 (2016), 439.

[91] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 197: AAS 105 (2013), 1103.

[92] Cf. *Summa Theologiae* II-II, q.30, a.4.

[93] *Ibíd.*, ad 1.

107. Quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia. Es lo que había comprendido muy bien santa Teresa de Calcuta: "Sí, tengo muchas debilidades humanas, muchas miserias humanas. [...] Pero él baja y nos usa, a usted y a mí, para ser su amor y su compasión en el mundo, a pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestras miserias y defectos. Él depende de nosotros para amar al mundo y demostrarle lo mucho que lo ama. Si nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, no nos quedará tiempo para los demás"[94].

108. El consumismo hedonista puede jugarnos una mala pasada, porque en la obsesión por pasarla bien terminamos excesivamente concentrados en nosotros mismos, en nuestros derechos y en esa desesperación por tener tiempo libre para disfrutar. Será difícil que nos ocupemos y dediquemos energías a dar una mano a los que están mal si no cultivamos una cierta austeridad, si no luchamos contra esa fiebre que nos impone la sociedad de consumo para vendernos cosas, y que termina convirtiéndonos en pobres insatisfechos que quieren tenerlo todo y probarlo todo. También el consumo de información superficial y las formas de comunicación rápida y virtual pueden ser un factor de atontamiento que se lleva todo nuestro tiempo y nos aleja de la carne sufriente de los hermanos. En medio de esta vorágine actual, el Evangelio vuelve a resonar para ofrecernos una vida diferente, más sana y más feliz.

109. La fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque el cristianismo es principalmente para ser practicado, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Recomendando vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos harán bien, nos harán genuinamente felices.

[94] *Cristo en los pobres*, Madrid 1981, 37-38.

CAPÍTULO CUARTO

ALGUNAS NOTAS DE LA SANTIDAD EN EL MUNDO ACTUAL

110. Dentro del gran marco de la santidad que nos proponen las bienaventuranzas y *Mateo* 25,31-46, quisiera recoger algunas notas o expresiones espirituales que, a mi juicio, no deben faltar para entender el estilo de vida al que el Señor nos llama. No me detendré a explicar los medios de santificación que ya conocemos: los distintos métodos de oración, los preciosos sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, la ofrenda de sacrificios, las diversas formas de devoción, la dirección espiritual, y tantos otros. Solo me referiré a algunos aspectos del llamado a la santidad que espero resuenen de modo especial.

111. Estas notas que quiero destacar no son todas las que pueden conformar un modelo de santidad, pero son cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy. En ella se manifiestan: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual.

Aguante, paciencia y mansedumbre

112. La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: "Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?" (*Rm* 8,31). Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo. A partir de tal solidez interior, el testimonio de santidad, en nuestro mundo acelerado, voluble y agresivo, está hecho de paciencia y constancia en el bien. Es la fidelidad del amor, porque quien se apoya en Dios (*pistis*) también puede ser fiel frente a los hermanos (*pistós*), no los abandona en los malos momentos, no se deja llevar por su ansiedad y se mantiene al lado de los demás aun cuando eso no le brinde satisfacciones inmediatas.

113. San Pablo invitaba a los romanos a no devolver "a nadie mal por mal" (*Rm* 12,17), a no querer hacerse justicia "por vuestra cuenta" (v.19), y a no dejarse vencer por el mal, sino a vencer "al mal con el bien" (v.21). Esta actitud no es expresión de debilidad sino de la verdadera fuerza, porque el mismo Dios "es lento para la ira pero grande en poder" (*Na* 1,3). La Palabra de Dios nos reclama: "Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad" (*Ef* 4,31).

114. Hace falta luchar y estar atentos frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que se arraiguen: "Si os indignáis, no lleguéis a pecar; que el sol no se ponga sobre vuestra ira" (*Ef* 4,26). Cuando hay circunstancias que nos abrumen, siempre podemos recurrir al ancla de la súplica, que nos lleva a quedar de nuevo en las manos de Dios y junto a la fuente de la paz: "Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones" (*Flp* 4,6-7).

115. También los cristianos pueden formar parte de redes de violencia verbal a través de internet y de los diversos foros o espacios de intercambio digital. Aun en medios católicos se pueden perder los límites, se suelen naturalizar la difamación y la calumnia, y parece quedar fuera toda ética y respeto por la fama ajena. Así se produce un peligroso dualismo, porque en estas redes se dicen cosas que no serían tolerables en la vida pública, y se busca compensar las propias insatisfacciones descargando con furia los deseos de venganza. Es llamativo que a veces, pretendiendo defender otros mandamientos, se pasa por alto completamente el octavo: "No levantar falso testimonio ni mentir", y se destroza la imagen ajena sin piedad. Allí se manifiesta con descontrol que la lengua "es un mundo de maldad" y "encendida por el mismo infierno, hace arder todo el ciclo de la vida" (*St* 3,6).

116. La firmeza interior que es obra de la gracia, nos preserva de dejarnos arrastrar por la violencia que invade la vida social, porque la gracia aplaca la vanidad y hace posible la mansedumbre del corazón. El santo no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata, porque no se cree digno de ser duro con los demás, sino que los considera como superiores a uno mismo (cf. *Flp* 2,3).

117. No nos hace bien mirar desde arriba, colocarnos en el lugar de jueces sin piedad, considerar a los otros como indignos y pretender dar lecciones permanentemente. Esa es una sutil forma de violencia[95]. San Juan de la Cruz proponía otra cosa: "Sea siempre más amigo de ser enseñado por todos que de querer enseñar aun al que es menos que todos"[96]. Y agregaba un consejo para tener lejos al demonio: "Gozándote del bien de los otros como de ti mismo, y queriendo que los pongan a ellos delante de ti en todas las cosas, y esto con verdadero corazón. De esta manera vencerás el mal con el bien y echarás lejos al demonio y traerás alegría de corazón. Procura ejercitarlo más con los que menos te caen en gracia. Y sabe que si no ejercitas esto, no llegarás a la verdadera caridad ni aprovecharás en ella"[97].

118. La humildad solamente puede arraigarse en el corazón a través de las humillaciones. Sin ellas no hay humildad ni santidad. Si tú no eres capaz de soportar y ofrecer algunas humillaciones no eres humilde y no estás en el camino de la santidad. La santidad que Dios regala a su Iglesia viene a través de la humillación de su Hijo, ése es el camino. La humillación te lleva a asemejarte a Jesús, es parte ineludible de la imitación de Jesucristo: "Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas" (1 P 2,21). Él a su vez expresa la humildad del Padre, que se humilla para caminar con su pueblo, que soporta sus infidelidades y murmuraciones (cf. Ex 34,6-9; Sb 11,23-12,2; Lc 6,36). Por esta razón los Apóstoles, después de la humillación, "salieron del Sanedrín dichosos de haber sido considerados dignos de padecer por el nombre de Jesús" (Hch 5,41).

119. No me refiero solo a las situaciones crudas de martirio, sino a las humillaciones cotidianas de aquellos que callan para salvar a su familia, o evitan hablar bien de sí mismos y prefieren exaltar a otros en lugar de gloriarse, eligen las tareas menos brillantes, e incluso a veces prefieren soportar algo injusto para ofrecerlo al Señor: "En cambio, que aguantéis cuando sufrís por hacer el bien, eso es una gracia de parte de Dios" (1 P 2,20). No es caminar con la cabeza baja, hablar poco o escapar de la sociedad. A veces, precisamente porque está liberado del

[95] Hay muchas formas de *bullying* que, aunque parezcan elegantes o respetuosas e incluso muy espirituales, provocan mucho sufrimiento en la autoestima de los demás.

[96] *Cautelas*, 13b.

[97] *Ibíd.*, 13a.

egocentrismo, alguien puede atreverse a discutir amablemente, a reclamar justicia o a defender a los débiles ante los poderosos, aunque eso le traiga consecuencias negativas para su imagen.

120. No digo que la humillación sea algo agradable, porque eso sería masoquismo, sino que se trata de un camino para imitar a Jesús y crecer en la unión con él. Esto no se entiende naturalmente y el mundo se burla de semejante propuesta. Es una gracia que necesitamos suplicar: "Señor, cuando lleguen las humillaciones, ayúdame a sentir que estoy detrás de ti, en tu camino".

121. Tal actitud supone un corazón pacificado por Cristo, liberado de esa agresividad que brota de un yo demasiado grande. La misma pacificación que obra la gracia nos permite mantener una seguridad interior y aguantar, perseverar en el bien "aunque camine por cañadas oscuras" (*Sal* 23,4) o "si un ejército acampa contra mí" (*Sal* 27,3). Firmes en el Señor, la Roca, podemos cantar: "En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo" (*Sal* 4,9). En definitiva, Cristo "es nuestra paz" (*Ef* 2,14), vino a "guiar nuestros pasos por el camino de la paz" (*Lc* 1,79). Él transmitió a santa Faustina Kowalska que "la humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina"[98]. Entonces no caigamos en la tentación de buscar la seguridad interior en los éxitos, en los placeres vacíos, en las posesiones, en el dominio sobre los demás o en la imagen social: "Os doy mi paz; pero no como la da el mundo" (*Jn* 14,27).

Alegría y sentido del humor

122. Lo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. Ser cristianos es "gozo en el Espíritu Santo" (*Rm* 14,17), porque "al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, pues todo amante se goza en la unión con el amado [...] De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo"[99]. Hemos recibido la hermosura de su Palabra y la abrazamos "en medio

[98] *Diario*, p. 132.

[99] Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q.70, a.3.

de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo" (1Ts 1,6). Si dejamos que el Señor nos saque de nuestro caparazón y nos cambie la vida, entonces podremos hacer realidad lo que pedía san Pablo: "Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos" (Flp 4,4).

123. Los profetas anunciaban el tiempo de Jesús, que nosotros estamos viviendo, como una revelación de la alegría: "Gritad jubilosos" (Is 12,6). "Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén" (Is 40,9). "Romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados" (Is 49,13). "¡Salta de gozo, Sión; alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador" (Za 9,9). Y no olvidemos la exhortación de Nehemías: "¡No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza!" (8,10).

124. María, que supo descubrir la novedad que Jesús traía, cantaba: "Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador" (Lc 1,47) y el mismo Jesús "se llenó de alegría en el Espíritu Santo" (Lc 10,21). Cuando él pasaba, "toda la gente se alegraba" (Lc 13,17). Después de su resurrección, donde llegaban los discípulos había una gran alegría (cf. Hch 8,8). A nosotros, Jesús nos da una seguridad: "Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. [...] Volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría" (Jn 16,20.22). "Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud" (Jn 15,11).

125. Hay momentos duros, tiempos de cruz, pero nada puede destruir la alegría sobrenatural, que "se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo"[100]. Es una seguridad interior, una serenidad esperanzada que brinda una satisfacción espiritual incomprensible para los parámetros mundanos.

126. Ordinariamente la alegría cristiana está acompañada del sentido del humor, tan destacado, por ejemplo, en santo Tomás Moro, en san Vicente de Paúl o en san Felipe Neri. El mal humor no es un signo de santidad: "Aparta de tu cora-

[100] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 6: AAS 105 (2013), 1221.

zón la tristeza" (*Qo* 11,10). Es tanto lo que recibimos del Señor, "para que lo disfrutemos" (*1 Tm* 6,17), que a veces la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar tan encerrado en sí mismo que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios[101].

127. Su amor paterno nos invita: "Hijo, en cuanto te sea posible, cuida de ti mismo [...]. No te prives de pasar un día feliz" (*Si* 14,11.14). Nos quiere positivos, agradecidos y no demasiado complicados: "En tiempo de prosperidad disfruta [...]. Dios hizo a los humanos equilibrados, pero ellos se buscaron preocupaciones sin cuento" (*Qo* 7,14.29). En todo caso, hay que mantener un espíritu flexible, y hacer como san Pablo: "Yo he aprendido a bastarme con lo que tengo" (*Flp* 4,11). Es lo que vivía san Francisco de Asís, capaz de conmoverse de gratitud ante un pedazo de pan duro, o de alabar feliz a Dios solo por la brisa que acariciaba su rostro.

128. No estoy hablando de la alegría consumista e individualista tan presente en algunas experiencias culturales de hoy. Porque el consumismo solo empacha el corazón; puede brindar placeres ocasionales y pasajeros, pero no gozo. Me refiero más bien a esa alegría que se vive en comunión, que se comparte y se reparte, porque "hay más dicha en dar que en recibir" (*Hch* 20,35) y "Dios ama al que da con alegría" (*2 Co* 9,7). El amor fraterno multiplica nuestra capacidad de gozo, ya que nos vuelve capaces de gozar con el bien de los otros: "Alegraos con los que están alegres" (*Rm* 12,15). "Nos alegramos siendo débiles, con tal de que vosotros seáis fuertes" (*2 Co* 13,9). En cambio, si "nos concentramos en nuestras propias necesidades, nos condenamos a vivir con poca alegría"[102].

[101] Recomiendo rezar la oración atribuida a santo Tomás Moro: "Concédeme, Señor, una buena digestión, y también algo que digerir. Concédeme la salud del cuerpo, con el buen humor necesario para mantenerla. Dame, Señor, un alma santa que sepa aprovechar lo que es bueno y puro, para que no se asuste ante el pecado, sino que encuentre el modo de poner las cosas de nuevo en orden. Concédeme un alma que no conozca el aburrimiento, las murmuraciones, los suspiros y los lamentos y no permitas que sufra excesivamente por esa cosa tan dominante que se llama yo. Dame, Señor, el sentido del humor. Concédeme la gracia de comprender las bromas, para que conozca en la vida un poco de alegría y pueda comunicársela a los demás. Así sea".

[102] Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia* (19 marzo 2016), 110: AAS 108 (2016), 354.

Audacia y fervor

129. Al mismo tiempo, la santidad es parresía: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: "No tengáis miedo" (*Mc* 6,50). "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos" (*Mt* 28,20). Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo parresía, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás (cf. *Hch* 4,29; 9,28; 28,31; *2Co* 3,12; *Ef* 3,12; *Hb* 3,6; 10,19).

130. El beato Pablo VI mencionaba, entre los obstáculos de la evangelización, precisamente la carencia de parresía: "La falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro"[103].

¡Cuántas veces nos sentimos tironeados a quedarnos en la comodidad de la orilla! Pero el Señor nos llama para navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas más profundas (cf. *Lc* 5,4). Nos invita a gastar nuestra vida en su servicio. Aferrados a él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros. Ojalá nos sintamos apremiados por su amor (cf. *2 Co* 5,14) y podamos decir con san Pablo: "¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!" (*1 Co* 9,16).

131. Miremos a Jesús: su compasión entrañable no era algo que lo ensimismara, no era una compasión paralizante, tímida o avergonzada como muchas veces nos sucede a nosotros, sino todo lo contrario. Era una compasión que lo movía a salir de sí con fuerza para anunciar, para enviar en misión, para enviar a sanar y a liberar. Reconozcamos nuestra fragilidad pero dejemos que Jesús la tome con sus

[103] Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 80: AAS 68 (1976), 73. Es interesante advertir que en este texto el beato Pablo VI une íntimamente la alegría a la *parresía*. Así como lamenta "la falta de alegría y de esperanza", exalta la "dulce y confortadora alegría de evangelizar" que está unida a "un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir", para que el mundo no reciba el Evangelio "a través de evangelizadores tristes y desalentados". Durante el Año Santo de 1975, el mismo Pablo VI dedicó a la alegría la Exhortación Apostólica, *Gaudete in Domino* (9 mayo 1975): AAS 67 (1975), 289-322.

manos y nos lance a la misión. Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban. La audacia y el coraje apostólico son constitutivos de la misión.

132. La parresía es sello del Espíritu, testimonio de la autenticidad del anuncio. Es feliz seguridad que nos lleva a gloriarnos del Evangelio que anunciamos, es confianza inquebrantable en la fidelidad del Testigo fiel, que nos da la seguridad de que nada "podrá separarnos del amor de Dios" (*Rm 8,39*).

133. Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros. Recordemos que lo que está cerrado termina oliendo a humedad y enfermándonos. Cuando los Apóstoles sintieron la tentación de dejarse paralizar por los temores y peligros, se pusieron a orar juntos pidiendo la parresía: "Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos predicar tu palabra con toda valentía" (*Hch 4,29*). Y la respuesta fue que "al terminar la oración, tembló el lugar donde estaban reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la palabra de Dios" (*Hch 4,31*).

134. Como el profeta Jonás, siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas. Tal vez nos resistimos a salir de un territorio que nos era conocido y manejable. Sin embargo, las dificultades pueden ser como la tormenta, la ballena, el gusano que secó el ricino de Jonás, o el viento y el sol que le quemaron la cabeza; y lo mismo que para él, pueden tener la función de hacernos volver a ese Dios que es ternura y que quiere llevarnos a una itinerancia constante y renovadora.

135. Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras. Nos lleva allí donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. ¡Dios no tiene miedo! ¡No tiene miedo! Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no le teme a las periferias. Él mismo se hizo periferia (cf. *Flp 2,6-8*; *Jn 1,14*). Por eso, si nos atrevemos a llegar a las periferias, allí lo encontraremos, él ya estará allí. Jesús nos primerea en el

corazón de aquel hermano, en su carne herida, en su vida oprimida, en su alma oscurecida. Él ya está allí.

136. Es verdad que hay que abrir la puerta del corazón a Jesucristo, porque él golpea y llama (cf. *Ap* 3,20). Pero a veces me pregunto si, por el aire irrespirable de nuestra autorreferencialidad, Jesús no estará ya dentro de nosotros golpeando para que lo dejemos salir. En el Evangelio vemos cómo Jesús "iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios" (*Lc* 8,1). También después de la resurrección, cuando los discípulos salieron a predicar por todas partes, "el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban" (*Mc* 16,20). Esa es la dinámica que brota del verdadero encuentro.

137. La costumbre nos seduce y nos dice que no tiene sentido tratar de cambiar algo, que no podemos hacer nada frente a esta situación, que siempre ha sido así y que, sin embargo, sobrevivimos. A causa de ese acostumbrarnos ya no nos enfrentamos al mal y permitimos que las cosas "sean lo que son", o lo que algunos han decidido que sean. Pero dejemos que el Señor venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. Desafiemos la costumbre, abramos bien los ojos y los oídos, y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado.

138. Nos moviliza el ejemplo de tantos sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos que se dedican a anunciar y a servir con gran fidelidad, muchas veces arriesgando sus vidas y ciertamente a costa de su comodidad. Su testimonio nos recuerda que la Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante.

139. Pidamos al Señor la gracia de no vacilar cuando el Espíritu nos reclame que demos un paso adelante, pidamos el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás y de renunciar a hacer de nuestra vida cristiana un museo de recuerdos. En todo caso, dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado. De ese modo la Iglesia, en lugar de estancarse, podrá seguir adelante acogiendo las sorpresas del Señor.

En comunidad

140. Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos.

141. La santificación es un camino comunitario, de dos en dos. Así lo reflejan algunas comunidades santas. En varias ocasiones la Iglesia ha canonizado a comunidades enteras que vivieron heroicamente el Evangelio o que ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros. Pensemos, por ejemplo, en los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María, en las siete beatas religiosas del primer monasterio de la Visitación de Madrid, en san Pablo Miki y compañeros mártires en Japón, en san Andrés Kim Taegon y compañeros mártires en Corea, en san Roque González, san Alfonso Rodríguez y compañeros mártires en Sudamérica. También recordemos el reciente testimonio de los monjes trapenses de Tibhirine (Argelia), que se prepararon juntos para el martirio. Del mismo modo, hay muchos matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge. Vivir o trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual. San Juan de la Cruz decía a un discípulo: estás viviendo con otros "para que te labren y ejerciten"[104].

142. La comunidad está llamada a crear ese "espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado"[105]. Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera. Esto da lugar también a verdaderas experiencias místicas vividas en comunidad, como fue el caso de san Benito y santa Escolástica, o aquel sublime encuentro espiritual que vivieron juntos san Agustín y su madre santa Mónica: "Cuando ya se acercaba el día de su muerte ¿día por ti conocido, y que nosotros ignorábamos?, sucedió, por tus ocultos designios, como lo creo firmemente, que nos encontramos ella y yo solos, apoyados en una ventana que daba al jardín interior de la casa donde nos hospedábamos [...]. Y abríamos la boca de nuestro corazón, ávidos de las corrientes de tu fuente, la fuente de

[104] *Cautelas*, 15.

[105] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Vita consecrata* (25 marzo 1996), 42: AAS 88 (1996), 416.

vida que hay en ti [...]. Y mientras estamos hablando y suspirando por ella [la sabiduría], llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón [...] de modo que fuese la vida sempiterna cual fue este momento de intuición por el cual suspiramos"[106].

143. Pero estas experiencias no son lo más frecuente, ni lo más importante. La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos. Esto ocurría en la comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunión trinitaria. También es lo que sucedía en la vida comunitaria que Jesús llevó con sus discípulos y con el pueblo sencillo.

144. Recordemos cómo Jesús invitaba a sus discípulos a prestar atención a los detalles.

El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta.

El pequeño detalle de que faltaba una oveja.

El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas.

El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora.

El pequeño detalle de pedir a sus discípulos que vieran cuántos panes tenían.

El pequeño detalle de tener un fueguito preparado y un pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada.

145. La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor[107], donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre. A veces, por un don del amor del Señor, en medio de esos pequeños detalles se nos regalan consoladoras experiencias de Dios: "Una tarde de invierno estaba yo cumpliendo, como de costumbre, mi dulce tarea [...]. De pron-

[106] *Confesiones*, IX, 10, 23-25: PL 32, 773-775.

[107] Especialmente recuerdo las tres palabras clave "permiso, gracias, perdón", porque "las palabras adecuadas, dichas en el momento justo, protegen y alimentan el amor día tras día": Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia* (19 marzo 2016), 133: AAS 108 (2016), 363.

to, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy bien iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; y en él, señoritas elegantemente vestidas, prodigándose mutuamente cumplidos y cortesías mundanas. Luego posé la mirada en la pobre enferma, a quien sostenía. En lugar de una melodía, escuchaba de vez en cuando sus gemidos lastimeros [...]. No puedo expresar lo que pasó por mi alma. Lo único que sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, los cuales sobrepasaban de tal modo el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad"[108].

146. En contra de la tendencia al individualismo consumista que termina aislándonos en la búsqueda del bienestar al margen de los demás, nuestro camino de santificación no puede dejar de identificarnos con aquel deseo de Jesús: "Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti" (*Jn* 17,21).

En oración constante

147. Finalmente, aunque parezca obvio, recordemos que la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos.

148. San Juan de la Cruz recomendaba "procurar andar siempre en la presencia de Dios, sea real, imaginaria o unitiva, de acuerdo con lo que le permitan las obras que esté haciendo"[109]. En el fondo, es el deseo de Dios que no puede dejar de manifestarse de alguna manera en medio de nuestra vida cotidiana: "Procure ser continuo en la oración, y en medio de los ejercicios corporales no la deje. Sea que coma, beba, hable con otros, o haga cualquier cosa, siempre ande deseando a Dios y apegando a él su corazón"[110].

[108] Sta. Teresa de Lisieux, *Manuscrito C*, 29v-30r.

[109] *Grados de perfección*, 2.

[110] Id., *Avisos a un religioso para alcanzar la perfección*, 9b.

149. No obstante, para que esto sea posible, también son necesarios algunos momentos solo para Dios, en soledad con él. Para santa Teresa de Ávila la oración es "tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama"[111]. Quisiera insistir que esto no es solo para pocos privilegiados, sino para todos, porque "todos tenemos necesidad de este silencio penetrado de presencia adorada"[112]. La oración confiada es una reacción del corazón que se abre a Dios frente a frente, donde se hacen callar todos los rumores para escuchar la suave voz del Señor que resuena en el silencio.

150. En ese silencio es posible discernir, a la luz del Espíritu, los caminos de santidad que el Señor nos propone. De otro modo, todas nuestras decisiones podrán ser solamente "decoraciones" que, en lugar de exaltar el Evangelio en nuestras vidas, lo recubrirán o lo ahogarán. Para todo discípulo es indispensable estar con el Maestro, escucharle, aprender de él, siempre aprender. Si no escuchamos, todas nuestras palabras serán únicamente ruidos que no sirven para nada.

151. Recordemos que "es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado. No hay que domesticar el poder del rostro de Cristo"[113]. Entonces, me atrevo a preguntarte: ¿Hay momentos en los que te pones en su presencia en silencio, permaneces con él sin prisas, y te dejas mirar por él? ¿Dejas que su fuego inflame tu corazón? Si no le permites que él alimente el calor de su amor y de su ternura, no tendrás fuego, y así ¿cómo podrás inflamar el corazón de los demás con tu testimonio y tus palabras? Y si ante el rostro de Cristo todavía no logras dejarte sanar y transformar, entonces penetra en las entrañas del Señor, entra en sus llagas, porque allí tiene su sede la misericordia divina[114].

152. Pero ruego que no entendamos el silencio orante como una evasión que niega el mundo que nos rodea. El "peregrino ruso", que caminaba en oración

[111] Libro de la Vida, 8, 5.

[112] Juan Pablo II, Carta ap. *Orientale lumen* (2 mayo 1995), 16: AAS 87 (1995), 762.

[113] Discurso en el V Congreso de la Iglesia italiana, Florencia (10 noviembre 2015): AAS 107 (2015), 1284.

[114] Cf. S. Bernardo, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* 61, 3-5: PL 183, 1071-1073.

continua, cuenta que esa oración no lo separaba de la realidad externa: "Cuando me encontraba con la gente, me parecía que eran todos tan amables como si fueran mi propia familia. [...] Y la felicidad no solamente iluminaba el interior de mi alma, sino que el mundo exterior me aparecía bajo un aspecto maravilloso"[115].

153. Tampoco la historia desaparece. La oración, precisamente porque se alimenta del don de Dios que se derrama en nuestra vida, debería ser siempre memoriosa. La memoria de las acciones de Dios está en la base de la experiencia de la alianza entre Dios y su pueblo. Si Dios ha querido entrar en la historia, la oración está tejida de recuerdos. No solo del recuerdo de la Palabra revelada, sino también de la propia vida, de la vida de los demás, de lo que el Señor ha hecho en su Iglesia. Es la memoria agradecida de la que también habla san Ignacio de Loyola en su "Contemplación para alcanzar amor"[116], cuando nos pide que traigamos a la memoria todos los beneficios que hemos recibido del Señor. Mira tu historia cuando ores y en ella encontrarás tanta misericordia. Al mismo tiempo esto alimentará tu consciencia de que el Señor te tiene en su memoria y nunca te olvida. Por consiguiente, tiene sentido pedirle que ilumine aun los pequeños detalles de tu existencia, que a él no se le escapen.

154. La súplica es expresión del corazón que confía en Dios, que sabe que solo no puede. En la vida del pueblo fiel de Dios encontramos mucha súplica llena de ternura creyente y de profunda confianza. No quitemos valor a la oración de petición, que tantas veces nos serena el corazón y nos ayuda a seguir luchando con esperanza. La súplica de intercesión tiene un valor particular, porque es un acto de confianza en Dios y al mismo tiempo una expresión de amor al prójimo. Algunos, por prejuicios espiritualistas, creen que la oración debería ser una pura contemplación de Dios, sin distracciones, como si los nombres y los rostros de los hermanos fueran una perturbación a evitar. Al contrario, la realidad es que la oración será más agradable a Dios y más santificadora si en ella, por la intercesión, intentamos vivir el doble mandamiento que nos dejó Jesús. La intercesión expresa el compromiso fraterno con los otros cuando en ella somos capaces de incorporar la vida de los demás, sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños. De quien se entrega generosamente a interceder puede decirse con las palabras bíblicas: "Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo" (2 M 15,14).

[115] *Relatos de un peregrino ruso*, Buenos Aires 1990, 25.96.

[116] Cf. *Ejercicios espirituales*, 230-237.

155. Si de verdad reconocemos que Dios existe no podemos dejar de adorarlo, a veces en un silencio lleno de admiración, o de cantarle en festiva alabanza. Así expresamos lo que vivía el beato Carlos de Foucauld cuando dijo: "Apenas creí que Dios existía, comprendí que solo podía vivir para él"[117]. También en la vida del pueblo peregrino hay muchos gestos simples de pura adoración, como por ejemplo cuando "la mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio"[118].

156. La lectura orante de la Palabra de Dios, más dulce que la miel (cf. *Sal* 119,103) y "espada de doble filo" (*Hb* 4,12), nos permite detenernos a escuchar al Maestro para que sea lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino (cf. *Sal* 119,105). Como bien nos recordaron los Obispos de India: "La devoción a la Palabra de Dios no es solo una de muchas devociones, hermosa pero algo opcional. Pertenecce al corazón y a la identidad misma de la vida cristiana. La Palabra tiene en sí el poder para transformar las vidas"[119].

157. El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva. Allí, el único Absoluto recibe la mayor adoración que puede darle esta tierra, porque es el mismo Cristo quien se ofrece. Y cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora.

CAPÍTULO QUINTO

COMBATE, VIGILANCIA Y DISCERNIMIENTO

158. La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es

[117] *Carta a Henry de Castries* (14 agosto 1901).

[118] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 259.

[119] Conferencia de Obispos Católicos de India, *Declaración final de la XXI Asamblea plenaria* (18 febrero 2009), 3.2.

muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida.

El combate y la vigilancia

159. No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. Jesús mismo festeja nuestras victorias. Se alegraba cuando sus discípulos lograban avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno, y celebraba: "Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lc 10,18).

Algo más que un mito

160. No aceptaremos la existencia del diablo si nos empeñamos en mirar la vida solo con criterios empíricos y sin sentido sobrenatural. Precisamente, la convicción de que este poder maligno está entre nosotros, es lo que nos permite entender por qué a veces el mal tiene tanta fuerza destructiva. Es verdad que los autores bíblicos tenían un bagaje conceptual limitado para expresar algunas realidades y que en tiempos de Jesús se podía confundir, por ejemplo, una epilepsia con la posesión del demonio. Sin embargo, eso no debe llevarnos a simplificar tanto la realidad diciendo que todos los casos narrados en los evangelios eran enfermedades psíquicas y que en definitiva el demonio no existe o no actúa. Su presencia está en la primera página de las Escrituras, que acaban con la victoria de Dios sobre el demonio[120]. De hecho, cuando Jesús nos dejó el Padrenuestro quiso que termináramos pidiendo al Padre que nos libere del Malo. La expresión utilizada allí no se refiere al mal en abstracto y su traducción más precisa es "el Malo". Indica un ser personal que nos acosa. Jesús nos enseñó a pedir cotidianamente esa liberación para que su poder no nos domine.

[120] Cf. Homilía en la Misa de la Casa Santa Marta (11 octubre 2013): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (18 octubre 2013), p. 12.

161. Entonces, no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea[121]. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. Él no necesita poseernos. Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios. Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades, porque "como león rugiente, ronda buscando a quien devorar" (1 P 5,8).

Despiertos y confiados

162. La Palabra de Dios nos invita claramente a "afrontar las asechanzas del diablo" (Ef 6,11) y a detener "las flechas incendiarias del maligno" (Ef 6,16). No son palabras románticas, porque nuestro camino hacia la santidad es también una lucha constante. Quien no quiera reconocerlo se verá expuesto al fracaso o a la mediocridad. Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Si nos descuidamos nos seducirán fácilmente las falsas promesas del mal, porque, como decía el santo cura Brochero, "¿qué importa que Lucifer os prometa liberar y aun os arroje al seno de todos sus bienes, si son bienes engañosos, si son bienes envenenados?"[122].

163. En este camino, el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofre-

[121] Cf. B. Pablo VI, Catequesis (15 noviembre 1972): *Ecclesia* (1972/II), 1605: "Una de las necesidades mayores es la defensa de aquel mal que llamamos Demonio. [...] El mal no es solamente una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa. Se sale del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesial que quien se niega a reconocer su existencia; o bien quien hace de ella un principio que existe por sí y que no tiene, como cualquier otra criatura, su origen en Dios; o bien la explica como una pseudorrealidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias".

[122] S. José Gabriel del Rosario Brochero, *Plática de las banderas*, en Conferencia Episcopal Argentina, *El Cura Brochero. Cartas y sermones*, Buenos Aires 1999, 71.

cerle al Señor una entrega más bella. Menos aún si cae en un espíritu de derrota, porque "el que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. [...] El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal"[123].

La corrupción espiritual

164. El camino de la santidad es una fuente de paz y de gozo que nos regala el Espíritu, pero al mismo tiempo requiere que estemos "con las lámparas encendidas" (Lc 12,35) y permanezcamos atentos: "Guardaos de toda clase de mal" (1 Ts 5,22). "Estad en vela" (Mt 24,42; cf. Mc 13,35). "No nos entreguemos al sueño" (1 Ts 5,6). Porque quienes sienten que no cometen faltas graves contra la Ley de Dios, pueden descuidarse en una especie de atontamiento o adormecimiento. Como no encuentran algo grave que reprocharse, no advierten esa tibieza que poco a poco se va apoderando de su vida espiritual y terminan desgastándose y corrompiéndose.

165. La corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que "el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz" (2 Co 11,14). Así acabó sus días Salomón, mientras el gran pecador David supo remontar su miseria. En un relato, Jesús nos advirtió acerca de esta tentación engañosa que nos va deslizándose hacia la corrupción: menciona una persona liberada del demonio que, pensando que su vida ya estaba limpia, terminó poseída por otros siete espíritus malignos (cf. Lc 11,24-26). Otro texto bíblico utiliza una imagen fuerte: "El perro vuelve a su propio vómito" (2 P 2,22; cf. Pr 26,11).

El discernimiento

166. ¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el discernimiento,

[123] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 85: AAS 105 (2013), 1056.

que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir. Si lo pedimos confiadamente al Espíritu Santo, y al mismo tiempo nos esforzamos por desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, seguramente podremos crecer en esta capacidad espiritual.

Una necesidad imperiosa

167. Hoy día, el hábito del discernimiento se ha vuelto particularmente necesario. Porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas. Todos, pero especialmente los jóvenes, están expuestos a un zapping constante. Es posible navegar en dos o tres pantallas simultáneamente e interactuar al mismo tiempo en diferentes escenarios virtuales. Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento.

168. Esto resulta especialmente importante cuando aparece una novedad en la propia vida, y entonces hay que discernir si es el vino nuevo que viene de Dios o es una novedad engañosa del espíritu del mundo o del espíritu del diablo. En otras ocasiones sucede lo contrario, porque las fuerzas del mal nos inducen a no cambiar, a dejar las cosas como están, a optar por el inmovilismo o la rigidez. Entonces impedimos que actúe el soplo del Espíritu. Somos libres, con la libertad de Jesucristo, pero él nos llama a examinar lo que hay dentro de nosotros ¿deseos, angustias, temores, búsquedas? y lo que sucede fuera de nosotros -los "signos de los tiempos"- para reconocer los caminos de la libertad plena: "Examinadlo todo; quedaos con lo bueno" (1 Ts 5,21).

Siempre a la luz del Señor

169. El discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios, o cuando hay que resolver problemas graves, o cuando hay que tomar una decisión crucial. Es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar

su invitación a crecer. Muchas veces esto se juega en lo pequeño, en lo que parece irrelevante, porque la magnanimidad se muestra en lo simple y en lo cotidiano[124]. Se trata de no tener límites para lo grande, para lo mejor y más bello, pero al mismo tiempo concentrados en lo pequeño, en la entrega de hoy. Por tanto, pido a todos los cristianos que no dejen de hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero "examen de conciencia". Al mismo tiempo, el discernimiento nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones.

Un don sobrenatural

170. Es verdad que el discernimiento espiritual no excluye los aportes de sabidurías humanas, existenciales, psicológicas, sociológicas o morales. Pero las trasciende. Ni siquiera le bastan las sabias normas de la Iglesia. Recordemos siempre que el discernimiento es una gracia. Aunque incluya la razón y la prudencia, las supera, porque se trata de entrever el misterio del proyecto único e irrepetible que Dios tiene para cada uno y que se realiza en medio de los más variados contextos y límites. No está en juego solo un bienestar temporal, ni la satisfacción de hacer algo útil, ni siquiera el deseo de tener la conciencia tranquila. Está en juego el sentido de mi vida ante el Padre que me conoce y me ama, el verdadero para qué de mi existencia que nadie conoce mejor que él. El discernimiento, en definitiva, conduce a la fuente misma de la vida que no muere, es decir, conocer al Padre, el único Dios verdadero, y al que ha enviado: Jesucristo (cf. *Jn* 17,3). No requiere de capacidades especiales ni está reservado a los más inteligentes o instruidos, y el Padre se manifiesta con gusto a los humildes (cf. *Mt* 11,25).

171. Si bien el Señor nos habla de modos muy variados en medio de nuestro trabajo, a través de los demás, y en todo momento, no es posible prescindir del silencio de la oración detenida para percibir mejor ese lenguaje, para

[124] En la tumba de san Ignacio de Loyola se encuentra este sabio epitafio: "Non coerceri a maximo, contineri tamen a minimo divinum est" (Es divino no asustarse por las cosas grandes y a la vez estar atento a lo más pequeño).

interpretar el significado real de las inspiraciones que creímos recibir, para calmar las ansiedades y recomponer el conjunto de la propia existencia a la luz de Dios. Así podemos dejar nacer esa nueva síntesis que brota de la vida iluminada por el Espíritu.

Habla, Señor

172. Sin embargo, podría ocurrir que en la misma oración evitemos dejarnos confrontar por la libertad del Espíritu, que actúa como quiere. Hay que recordar que el discernimiento orante requiere partir de una disposición a escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas. Solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial o insuficiente, a sus costumbres, a sus esquemas. Así está realmente disponible para acoger un llamado que rompe sus seguridades pero que lo lleva a una vida mejor, porque no basta que todo vaya bien, que todo esté tranquilo. Dios puede estar ofreciendo algo más, y en nuestra distracción cómoda no lo reconocemos.

173. Tal actitud de escucha implica, por cierto, obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación. No se trata de aplicar recetas o de repetir el pasado, ya que las mismas soluciones no son válidas en toda circunstancia y lo que era útil en un contexto puede no serlo en otro. El discernimiento de espíritus nos libera de la rigidez, que no tiene lugar ante el perenne hoy del Resucitado. Únicamente el Espíritu sabe penetrar en los pliegues más oscuros de la realidad y tener en cuenta todos sus matices, para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio.

La lógica del don y de la cruz

174. Una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros. Él no hace caer fuego sobre los infieles (cf. *Lc* 9,54), ni permite a los celosos "arrancar la cizaña" que crece junto al trigo (cf. *Mt* 13,29). También se requiere generosidad, porque "hay más dicha en dar que en recibir" (*Hch* 20,35). No se

discierne para descubrir qué más le podemos sacar a esta vida, sino para reconocer cómo podemos cumplir mejor esa misión que se nos ha confiado en el Bautismo, y eso implica estar dispuestos a renuncias hasta darlo todo. Porque la felicidad es paradójica y nos regala las mejores experiencias cuando aceptamos esa lógica misteriosa que no es de este mundo, como decía san Buenaventura refiriéndose a la cruz: "Esta es nuestra lógica"[125]. Si uno asume esta dinámica, entonces no deja anestesiar su conciencia y se abre generosamente al discernimiento.

175. Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Esto nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos.

176. Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: "Dios te salve, María...".

[125] *Colaciones sobre el Hexaemeron*, 1, 30.

177. Espero que estas páginas sean útiles para que toda la Iglesia se dedique a promover el deseo de la santidad. Pidamos que el Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios y alentémonos unos a otros en este intento. Así compartiremos una felicidad que el mundo no nos podrá quitar.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 19 de marzo, Solemnidad de San José, del año 2018, sexto de mi Pontificado.

Francisco

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 55 JORNADA MUNDIAL
DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

ESCUCHAR, DISCERNIR,
VIVIR LA LLAMADA DEL SEÑOR

Queridos hermanos y hermanas:

El próximo mes de octubre se celebrará la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que estará dedicada a los jóvenes, en particular a la relación entre los jóvenes, la fe y la vocación. En dicha ocasión tendremos la oportunidad de profundizar sobre cómo la llamada a la alegría que Dios nos dirige es el centro de nuestra vida y cómo esto es el "proyecto de Dios para los hombres y mujeres de todo tiempo" (Sínodo de los Obispos, XV Asamblea General Ordinaria, Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, introducción).

Esta es la buena noticia, que la 55ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones nos anuncia nuevamente con fuerza: no vivimos inmersos en la casua-

lidad, ni somos arrastrados por una serie de acontecimientos desordenados, sino que nuestra vida y nuestra presencia en el mundo son fruto de una vocación divina.

También en estos tiempos inquietos en que vivimos, el misterio de la Encarnación nos recuerda que Dios siempre nos sale al encuentro y es el Dios-con-nosotros, que pasa por los caminos a veces polvorientos de nuestra vida y, conociendo nuestra ardiente nostalgia de amor y felicidad, nos llama a la alegría. En la diversidad y la especificidad de cada vocación, personal y eclesial, se necesita *escuchar, discernir y vivir* esta palabra que nos llama desde lo alto y que, a la vez que nos permite hacer fructificar nuestros talentos, nos hace también instrumentos de salvación en el mundo y nos orienta a la plena felicidad.

Estos tres aspectos *-escucha, discernimiento y vida-* encuadran también el comienzo de la misión de Jesús, quien, después de los días de oración y de lucha en el desierto, va a su sinagoga de Nazaret, y allí se pone a la escucha de la Palabra, discierne el contenido de la misión que el Padre le ha confiado y anuncia que ha venido a realizarla "hoy" (cf. *Lc 4,16-21*).

Escuchar

La llamada del Señor -cabe decir- no es tan evidente como todo aquello que podemos oír, ver o tocar en nuestra experiencia cotidiana. Dios viene de modo silencioso y discreto, sin imponerse a nuestra libertad. Así puede ocurrir que su voz quede silenciada por las numerosas preocupaciones y tensiones que llenan nuestra mente y nuestro corazón.

Es necesario entonces prepararse para escuchar con profundidad su Palabra y la vida, prestar atención a los detalles de nuestra vida diaria, aprender a leer los acontecimientos con los ojos de la fe, y mantenerse abiertos a las sorpresas del Espíritu.

Si permanecemos encerrados en nosotros mismos, en nuestras costumbres y en la apatía de quien desperdicia su vida en el círculo restringido del propio yo, no podremos descubrir la llamada especial y personal que Dios ha pensado para nosotros, perderemos la oportunidad de soñar a lo grande y de convertirnos en protagonistas de la historia única y original que Dios quiere escribir con nosotros.

También Jesús fue llamado y enviado; para ello tuvo que, en silencio, escuchar y leer la Palabra en la sinagoga y así, con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, pudo descubrir plenamente su significado, referido a su propia persona y a la historia del pueblo de Israel.

Esta actitud es hoy cada vez más difícil, inmersos como estamos en una sociedad ruidosa, en el delirio de la abundancia de estímulos y de información que llenan nuestras jornadas. Al ruido exterior, que a veces domina nuestras ciudades y nuestros barrios, corresponde a menudo una dispersión y confusión interior, que no nos permite detenernos, saborear el gusto de la contemplación, reflexionar con serenidad sobre los acontecimientos de nuestra vida y llevar a cabo un fecundo discernimiento, confiados en el diligente designio de Dios para nosotros.

Como sabemos, el Reino de Dios llega sin hacer ruido y sin llamar la atención (cf. Lc 17,21), y sólo podemos percibir sus signos cuando, al igual que el profeta Elías, sabemos entrar en las profundidades de nuestro espíritu, dejando que se abra al imperceptible soplo de la brisa divina (cf. 1 R 19,11-13).

Discernir

Jesús, leyendo en la sinagoga de Nazaret el pasaje del profeta Isaías, discernió el contenido de la misión para la que fue enviado y lo anuncia a los que esperaban al Mesías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor" (Lc 4,18-19).

Del mismo modo, cada uno de nosotros puede descubrir su propia vocación sólo mediante el discernimiento espiritual, un "proceso por el cual la persona llega a realizar, en el diálogo con el Señor y escuchando la voz del Espíritu, las elecciones fundamentales, empezando por la del estado de vida" (Sínodo de los Obispos, XV Asamblea General Ordinaria, Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, II, 2).

Descubrimos, en particular, que la vocación cristiana siempre tiene una dimensión profética. Como nos enseña la Escritura, los profetas son enviados al pueblo en situaciones de gran precariedad material y de crisis espiritual y moral, para

dirigir palabras de conversión, de esperanza y de consuelo en nombre de Dios. Como un viento que levanta el polvo, el profeta sacude la falsa tranquilidad de la conciencia que ha olvidado la Palabra del Señor, discierne los acontecimientos a la luz de la promesa de Dios y ayuda al pueblo a distinguir las señales de la aurora en las tinieblas de la historia.

También hoy tenemos mucha necesidad del discernimiento y de la profecía; de superar las tentaciones de la ideología y del fatalismo y descubrir, en la relación con el Señor, los lugares, los instrumentos y las situaciones a través de las cuales él nos llama. Todo cristiano debería desarrollar la capacidad de "leer desde dentro" la vida e intuir hacia dónde y qué es lo que el Señor le pide para ser continuador de su misión.

Vivir

Por último, Jesús anuncia la novedad del momento presente, que entusiasmará a muchos y endurecerá a otros: el tiempo se ha cumplido y el Mesías anunciado por Isaías es él, ungido para liberar a los prisioneros, devolver la vista a los ciegos y proclamar el amor misericordioso de Dios a toda criatura. Precisamente "hoy -afirma Jesús- se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír" (Lc 4,20).

La alegría del Evangelio, que nos abre al encuentro con Dios y con los hermanos, no puede esperar nuestras lentitudes y desidias; no llega a nosotros si permanecemos asomados a la ventana, con la excusa de esperar siempre un tiempo más adecuado; tampoco se realiza en nosotros si no asumimos hoy mismo el riesgo de hacer una elección. ¡La vocación es hoy! ¡La misión cristiana es para el presente! Y cada uno de nosotros está llamado -a la vida laical, en el matrimonio; a la sacerdotal, en el ministerio ordenado, o a la de especial consagración- a convertirse en testigo del Señor, aquí y ahora.

Este "hoy" proclamado por Jesús nos da la seguridad de que Dios, en efecto, sigue "bajando" para salvar a esta humanidad nuestra y hacernos partícipes de su misión. El Señor nos sigue llamando a vivir con él y a seguirlo en una relación de especial cercanía, directamente a su servicio. Y si nos hace entender que nos llama a consagrarnos totalmente a su Reino, no debemos tener miedo. Es hermoso -y es una gracia inmensa- estar consagrados a Dios y al servicio de los hermanos, totalmente y para siempre.

El Señor sigue llamando hoy para que le sigan. No podemos esperar a ser perfectos para responder con nuestro generoso "aquí estoy", ni asustarnos de nuestros límites y de nuestros pecados, sino escuchar su voz con corazón abierto, discernir nuestra misión personal en la Iglesia y en el mundo, y vivirla en el hoy que Dios nos da.

María Santísima, la joven muchacha de periferia que escuchó, acogió y vivió la Palabra de Dios hecha carne, nos proteja y nos acompañe siempre en nuestro camino.

*Vaticano, 3 de diciembre de 2017.
Primer Domingo de Adviento.*

Francisco

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.